

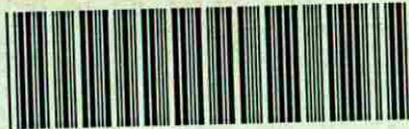
UJA

UNIONOMA DE NE  
ERAL DE BIBLIOT

FEVAL

LOS  
CUCHILLOS  
DE ORO

PQ2244  
.F2  
C88



1020026434



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



LOS CUCHILLOS DE ORO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. \_\_\_\_\_

Núm. Autor \_\_\_\_\_

Núm. Adg. \_\_\_\_\_

Procedencia \_\_\_\_\_

Precio \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Clasificó \_\_\_\_\_

Catalogó \_\_\_\_\_

E 4213 c  
30128  
-8-

67





No tenemos derecho de designar precisamente el lugar en donde el noble y glorioso palacio de Boistrudan hace retratar los grandes árboles de su jardín en las aguas del Sena. Lo mas que podemos decir, es que era uno de esos pequeños palacios, desde donde á través de las aguas del rio, se miran los jardines y el espléndido paisaje de los Campos Eliseos, los soberbios bosques de las Tullerías y el régio castillo cuyos dos perfiles, perdiéndose en escuadras, á lo lejos van á reunirse de un lado con las maravillas ilustres del Louvre y del otro con las galas vulgares de la calle de Rívoli.

Entre todas las cosas grandes, entre todas las cosas bellas, Paris es lo mas grande y lo mas bello.

La noche de que hablamos, el malecon de Orsay, hundido en la mas profunda soledad, prolongaba á derecha é izquierda su vía trazada á cordel y cubierta toda de blanquísima nevada. La nieve hacia resaltar de un modo muy marcado las líneas griegas del palacio Boistrudan, edificado en tiempo de Luis XIV. Cada cornisa parecia trazada en el claroscuro por una línea atrevida

y profunda. Las ramas de los árboles, blancas por encima y negras por debajo, dejaban ver como á través de un encaje de anchas mallas, las ventanas, débilmente iluminadas, de la fachada.

En medio del sombrío silencio, interrumpido tan solo por el ronco gemido del rio cuyo curso paralizaban los témpanos flotantes de hielo, apenas se percibia por fuera la alegre música de las cuadrillas.

Tristes noches para la pobreza solitaria y desnuda! Hermosas, á la luz de los candiles, con la atmósfera tibia y embalsamada de los salones!

Habia un hombre euvuelto en una manta gris, acurrucado en el quicio de esa puerta inútil que todos los palacios con jardines tienen sobre el malecon. La puerta por donde se entra y se sale, la puerta cochera delante de la cual permanecen estacionados los coches, se abre hácia la calle de Lille.

El hombre dormia: su cabeza se apoyaba sobre sus dos manos. La manta, arreglada en forma de capuchon, ocultaba enteramente su rostro. Al tenue resplandor que reflecta la nieve, se hubiera podido distinguir

sin embargo, un rostro bronceado, de facciones fuertemente pronunciadas y hundidas, sobre las cuales pendía un largo mechón de cabellos trenzados.

La señora marquesa de Boistrudan gozaba de una buena fortuna patrimonial. Tenía una hija única, que pasaba por ser una de las más distinguidas entre las más ricas herederas del arrabal de Saint-Germain. Elena de Boistrudan tenía veinte años, y era bella como los ángeles. Su matrimonio con el vizconde Enrique de Villiers era cosa decidida hacia ya más de un mes.

Existían algunos lazos de parentesco lejano entre la señora marquesa y el vizconde. El difunto señor marqués de Boistrudan, antiguo secretario de Estado en tiempo de Carlos X, había sido subrogado tutor de Enrique. Las familias se estimaban y se convenían mutuamente: en cuanto á la fortuna, Enrique había sido un despilfarrado cuando su entrada en el mundo: hasta había llegado á decirse que estaba arruinado; pero, de vuelta de sus viajes, había rescatado de un solo golpe todas sus propiedades.

Había, pues, equilibrio en cuanto á bienes de fortuna.

El vizconde Enrique tenía unos treinta años, y parecía un poco mayor á causa del color de su cutis bastante moreno, y de la fatiga que se advertía sobre su rostro. Era bien parecido y soberanamente elegante. Algunos duelos, bien conducidos, y sobre todo las relaciones que hacía de ciertas particularidades de sus viajes, debían dar una alta idea de su valor: era además, lo que se llama todo un hombre de mundo, y hablaba con una rara facilidad. Desde seis meses que hacía que estaba de vuelta en París, pocos vizcondes podían disputarle el cetro de la moda.

Amaba con pasión á su hermosa prima Elena; y Elena, preguntada respecto á semejante proyecto de matrimonio, había respondido que no tendría la menor repugnancia en ser su mujer.

Dicen que esto basta para semejantes casos. Y por qué lo dicen? Esas son cuestiones árdas. Lo que soy yo, os preguntaré —cosa que no os atrojará menos— en qué vencero inagotable los ciento cincuenta mil

vizcondes que huellan el piso de Paris, han conquistado sus pergaminos respetables?

Por lo demas, nuestro caso es escepcional. Nuestro vizconde de Villiers tenia su escudo en la sala de las Cruzadas, y de veras la linda Elena no estaba bien segura de no adorarlo.

Elena estaba en el salon: Enrique brillaba en el tocador. Elena era la que alentaba y mantenia los últimos esfuerzos del baile: Enrique era el que infundia viveza, animacion y chispa á la conversacion en el retrete de la marquesa. Cada vez que el piano cesaba de hacer oír sus acentos, la voz sonora del vizconde penetraba hasta el salon: las parejas mas próximas á la puerta percibian entonces al vuelo algunas palabras. El interes se despertaba en ellos; bailarines y bailarinas pasaban el quicio con intencion de volver—y se quedaban.

No podriamos hallar ningun elogio mayor para manifestar el poder de la elocuencia de nuestro viajero vizconde.

Llegó un momento en que el salon no contuvo ya mas que las cuatro parejas necesarias para formar una cuadrilla.

Despues de la cuadrilla, una pobre polka hizo lánguidos esfuerzos para vivir: luego se calló el piano.

Elena se sentó pensativa y meditabunda sobre un canapé.

No sé por qué Elena era la única que no fuese atraida por la palabra del vizconde aquella noche.

Elena era rubia, y un poco delgada, á pesar de la perfecta armonía de su talle. Tenia las facciones delicadas; la boca, sobre todo, que ostentaba al reirse, dos hileras de perlas admirables. El azul de sus ojos era tan oscuro, que parecian negros. Era alta; no hacia un momento, en el piano, hubiérais podido admirar sus preciosas manecitas finas y mas blancas que el marfil; jamas pié mas diminuto y seductor que el suyo habia hollado los tapices del noble arabal. Elena merecia bajo todos aspectos su reputacion de belleza. No habia mas que ver su rostro inteligente y dulce para juzgarla mejor, y asegurar que si era linda era tambien un ángel por el corazon.

Pero en qué pensaba, Dios santo! mien

tras que el vizconde la buscaba en vano en el círculo de sus auditores?

Que se necesita para poner pensativos á las jóvenes?

Hacia algunos momentos apenas, mientras que el baile conservaba aún á todos sus fieles, el piano había cambiado respectivamente de acento. En vez de esa melodía ligera y viva, que exigen las figuras de las cuadrillas, un vals, un vals alemán había llenado la atmósfera con sus vibraciones dulces, melancólicas, lánguidas. Había sido aquello como un torrente purísimo de poesía corriendo de improviso en medio de tanta prosa. En aquella música, escrita con el corazón, acentuada vivamente había no se qué drama misterioso y tierno: pesares endulzados por una sonrisa; vagas esperanzas en medio del eco discreto de esas lágrimas que brotan del alma; ese encanto y ese perfume de los lejanos amores....

Elena no había valsado: se había puesto á escuchar con todos sus sentidos: he aquí por qué Elena estaba pensativa.

El ejecutante era un jóven: Elena no lo

conocía. Un antiguo amigo de la casa, el general O'Brien lo había traído de la mano.... Al entrar, el reciénvenido tenía un aire tímido y casi feroz: Elena había notado esta particularidad. El anciano general besó la mano de Elena: los ojos del extranjero, negros y profundos, se habían apartado de aquel espectáculo, mientras que una tinta fugitiva teñía por un instante sus pálidas mejillas.

Hubiérase dicho que la vista de Elena producía en él una emoción dolorosa y dulce al propio tiempo. Elena le oyó que decía en voz muy baja al general:

—Ella es!

El general hizo, con su cabeza encanecida, una señal de discreta afirmación.

El extranjero se había puesto pálido y había tornado á su frialdad.

—Entre mil—pronunció, como hablando consigo mismo—la habría adivinado!

El general percibió á la marquesa y se dirigió hácia ella, llevando siempre al extranjero por la mano. Se lo presentó con el nombre de el señor Jorge Leslie.

La marquesa hizo al señor Jorge Leslie un acogimiento gracioso, pero un poco protector.

Hay nombres que causan sensación, y que se vienen á la memoria con una singular importancia: sucede con ellos lo que con ciertos cantos, de los cuales la memoria no puede desembarazarse, y que va uno repitiendo aun contra su voluntad. Elena se admiró, mas de una vez en la noche, de hallar sobre sus labios ese nombre de Jorge Leslie.

No le vió mas que en el momento en que el piano, adquiriendo de pronto una alma, comenzó á recitar el vals de Weber. Elena levantó los ojos entónces, y reconoció en el ejecutante al señor Jorge Leslie. Así lo esperaba.

Desde el divan en donde la jóven se habia colocado, podia percibir al propio tiempo á Jorge Leslie y al vizconde Enrique de Villiers, su futuro esposo: á Jorge directamente, á Enrique por medio de un espejo que repetia su imágen. El contraste absoluto que existia entre aquellos dos hombres

saltaba á la vista, de una manera tan viva, que Elena no pudo menos de notarlo.

Enrique era de alta estatura, y cada uno de sus movimientos revelaba la gracia y la facilidad de un hombre de mundo. El tinte bronceado que los viajes habian impreso sobre sus facciones delicadas y regulares, no le quitaba nada de ese cualidad mal definida que se ha convenido en llamar *distincion*, y que consiste, poco mas ó menos, en tener ese aire de los galanes jóvenes de teatro y de los héroes de novela; de tal manera que podria decirse que esa palabra *distincion* es un antífrasis como el epíteto de *buenas diosas* concedido por el miedo á las furias antiguas. La palidez es el primero y mas indispensable elemento de esta distincion tan envidiada: el vizconde Enrique cumplia suficientemente con esta regla; tenia las facciones aguileñas, los ojos vivos, brillantes, y notablemente espresivos; la palabra fácil y animada, la voz grave, el porte altivo; sus cabellos negros, levantados con cierta negligencia, formaban un bellissimo adorno sobre su frente. De cien baronessas de toda edad y todas condiciones, no

hubiérais encontrado una sola que se atreviese á afirmar que el vizconde no era e mas cumplido y mas simpático caballero.

Elena hacia lo que todo el mundo; le encontraba seductor y bello. La idea de ser su mujer le inspiraba una esperanza de íntimo placer mezclado de orgullo. Se decia á sí propia: esto sin duda es lo que llaman amor! . . .

El otro, el hombre del vals, parecia á primera vista torpe y embarazado, dentro de su frac negro; su cuello demasiado musculoso, ajaba con sus movimientos la corbata blanca, tenia las espaldas anchas, las manos bellas, pero fuertes hasta tal punto que se asombraba uno de que pudiera tocar con tanta dulzura. Su rosiro, vigorosamente caracterizado, no tenia la *distincion* del de Enrique. Era una frente ancha, prominente, llena de desigualdades; el cráneo, de una amplitud considerable, se cubria de un bosque de cabellos ásperos y rojizos, cortados al raz de la piel. Habeis visto esas robustas cabezas de los partidarios de en tiempo de Cromwell? Hasta en las cejas, la cabeza de Jorge Leslie estaba modelada

en ese estilo. La línea de las cejas, bien marcada, afectaba una curva tan pura, que hubieran podido colocarse muy bien sobre la límpida mirada de una mujer. Sus ojos eran grandes, tal vez demasiado hundidos respecto al nivel del arco huesoso, pero muy rasgados y minados con una luz interior que no parecia exhalar, de dentro á fuera, sino al contrario absorberse en sí misma.

Los domadores de serpientes tienen esa pupila profunda y sombría como una agua tranquila.

Bajo los ojos sobresalian los pómulos: la nariz recta, que hubiérais creído esculpida por un cincel griego, tenia en su punta una ligera remangadura; la boca, pequeña y bruscamente dibujada, prolongaba su labio inferior, levemente regordido hasta el plano de la barba proyectada hácia delante, lo cual daba á toda aquella fisonomía un carácter de valentía, de poder y de indomable voluntad.

Es evidente que la linda Elena no habia analizado todo eso, como nosotros lo acabamos de hacer. Su impresion habia sido ésta: ¡Es posible que dos jóvenes, los dos

grandes, jóvenes y bellos, puedan ser tan diferentes de aspecto como el señor vizconde Enrique de Villiers y el señor Jorge Leslie?

Se había hecho esta pregunta tal vez durante el vals.

Después del vals habían palmoteado en el salón, y con toda justicia. Las manos de Elena permanecieron sin embargo inmóviles, á pesar de que Elena conocía mejor que nadie sus deberes de ama de casa.

Cuando Jorge Leslie, cortado y atrojado ante los cumplimientos de todos, había balbucido:

—Me ocupaba de la música en otro tiempo.... pero hace ya tanto de esto!....

Elena no había visto en esta respuesta más que la pueril astucia de la vanidad.

Y se había dicho á sí misma:

—Es un artista!

Palabra cruel, y que no nos revela absolutamente en qué pensaba esa bellísima Elena, en la soledad del salón, abandonado por los bailarines.

Mucho tiempo permaneció hundido en su

meditación. Un clamor repentino que estalló en el tocador, la despertó de repente.

—Oh! oh! decían; eso sí ya es impasable!....

—Los viajeros gozan de ciertos privilegios, añadian otras voces.

Y todos se rieron.

Hubo un momento en que nadie se entendió porque todos hablaban al mismo tiempo.

Elena había vuelto en sí, pero apenas percibía aquel ruido. Permanecía sobre el diván, inmóvil y como estupefacta.

Solo hasta que levantó la cabeza tuvo conciencia del vacío que se había formado en torno de ella, al propio tiempo que notaba la mirada fija de Jorge Leslie clavada sobre ella.

Elena se sintió con el corazón oprimido; una angustia desconocida sofocaba su pecho; se puso muy pálida. Jorge Leslie, por el contrario, se ruborizó y apartó vivamente su mirada.

Jorge estaba en pié, precisamente enfrente de Elena. Permanecía recargado en la

chambrana de la puerta que comunicaba al salon con el tocador.

Alcabo de algunos minutos, Elena se levantó, confusa é irritada por su misma emocion. Un vivo color de rosa reemplazó á la palidez de sus mejillas, cuando notó que le seria preciso pasar cerca de Jorge Leslie, para refugiarse cerca de su madre, Jorge no miraba ya hácia donde ella estaba; hubiérase dicho sin embargo, que adivinaba lo que sucedia, porque se inclinó sonriéndose á medias, con todo el tímido embarazo de un colegial, y se perdió inmediatamente entre el grupo de los oyentes del señor vizconde.

Elena se lanzó hácia su madre, que ni aún habia notado su ausencia.

—Mi hermosa prima, la dijo Enrique de Villiers al verla; tendria deseo de saber si vos participais de la incredulidad general.

Jamás se las coje desprevenidas, á esas seductoras niñas que balbuten á los seis años, con sus muñecas vestidas de princesas, la lengua llena de evasiones del gran mundo.

—Cuando mamá me permitió ver á Wal-

ter-Scott, primo, contestó ella, experimenté tanto gusto con esas narraciones, que jamas pensé en preguntarme si todas esas interesantes aventuras eran verdaderas ó inventadas.

El vizconde la hizo una reverencia.

Jorge Leslie acababa de apoyarse de codos sobre la loza de la chimenea. Al oír, el timbre de la voz de Elena se estremeció y se paseó la mano sobre la frente. Su mano estaba helada; su frente ardia.

—Pasaria mi vida entera escuchando á mi primo! dijo la señora marquesa de Boistrudan con conviccion. Jamas habia yo escuchado historias mas bonitas!

—Si el señor de Villiers quisiere publicar ésta, añadió un vizconde que habia dado á luz algunas poesías ligera en la *Moda*, obtendria un exito asombrosó!

—Estupendo!

—Se harian veinte ediciones, como de una novela de Arlincourt.

Enrique se sonrió de una manera orgullosa.

—No refiero mis viajes mas que á mis amigos, respondió. Escribir, es platicar

con el lector. Me parece que la multitud, aunque sea de lectores, es siempre multitud, y no es harto escogida para conversar con ella.

Al decir esto abandonó la postura de orador que habia conservado hasta entonces é hizo ademán de sentarse.

Un movimiento de desagrado circuló por entre todo el auditorio.

—Ya lo veis, primo, exclamó la marquesa; nadie está aquí satisfecho todavía.

—Una historia, señor vizconde! una historia! exclamaron tres ó cuatro dulces voces de muger.

—Cuando os digo lo que he visto, visto con mis propios ojos, dijo el Sr. de Villiers, exclamais que es exageracion, que es mentira!.... Vosotros los parisienses que no habeis perdido jamas de vista las torres de Nuestra Señora si no es para ir á dar un paseo á Wiesbaden ó para pasar el verano en vuestras quintas, sois naturalmente incrédulos!....

—Es cosa propia de la ignorancia, le interrumpió una vizcondesita sonriéndose.

Aceptad esta confesion de nuestro arrepentimiento, pero contadnos una historia!

—De hoy en adelante lo creeremos todo.... todo! á ciegas.... á pié juntillas! añadió el coro.

—Si hubiera aquí, replicó Enrique, alguno que pudiera contradecirme, me agradaría infinito.... pero os hablo de costumbres tan estrañas!....

Puede que quedáseis satisfecho, vizconde, dijo el general O'Brien tocándole la espalda.

Bah! exclamó el Sr. de Villiers, acaso vos tambien volveis de la montañas Verdes, mi escelente amigo!

—Pero he visto á alguno que viene de ellas, replicó el general; y dijo esto con tanto mas gusto cuanto que sus narraciones concuerdan perfectamente con las vuestras.

Las facciones del vizconde Enrique se contrajeron imperceptiblemente; pero añadió:

—Cómo se llama vuestro viajero!

—Jorge Leslie; respondió el general.

Elena, que estaba sentada junto á su madre, se volvió vivamente, y como á pesar

suyo para mirar á Jorge. Los ojos de éste, estaban á la sazón fijos sobre el vizconde Enrique, con esa tenacidad y esa inmovilidad que le conocemos. Permanecía en pié y sin moverse, como una estatua en una esquina de la chimenea. La espresion de su rostro era tan estraña, que Elena permaneció con la boca abierta contemplándolo.

—De veras! deveras! exclamaba la señora marquesa; el señor Jorge Leslie ha visto esos maravillosos paises!.... Entonces él tambien va á contarnos sus aventuras!....

Al oír aquel nombre de Leslie, el vizconde Enrique habia respirado como si hubiera temido oír pronunciar otro. Recobró su aire risueño, y haciendo lo que todo el mundo, miró al extranjero. Este habia tenido ya tiempo de apartar los ojos á otro lado.

—Yo no tengo aventuras, señora, respondió; ó á lo menos mis aventuras pueden decirse en pocas palabras: fuí á esos mundos á buscar oro, y no lo encontré.

Estas pocas palabras fueron pronunciadas penosamente, y con un acento tímido.

—Ved lo que es la suerte! dijo el vizcon-

de Enrique; y yo que no lo buscaba lo hallé á toneladas.

La curiosidad un instante escitada por el extranjero decayó completamente. Se juzgó que no valia la pena de ser examinado mas detenidamente. Hay viajeros de viajeros. Aquel moceton que no podia hablar de corrido, sin que se le encendieran las mejillas fué juzgado sin apelacion. La marquesa se volvió. En el momento en que Elena hacia lo mismo, su mirada se cruzó por segunda vez con la de Jorge Leslie; y experimentó un calosfrio.

—Una historia! una historia! replicó el coro de las vizcondesas llenas de curiosidad.

Enrique metió las manos bajo las vueltas de su frac.

Esa es una señal que quiere decir: escuchad!

Un murmullo de contento circuló por todo el retrete.

No podeis figuraros cuánto me complace tener un testigo, dijo el vizconde. Me será permitido preguntar al señor Jorge Leslie de qué lado de las montañas ha viajado?

—Por ambos lados, respondió Jorge.

—Por el Norte, ó por el mediodía del Sacramento?

—Por el mediodía y por el norte.

—Por todas partes entonces!

—Por todas partes.

El vizconde Enrique se inclinó con una sonrisa, y desabotonó su frac de cuyo bolsillo sacó una especie de puñal, de vaina de *petate* de palma muy grosera, pero cuyo mango de cuerno negro, estaba cargado con una profusion de adornos.

—En ese caso, dijo, el Sr. Jorge Leslie debe conocer esto!

Jorge avanzó el cuerpo, como si hubiera querido lanzarse sobre el vizconde. Pero se contuvo, y respondió friamente.

—Es un *golden-dagger*.

Enrique desenvainó el cuchillo: la hoja, ancha y cortante, era de acero, damasquinada de oro. La montura era de oro macizo.

—Enseñadnos! enseñadnos! gritaron por todas partes.

Enrique presentó el cuchillo á la marquesa, quien lo hizo pasar de mano en mano.

El cuchillo llegó así hasta Jorge, quien lo tomó y lo examinó.

—Es el *golden-dagger* de un gefe! dijo.

Su acento era tranquilo; nadie notó la estremada palidez de sus megillas.

—Qué cosa es eso de *golden-dagger*? preguntó la marquesa.

—Ya lo veis respondió Enrique, un cuchillo de oro..... las gentes que se sirven de esta arma, son leones!.....

—Leones y tigres... murmuró Enrique.

Esta es su garra, prosiguió Enrique recogiendo el cuchillo de manos del general O'Brien. Voy á referiros cómo he arrancado esta garra del leon.

EL SEÑOR BENITO.

Formóse en torno del vizconde Enrique de Villiers un religioso silencio. Jorge Leslie se habia apoyado contra la chimenea y tenia los brazos cruzados sobre el pecho.

El vizconde comenzó.

—La primera vez que oí hablar del *golden-fever*....

—Permitidme le interrumpió la marquesa; habladnos en lengua comun... *golden-fever* quiere decir?.....

—Fiebre de oro.

—Todo es pues de oro en ese país! exclamaron al propio tiempo tres ingenios, asombrados de aquel acorde de ideas!

—Gracias primo! dijo la marquesa; continuad, ya os escucho.

—La primera vez, continuó el vizconde, que oí hablar de la fiebre de oro, hacia la caza del bizonte, en los llanos, mas allá de los montes de Alleghany, hácia la estremidad norte del Ontario. Hermoso país! Cooper ha hecho de él descripciones encantadoras; pero allí la naturaleza es muy superior á las descripciones de Cooper.

Habia salido de Baltimore quince dias antes, y contaba no volver allí sino hasta la estacion de las lluvias. Vivía en aquel punto, no solo por gusto sino tambien por economía. Habia calculado que viviendo al aire libre, durante unos cinco años, podria reparar las brechas abiertas en mi patrimonio. ¿Os sonreís, general? Os recomiendo este modo de buscar oro, que vale tanto como las presas en los pactolos americanos y las máquinas para lavar el lodo.

Un francés fué quien nos contó los milagros del oro, el nacimiento de San Francisco, que repentinamente habia brotado de la tierra desde que el yugo de la rasa hispano-americana se habia retirado de aquel suelo opulento; las fortunas maravillosas que se habian creado á lo largo del rio del

Sacramento; la locura que invadía al propio tiempo á la América y á la Europa. Ese francés se llamaba Benito Loyos. Era de la municipalidad de Montmartre, cerca de Paris. Le tuve durante diez y ocho meses por criado, en aquellas regiones. Ahora es todo un ciudadano: vive en Moutmartre, su pueblo natal; pero se ha hecho propietario en la calle de San Dionisio, en donde alquila, durante el estío, unos tabucos á tenderos que quieren respirar el aire. Era un buen muchacho; un tanto cuanto pícaro; pero que debe tomar muy á lo serio su carácter de propietario.

Benito ganaba su vida en los bordes del San Lorenzo, cazando el castor. Esa es una industria modesta.

Cuando le dije: "Quiero ver el Oregon, Sonora, la frontera mexicana," Benito contestó sin titubear:

—El señor tendrá necesidad de un criado.—He servido á un general canadiense, por allá, á un lado del fuerte del Raton, cuando me ví obligado á abandonar nuestra Francia.... Si el señor quiere tomar informes del general.... El general vive aho-

ra un poco mas allá del rio de Albany, en la Nueva Gales....

Era cuestion de unos centenares de leguas apenas. Tuve la indiscreccion de preguntarle lo que le habia obligado á abandonar nuestra querida Francia.

Benito se sonrió, y me respondió:

—En esos malditos países del Oeste, es bueno llevar siempre consigo un hombre que conozca mas de un oficio....

En una palabra, acepté sus ofrecimientos. Sin dejar de servirme ó hacer que me servia, ha recogido por el camino bastantes pedacillos de oro, amonedado ó no, para comprar su balija. Era atrevido, ágil, mentiroso, ladron. Un criado con un carácter distinto no me hubiera convenido.

Preguntadle al señor Jorge Leslie, señoras, qué figura harian nuestras camaristas y criados parisienses en aquel país del infierno....

—Jamás he tenido criados en mis viajes, dijo Jorge dulcemente.

Aquellas señoras eran todas muy bien

educadas para sonreirse; pero sí hubo eso que se llama *frialdad*.

El vizconde prosiguió:

—Ya comprendereis bien que lo que me atraía hácia el Oeste no era la idea de recoger esos pedazos de oro en el fondo de los torrentes. No desprecio el oro; Dios me guarde! pero la credulidad no es mi defecto dominante. . . . no concedia mas que una fé muy mediana á las relaciones que me hacian. Lo que me seducia era el drama que se representaba del otro lado del continente americano entre aquellos locos y aquellos furiosos. Quería ver ese vértigo popular. Quería ver aquella mezcla confusa de niños, de jóvenes, de hombres maridos, de sacerdotes—porque hablaban de curas y pastores americanos que habian desistido de sus parroquias por correr detras de las pepitas—quería ver á todas aquellas gentes en medio de su delirio, hundiéndose en el fondo de los rios, marcando el suelo con sus uñas, desafiando el hambre y la sed, el frio y el calor, trabajando de dia y de noche, sufriendo á todas horas, pero alegres en medio de su exaltacion insensa-

ta, y lanzando hasta el cielo este grito de la demencia humana: Oh! oh! oh!

Esas orgías no se presentan todos los dias. El Eldorado trastornó en otro tiempo la cabeza de los españoles; la calle de Quincampoix vió á la Francia ébria en tiempo de Law, y vosotros todos sabeis la historia de ese conde de Horn, primo del regente Felipe de Orleans, que asesinó á un agiotista afortunado en una taberna de la calle de Venecia, para robarle su cartera llena de billetes. Esas son ocasiones que es preciso aprovechar. Me gusta ver las tragedias en otra parte que el teatro!

Hablábamos de luchas épicas, de batallones armados de picos y palas, que se precipitaban el uno contra el otro, atronando con sus gritos aquella inmensa soledad. Los indios salvajes que yo habia buscado, en vano, en los montes Alleghany y en torno de los lagos, debia yo encontrarlos en el Oeste. Era aquel un mundo nuevo en donde el uso tenía fuerza de ley; en donde cada uno pedia justicia á su cuchillo ó á su carabina; un mundo valiente como la caballería andante, pero avaro y engañoso; un

mando que lo reunia todo en su materialismo desvergonzado, el vicio y la virtud, el oro y la sangre.

Benito vendió su cabaña y sus pieles á un cazador del llano.

Volvimos á Baltimore en donde quise equiparme para el gran viaje.

Partimos una hermosa mañana de otoño. Me acuerdo que el sol se levantaba detras del cabo Carlos que cierra la bahía de Chesapeake. Ibamos á caballo. Antes de llegar al rio Potomac me volví para ver aún una vez la grande y populosa ciudad que se inundaba de luz. Los barcos de vapor surcaban el rio. A derecha é izquierda las locomotivas pasaban resollando con ruido y lanzando á largos intervalos su agudo gemido.

—Una vez que hayamos pasado los montes, me decia Benito, ya no nos molestarán mas estos ruidos!

Benito tenia ganas de huir de la civilizacion; la pasion de las aventuras le acometia.

En la noche del segundo dia llegamos á Marietta en donde debiamos tomar el vapor

para descender el Ohio, luego subir el Missouri hasta la Gran-Vuelta, atravesando así sin fatiga la mejor parte del continente. El vapor estaba lleno de buenas gentes que se iban á tentar fortuna en California. Todos esos Jasones americanos no hablaban mas que de la nueva Cólchida y soñaban despiertos con el Toison de oro. Teniamos allí el prólogo cómico del gran drama al cual íbamos á asistir.

Los emigrantes eran, en su mayor parte, gentes llenas de proyectos, espíritus tortuosos, inventores; un tercio, por lo menos, pertenecia al comercio al menudeo de los Estados-Unidos. Habia entre ellos cabezas dignas de pintarse. No exagero diciendo que sobre aquel vapor, cada cual tenia su medio particular de hallar el oro. Naturalmente, nadie queria decir su secreto, pero la mayor parte no deseaba otra cosa mejor que venderlo. Los unos poseían grandes cajas sólidamente cerradas que contenian tamices de nueva especie, máquinas de percusion para remoler la arena, mecánicas para filtrarla, molinetes, crisoles hornos.

Me acuerdo de un mercero de Filadelfia que llevaba consigo una pequeña brújula encantada que debía estremecerse cada vez que la pusieran sobre un lugar donde hubiera oro.

El buen mercero no pedia mas que un pobre millon de pesos para educar á su familia. Una noche Benito me dijo:

—Tengo ganas de ganar algunas propinas aquí en el vapor. Espero que esto no contrariaría al señor.

—Si vuestra industria es honrada.... respondí yo.

Benito me juró por las potestades del cielo y de la tierra, que todo comercio desleal le inspiraba horror.

Desde aquel momento le ví entrar en relaciones seguidas con todos los marineros, y tambien con los personajes de la cocina de los pasajeros. Compraba á los empleados del navío todas las botellas vacías. Mi camarote quedó materialmente lleno.

Quando le pregunté á Benito lo que quería hacer con todo aquello, me respondió sonriéndose:

—Ya he dicho al señor que tengo deseos

de ganar algun dinerito aquí en el vapor.... El señor verá!

Pude notar que mi criado, inspiraba desde entonces, cierto respeto é interés sobre el navío. Dos ó tres veces oí á los pasajeros cuchichear entre ellos.

—El criado del *gentleman*, tiene un medio.... un medio infalible.

Permanecia muchas veces hasta muy avanzada la noche, sentado contra el bandal de la plataforma, contemplando el rio inmenso por donde nuestro vapor parecia deslizarse como un gigantesco tren sobre el hielo. Cuando los pasajeros se habian retirado uno tras otro, y la soledad reinaba sobre el fuerte, en donde permanecian tan solo los hombres de guardia y el timonero, Benito se escurria frecuentemente fuera de la escotilla, y venia él tambien á respirar el fresco. Al respirarlo se entregaba á un singular ejercicio. Le veía traer un gran canasto á la plataforma triangular que está detras de la rueda. Sacaba uno á uno muchos objetos de su canasto, y los hundía sucesivamente en el rio con ayuda de una cuerda.

Hecho esto, recogia su canasto que parecia mucho mas pesado, y se volvía al pequeño retrete en donde dormia cerca de mí.

—Señor, me preguntó una mañana al vestirme; os ruego que me perdoneis la libertad que me tomo.... Quereis hacerme un favor?

—Cómo? cuál?

—Teneis lacre; yo tengo botellas.... quisiera preservar su contenido del contacto del aire, siempre funesto para materias volátiles!

Esta palabra científica me evitó el trabajo de preguntarle por qué la víspera habia encontrado manchas de aceite sobre las hojas mi tratado de química.

Le cedí, mediante una gran reverencia, la mitad de mi provision de lacre. Era la víspera del dia en que debiamos saltar á tierra.

Al dia siguiente, cuando nos hubieron desembarcado á nosotros y á nuestros caballos, Benito manifestó una alegría loca. Al cabo de una hora de camino en direccion del sudoeste, habiamos perdido ya de vista el Missouri. Se me ocurrió la idea

de preguntarle á Benito lo que habia hecho con todas sus botellas.

—El señor se imaginará fácilmente que no podia pensar en traerlas, me respondió.

—Pues valia entonces la pena de haberlas cerrado con tanto cuidado!....

Benito sacó de su bolsillo un taleguito de cuero bastante henchido de monedas de de oro. Habia dentro setecientos ú ochocientos pesos.

—Hé aquí el precio de mis botellas, me contestó con aire de triunfo.

—Qué habia, pues, dentro de vuestras botellas, Benito?....

—Pues el señor lo sabe bien.... puesto que me vió llenarlas con agua del rio.

—Y habeis vendido cuatro mil frascos de agua del Missouri?

Benito tomó un aire grave.

—Estaban cerradas las botellas! pronunció con solemnidad; habia puesto sobre cada una de ellas una etiqueta en que constaba el modo de servirse del contenido.... Derramad esta agua sobre el suelo; al dia siguiente por la mañana, si en el suelo hay

un lecho aurífero, habrá lentejuelas de oro sobre la superficie.

Nada prueba, añadió sin reirse, que este medio no sea excelente....

—Es magnífico vuestro Benito! exclamó la marquesa.

—Graciosísimo! graciosísimo! murmuraron por todas partes.

La marquesa añadió inclinándose hacia su vecina:

—El vizconde tiene un modo de contar!....

—Inimitable, señora!

—Creo, concluyó la marquesa, que mi hija será dichosa!

—Cómo podría ser de otro modo, hermosa dama? murmuró el anciano general O'Brien, que se inclinó riéndose con amabilidad; cómo no ser feliz con un hombre que cuenta tan bien sus historias?

—Maligno hablador! dijo la marquesa.

Luego todo el mundo se calló para dejar hablar al narrador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ENCUENTRO.

El Sr. de Villiers prosiguió:

—Estamos en la pradera. El gran novelista americano os ha hecho conocer esas llanuras inmensas del Nuevo Mundo. Nada tengo que deciros de nuestro viaje ecuestre, sino que fuimos cazados dos veces por los Sioux á caballo, y que vimos de léjos, una noche, un incendio que parecia cubrir muchas leguas de estension. Llevábamos nuestros víveres: la caza es bastante abundante en esos parajes.

Benito me decia muchas veces:

—Si pudiera siquiera trasportar algunas

30128

un lecho aurífero, habrá lentejuelas de oro sobre la superficie.

Nada prueba, añadió sin reirse, que este medio no sea excelente....

—Es magnífico vuestro Benito! exclamó la marquesa.

—Graciosísimo! graciosísimo! murmuraron por todas partes.

La marquesa añadió inclinándose hacia su vecina:

—El vizconde tiene un modo de contar!....

—Inimitable, señora!

—Creo, concluyó la marquesa, que mi hija será dichosa!

—Cómo podría ser de otro modo, hermosa dama? murmuró el anciano general O'Brien, que se inclinó riéndose con amabilidad; cómo no ser feliz con un hombre que cuenta tan bien sus historias?

—Maligno hablador! dijo la marquesa.

Luego todo el mundo se calló para dejar hablar al narrador.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ENCUENTRO.

El Sr. de Villiers prosiguió:

—Estamos en la pradera. El gran novelista americano os ha hecho conocer esas llanuras inmensas del Nuevo Mundo. Nada tengo que deciros de nuestro viaje ecuestre, sino que fuimos cazados dos veces por los Sioux á caballo, y que vimos de léjos, una noche, un incendio que parecia cubrir muchas leguas de estension. Llevábamos nuestros víveres: la caza es bastante abundante en esos parajes.

Benito me decia muchas veces:

—Si pudiera siquiera trasportar algunas

30128

leguas de este terreno al pié del montecillo de Montmartre!

Llegamos á las montañas Pedregosas á los cincuenta y dos dias despues de nuestra partida de Baltimore. Tuvimos que dejar á nuestros pobres caballos, rendidos de fatiga, en un pequeño pueblo de *hutters*, el último que hubiese en la llanura, y atravesamos á pié la primera cadena que existe entre esas dos enormes montañas, el Pico Largo, y el Pico Tames, cuya altura se eleva á mas de dos mil toesas. Mas allá de las montañas se presenta un admirable valle, cortado en su mitad por el Rio Bravo del norte. Los nombres cesan aquí de ser españoles para convertirse en españoles: entramos en el dominio de los hijos de Cortés.

Hijos degenerados que no han conservado de las grandes pasiones de la vieja España mas que la avaricia ardiente é insaciable.

Permanecemos dos dias en Santa Fé para descansar, y luego ganamos la Sierra Verde, que era lo único que nos separaba ya de la tierra del oro.

Voy á referir desde luego nuestra primera aventura en las montañas de la California, porque ella nos pondrá frente á frente de mis buenos amigos los golden-daggers, y os revelará el origen del arma curiosa que acabais de tener en las manos.

Habiamos seguido durante ocho eternos dias bajo un sol abrasador los bordes del Rio Colorado, que acabábamos de abandonar para dirigir nuestro camino hácia la Sierra Nevada, cuyas cumbres, cubiertas de eterna y blanquísima nieve, percibiamos ya á lo léjos.

El aspecto cambiaba rápidamente en torno nuestro. El pavimento iba haciéndose mas y mas desigual, y estaba sembrado de bosques.

Bien pronto comenzamos á subir por una especie de sendero rocalloso, á la derecha del cual se precipitaba un torrente de agua rojiza. Benito se detuvo de pronto: le ví palidecer, y señalarme con el dedo, sin hablar una sola palabra, un recodo del sendero que pasaba por encima de donde estábamos.

Levanté los ojos, y quedé con la boca

abierta, no azorado, sino admirado. Dos leoncillos de las cordilleras, alegres, vivos y graciosos como unas gatos, jugaban en medio del camino.

—Son chulísimos así, de léjos, me dijo el buen Benito; pero de cerca son mucho mas grandes que un perro de Terranova, y muy capaces de despachar de un manazo al otro mundo á un padre de familia.

—Vos sois padre de familia, Benito? le pregunté.

Benito no tuvo tiempo de responderme. Un tiro de fusil resonó entre las rocas. Uno de los hermosos leoncitos pegó un brinco, cayó, se volvió á levantar, vaciló al borde del precipicio, perdió el equilibrio y fué á caer casi junto á nuestros piés. El otro leoncillo se enderezó sobre sus piés, y ganó de un salto prodioso las rocas de donde el otro habia partido.

—Preparad vuestra carabina, Benito, dije á mi criado; porque creo que vamos á tener dentro de un instante algun encuentro.

—Quién vive preguntó casi al mismo

tiempo una voz invisible, pero dotada de un fuerte acento auvernés.

—Amigo! respondí yo por casualidad.

Una descarga, que obligó al prudente Benito á tenderse boca abajo, me anunció la muerte del segundo leoncillo.

Al propio instante, una cabeza de columna se dejó ver precisamente en el lugar en donde poco antes jugaban los dos leoncillos. Formaban la columna en su mayoría hombres pequeños, robustos, y morenos como esos personajes que se ven de los bajos relieves romanos. Llevaban una especie de uniforme carmín rojo, capa ó *manga* de un amarillo con un ribete negro; pantalon de pana verde oscuro, adornado en la costura exterior con una hilera de botones y un vivo amarillo; sombrero de palma de ala inmensa, con una redecilla de lana roja. Venian armados hasta los dientes.

A distancia de unos cincuenta pasos, el gefe tendió su arma y me apuntó.

Yo no me moví, ni hice ademan de empuñar mi arma.

—Sois americanos? me preguntó en español chapurrado.

—Somos franceses! respondí.

El mexicano levantó su carabina.

—Pues bien pronto no quedará nadie en Europa! dijo con un tono de desagrado volviéndose hácia sus compañeros. Vaya que tambien los franceses vienen á injerirse.

Y dió la órden al mismo tiempo:

—Adelante! en marcha!

La tropa se adelantó hácia nosotros.

Yo me hice políticamente á un lado para dejarles el paso libre. Los vestidos de aquellos bribones, que desde lejos hacian un bonito efecto, parecian de cerca verdaderos harapos.

Cuando el gefe pasó delante de nosotros, nos dijo:

—Saludad, señores! yo soy el *adalid*.

Nosotros le saludamos, y él se guardó muy bien de tocarse siquiera el sombrero de palma que iba cayéndose á pedazos.

Eran poco mas ó menos unos treinta hombres. Casi todos traian luengas cadenas de oro, que contrastaban singularmente con sus harapos. En el centro del grupo, cuatro hombres llevaban sobre unas parihuelas un

cuerpo humano inmóbil, cuya cabeza iba envuelta en un pañuelo rojo.

—Ese hombre está muerto? pregunté.

—No tal, gracias á Dios, respondió el alferéz que cerraba la marcha. Este hombre vale cien mil pesos, como vos una peseta!

Al decir esto, puso el dedo sobre mi bota de aguardiente, que me apresuré á ofrecerle. La vació de un trago y tuvo la bondad de volvérmela. Un instante despues el *adalid* y sus soldados harapientos habian desaparecido entre las montañas.

Los dos leoncitos habian sido despojados de su piel en un abrir y cerrar de ojos. Sus cadáveres yacian en la mitad del camino.

—Si los caballeros quisieren refrescarse en mi *cot*, nos dijo una voz gutural, que partia de enmedio de un precioso bosquecillo de árboles, plantado del otro lado del precipicio, les costará solamente á cuatro pesos por cabeza, y les garantizo que serán servidos con esplendidez.... Los Golden-daggers me han vendido un cuarto de res que dá gusto verlo.

Un cuarto de res! Ya os figurareis, señoras, que ésa sola palabra *roast beet* hace

nacer las ideas mas risueñas en el viajero hambriento que atraviesa las montañas llenas de nieve.

Inmediatamente nos pusimos á buscar un paso para llegar hasta nuestro hombre, que nos decia:

—Mi *cot* está á dos pasos de aquí. . . . me voy á reunir con vosotros dentro de un instante.

El *cot* era una horrible cabaña sucia como la de un esquimal. El *cotter* hospitalario llegó á ella casi al mismo tiempo que nosotros. Llevaba debajo de su caban de tela un objeto cuya naturaleza no pudimos reconocer.

#### IV

#### EL IRLANDES.

—Descansad como gustéis; con toda confianza, como si estuviéseis en vuestra casa! nos dijo el *cotter* entrando á la pieza principal para pasar al *chiribitil* que le servia de cocina.

Bien pronto sentimos un excelente olor de asado.

—Quiénes son esas gentes que acabamos de ver! le pregunté.

—Son los vecinos de Sonora, señor, contestó nuestro huésped, desplegando toda la riqueza de su acento irlandés. El año pasado se han llevado á mi muger, pobre

criatura!..... me costaba tanto trabajo alimentarla!....

—Sonora está muy lejos de aquí!

—Tienen ellos las piernas muy largas.... pero percibís ese olor del asado: caballero?..

Las narices de Benito se hinchaban de ánsia y de deseos. ?

—Y qué vienen á hacer aquí esos vecinos! volvió á preguntar.

—Lo que los golden-daggers van á hacer á México, señor..... Me he informado con ellos, no hace un momento, de mi pobre Peggy. Era una carga pesada!... Su nuevo marido es aquel moceton trigueño que llevaba uno de los extremos de las parihuelas!.... Dios sabe cómo han hecho para coger vivo al mayor!

—Quién es ese mayor!

—El que iba sobre las parihuelas.... ó el diablo mejor dicho, señor.... El nuevo marido de mi pobre muger me ha dicho que me la devolvería cuando fuera vieja.... es justo y cristiano eso, señor!

Y salió de la cocina llevando cuatro ó cinco enormes tajadas de carne asada, sobre un plato de madera.

—Comed, señor caballero, nos dijo; comed con toda confianza!

Le dimos una vigorosa entrada á la res vendida por los golden-daggers. Yo tengo los dientes fuertes; en cuanto á Benito, comería pellejo de caballo! Sin embargo, todos nuestros esfuerzos para masticar aquella carne californiana fueron radicalmente impotentes.

Nuestro huésped nos consideraba con el rabo del ojo, y platicaba á mas no poder.

—Si los caballeros han venido para buscar oro, les daré un consejo.... me atreveré á recomendarles que suban hácia el norte.... Aquí el país no vale nada.... nada! nada!.... Apenas puedo ganar mi pobre vida!

—Pero qué diablos es esta carne! exclamó Benito desalentado por la inutilidad de sus esfuerzos para masticarla.

Yo ya habia hecho a un lado mi plato.

—Es carne de res! respondió graciosamente el irlandés; y de buena res!.... un poco dura porque le ha caído la helada de estas últimas noches.... Sí, sí, señores, el país es crudo.... no hay nada qué ha-

cer.... Yo habia hallado sin embargo, un buen rinconcito.... habia establecido mis límites en torno de mi *posicion*, y enviado mi noticia á Monterey.... Yo era propietario del terreno, tan cierto como que nosotros los irlandeses, pobres criaturas, hemos nacido para sufrir acá en el mundo!.... Pero los golden-daggers vinieron... y han escarbado el suelo.... dejan la arena, pero se llevan el oro!.... Que Dios recompense á cada cual segun sus méritos!

Benito arrajó dos pesos sobre la mesa en el momento en que yo me levantaba.

—Si se pagara tu buey segun sus méritos, buen picaronazo, le dijo, recibirias de ribete una buena entrada de palos!

El irlandés se embolsó los dos pesos y exclamó.

—Ay! señor mio, Jesus!.... quien hubiera podido creer que sus mercedes no quedarian contentos!.... una carne de res tan escelente!.... dadme los otros seis pesos caballeros, no perjudiqueis á un pobre infeliz! Mirad! si me dais los otros seis pesos.... y es muy poco por semejante comida! os enseñaré el modo de atravesar la

montaña sin encontrar á los golden-daggers!

Benito llevaba la mano al bolsillo. Yo le detuve, con un gesto.

—Por el contrario, le dije al irlandés; tengo curiosidad de ver de cerca á los golden-daggers.... Te daré tus seis pesos si me enseñas el camino mas corto para llegar á ellos.

El irlandés retrocedió hasta la puerta de la cocina.

—Curioso! repitió; curioso!.... No quisiera decirle al señor que tiene al diablo en el cuerpo.... No sabeis que los golden-daggers se cuidan tanto de la vida de un hombre como de las cáscaras de fruta que se comieron el año pasado!.... Teneis deseos de ver cómo os cuelgan de un árbol!... ó cómo os arrojan desde lo alto de una roca! ó cómo os hacen cuartos, si como lo creo están furiosos por la pérdida del mayor.... No! no! por Dios que no os enseñaré ese camino.... eso no lo haria nunca un cristiano.... á menos que no me deis doce pesos, ni un tlaco menos!

Benito hizo un gesto de enérgica negativa; pero yō puse los doce pesos sobre la mesa.

—Que Dios proteja á sus mercedes! exclamó el irlandés. A los que tienen la idea de ahogarse, no debemos ocultarles la orilla del rio!.... Vais á tomar el sendero por donde los vecinos han bajado!.... á quinientos pasos de aquí, hallareis una gran encina partida por el rayo.... Torced á la derecha, y seguid la barranca que vereis estenderse por entre dos rocas, seguid por ahí hasta un lugar en donde la liana roja cesa de crecer sobre las peñas.... entonces ireis á la mitad del camino. Torced otra vuelta á la derecha, y subid por la falda del monte tan rectamente como podais. Si llegais á los límites de la nieve antes de la caída del sol, podreis ver la humareda de la gran cabaña.

—No os escito á que descanséis en mi pobre choza á la vuelta, dijo moviendo la cabeza con tristeza. sería inútil; pero no podreis decir á lo menos que no se os advertido lo bastante!.... Los que suben hasta allá no bajan jamás.... Que Dios

proteja á vuestras señorías.... yo voy á rogar por el descanso de sus almas!

Y cerró su puerta.

En el recodo del sendero hallamos el segundo leon matado por los vecinos. Nos Fué facil entonces ver en dónde el irlandés tomaba su provision de carne de res. Dos lonjas de carne le faltaban á uno de los cuartos del leon. Una carne de res tan escelente.

—Qué de veras tendríais la ocnrrencia de ir á hacer una visita á esos golden-daggers? preguntó Benito, no sin cierta inquietud.

—He venido para verlo todo, respondí; si quereis quedaros aquí, yo iré solo!

Acababámos de pasar la grande encina hecha pedazos por el rayo. A nuestra derecha se estendia una barranca profunda y sombría como la entrada de una caverna.

Benito titubeó un instante.

—Bah! dijo al fin, puede uno arrojarse con todo el mundo, escepto con la policía... Adelante!

Ese bribon de Benito habia adquirido decididamente un gran partido entre los

convidados de la marquesa. Todo el mundo se había sentado, excepto el vizconde Enrique y el Sr. Jorge Leslie.

Pero que este último estuviese sentado ó en pié poco importaba; nadie ponía cuidado en él. Elena misma no podía verlo, porque el anciano general O'Brien se había venido á colocar detrás de su silla.

Jorge Leslie, por lo demás, parecía profundamente interesado por la narracion del vizconde. La escuchaba con una atencion religiosa; y dos ó tres veces la enérgica expresion de su rostro había cambiado.

Puesto que ese Sr. Jorge Leslie había vivido también en esas regiones de la América occidental, no debemos admirarnos del interes que despertaba en él la narracion del vizconde.

V

LA LEYENDA DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Sin pretender marcar los pasajes que habían particularmente conmovido al Sr. Jorge Leslie, diremos que en el momento en que el Sr. de Villiers había hablado de ese personaje designado con el título del mayor, que los vecinos de Sonora se llevaban sobre unas parihuelas, con la cabeza envuelta en un pañuelo de seda rojo, el Sr. Leslie bajó los ojos, mientras una tinta escarlata matizaba sus megillas.

—Tengo miedo de fastidiaros, señoras, se interrumpió el vizconde con una orgullosa modestia.

convidados de la marquesa. Todo el mundo se había sentado, excepto el vizconde Enrique y el Sr. Jorge Leslie.

Pero que este último estuviese sentado ó en pié poco importaba; nadie ponía cuidado en él. Elena misma no podía verlo, porque el anciano general O'Brien se había venido á colocar detrás de su silla.

Jorge Leslie, por lo demás, parecía profundamente interesado por la narracion del vizconde. La escuchaba con una atencion religiosa; y dos ó tres veces la enérgica expresion de su rostro había cambiado.

Puesto que ese Sr. Jorge Leslie había vivido también en esas regiones de la América occidental, no debemos admirarnos del interes que despertaba en él la narracion del vizconde.

V

LA LEYENDA DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Sin pretender marcar los pasajes que habían particularmente conmovido al Sr. Jorge Leslie, diremos que en el momento en que el Sr. de Villiers había hablado de ese personaje designado con el título del mayor, que los vecinos de Sonora se llevaban sobre unas parihuelas, con la cabeza envuelta en un pañuelo de seda rojo, el Sr. Leslie bajó los ojos, mientras una tinta escarlata matizaba sus megillas.

—Tengo miedo de fastidiaros, señoras, se interrumpió el vizconde con una orgullosa modestia.

—Fastidiarnos! exclamó la marquesa.  
La concurrencia entera protestó calorosamente, y la marquesa añadió:

—Enrique, puesto que ese original Benito vive en Montmartre, nos llevaréis á verlo, no es verdad?

—Lo cierto es, dijeron por todas partes, que ese Benito es un personaje muy divertido!

—Estoy siempre á vuestras órdenes, contestó Enrique saludando á la marquesa.

Luego prosiguió:

—Hemos aquí metidos en aquella baranca. Al cabo de una hora de marcha, la liana se enlazaba todavía con los árboles, mezclando entre su follaje sus flores purpúreas; pero los árboles cambiaban de aspecto, y la temperatura bajaba tan rápidamente, que veía á Benito temblar de frío á pesar de la fatiga de la marcha.

Vimos al fin las dos enormes cadenas de rocas por entre las cuales marchábamos, tomar un declive violento y luego dejar libre el camino.

Las lianas pendían derrocadas y muertas de las ramas de los árboles.

El horizonte se ensanchó de pronto. Frente á nosotros, la montaña descendía llena de escabrosidades hasta el suelo mismo de la Nueva California, á la izquierda un bosque lleno de cipreses enanos cubría una pendiente suave; hubiérais dicho desde lejos que era un viñado; á la derecha la montaña se elevaba á plomo; su flanco rocalloso desaparecía bajo una alfombra de fresales desecados por el viento del oeste. Sobre este tapiz amarillento, algunas florecillas de invierno se ostentaban con sus rojas corolas.

Los árboles faltaban completamente; apenas se percibían aquí y allá algunas malezas espinosas, cuyas raíces tenaces habían logrado penetrar por entre las rocas.

El frío aumentaba, pero el sudor corría á gruesas gotas sobre nuestra frente: tan ruda así había sido la subida! El sol, rojo como una ascua se inclinaba hácia el horizonte.

—Este camino es mas difícil que el del paraíso! murmuraba Benito. Y decir que vamos á casa del diablo!

La alfombra de fresales desapareció á po-

co. Nuestros piés resbalaban sobre la tierra reblandecida con las infiltraciones de la nieve fundida.

Bien pronto el lichen, de un blanco verdoso y brillante se extendió en torno de nosotros.

El día declinaba sensiblemente, cuando llegamos á la primera cumbre llena de nieve.

A causa de los vientos del nordeste, cuyo viento es glacial, el nivel de las nieves es mucho mas bajo en la Sierra de California que en las dos grandes cadenas de las montañas Pedregosas.

Desde que habíamos abandonado la cabaña del irlandés de la excelente carne de ternera, no habíamos encontrado ninguna huella humana. En aquellas cumbres hallamos, por el contrario, muchísimas. Ahí era, sin duda, segun todas las apariencias, dónde se habia trabado la batalla entre los Cuchillos de Oro y los vecinos mexicanos.

Dos cabañas incendiadas, de las cuales una humeaba aún, formaban dos estensas manchas negras en medio del tapiz blanco,

y en torno, la nieve batida y pisoteada, conservaba manchas de sangre.

Cuatro cadáveres habian dejado allí su huella, tan perfectamente modelada, que si esa nieve hubiera sido barro, se habrian podido vaciar las cuatro estatuas.

Mas allá de la cumbre, se extendía un pequeño valle plantado de pinos enanos, luego continuaba la montaña, árida y blanca, presentando la forma de un cono, que tenia una hoquedad en uno de sus lados y cuyo centro formaba un nicho gigantesco.

No se veían cabañas en aquella hoquedad, pero se percibían muchas columnas de humo que se elevaban hácia el cielo.

Lo que nos llamó sobre todo la atención en el aspecto de aquel lugar, fueron dos rocas plantadas frente á aquella hoquedad, que parecían haber servido de apoyo á la porción hundida de la montaña. Estaban allí, presentando en sus dos cúspides gemelas, dos plataformas iguales: desde luego se le ocurría á uno la idea de que aquellos dos pedestales aguardaban cada uno su colosal estatua.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

En el momento en que íbamos á entrar en el valle, Benito se detuvo y me estrechó la mano repentinamente.

Seguí la direccion de su mirada que estaba fija en los tramos negros de los pinos, y ví en la oscuridad que reinaba ya en la llanura, dos ojos brillantes y rojos como carbones encendidos.

Empuñé mi carabina, creyendo en el primer momento que era un béstia feroz.

Un sonido gutural subió hasta nosotros; al mismo tiempo una forma humana comenzó á saltar por entre los árboles.

La perdimos de vista, casi inmediatamente; pero yo habia tenido tiempo de distinguir el rostro sangriento y pintarrajeado de un indio.

—Si al señor le parece, me dijo Benito con calma, nos volveremos por donde venimos, todavía es tiempo. . . . Nos acurrucaremos como lo hacen nuestros muchachos para dejarse resbalar desde lo alto de la colina de Saint-Chaumont, y llegaremos á la barranca antes que este pícaro indio piel roja haya dado la señal de alarma.

Benito se equivocaba.

Una voz ronca salió de entre el bosquecillo, y nos envió el quién vive americano:

—*Who goes there?*

—Caballero francés, respondí yo en el mismo idioma.

La voz replicó con un acento un poco burlon.

—*French gentleman! . . . Welcome! . . . go-on!* (Caballero francés. . . . bien venido seais. . . . avanzad!)

—No habia que titubear.

Benito se puso la carabina bajo el brazo como un paraguas, y empezó á silbar la tonadilla de la cachucha.

—La última vez que bailé el cancan en el Eliseo Moumartre, me dijo: el diablo cargue conmigo si pensaba en lo que va á sucederme hoy! . . . Probablemente esto estaba escrito, como decia el viejo turco que vendia nogada de Constantina en el boulevard Poissonnière. . . . Qué buen aspecto tenia. . . . digo, la nogada. . . . pero no valia nada!

No encontramos á nadie en el bosquecillo; á nadie al pié de la montaña.

Debo confesar que la llegada de un caballero francés al campamento de los Cuchillos de Oro, no parecía producir el menor efecto.

A medida que avanzábamos, sin embargo, los ruidos humanos se hacían más sensibles. Platicaban, cantaban, y cuando la brisa soplaba hacia nosotros, hasta creíamos reconocer los acordes desacordados de un violín.

Nos hallábamos á doscientos ó trescientos pasos de las dos rocas simétricas de que he hablado, cuando fuimos repentinamente testigos de un espectáculo que nos llenó de asombro.

Los pedestales gigantescos, tendrán cada uno su estatua.

Un hombre acababa de presentarse sobre cada plataforma.

Ambos estaban armados de carabinas.

El uno tenía las piernas desnudas y llevaba una pequeña *manga* mexicana, tal vez trofeo de la última batalla; el otro llevaba un pantalon de marino y un saco de tela.

Entre las dos rocas vino á colocarse un tercer personaje.

—Apuesto mi manga contra los calzones de Tonny, dijo el hombre de las piernas desnudas, con una voz clara y firme.

—Apuesto mis calzones contra la manga de Sam, replicó el marino.

Y quitóse el pantalon, que arrojó al pié de la roca.

Sam hizo lo mismo con su manga.

El personaje, que había permanecido un poco más abajo, entre ambos, tomó las apuestas, y preguntó:

—Es esto prueba de amistad, y lo hacen lealmente?

—Lo hacemos lealmente, y en prueba de buena amistad, respondieron Sam y Tonny al mismo tiempo.

—Pues entónces, adelante! dijo el testigo! Sam y Jonny se apuntaron.

Dos tiros partieron al mismo tiempo.

Sam quedó en pié.

Tonny cayó, de cabeza, de la roca. La bala de Sam le había hecho pedazos el hueso frontal.

Sam bajó tranquilamente de la roca, y

sin mas demora se puso los pantalones....

Hubo un gran murmullo de incredulidad en el auditorio del señor Villiers.

—Chut! chut! dijo la marquesa.

—Por un pantalon!... protestó una vizcondesa.

—Matar á un hombre! añadió otra vizcondesa.

—Y arriesgar su vida! completó una tercera.

—Pues así sucede en la Sierra Nevada, señoras, dijo el general O'Brien.... No conozco en el mundo nada mas verídico como las impresiones de viaje.... Si lo dudais, os aconsejo que vayais á convenceros al lugar mismo!

—Bueno! exclamó Enrique de Villiers; heme aquí acusado nuevamente de mentiroso.

—De ninguna manera! replicó vivamente la marquesa. Estas señoras no tienen ninguna idea de esas costumbres estraordinarias y.....

—Perdonadme si os interrumpo, mi querida prima, dijo Enrique. Ahora tenemos un testigo.... Señor Leslie, os suplico que

me digais; habeis visto algo por el estilo en el oeste?

—VÍ la escena misma que referís, contestó Jorge friamente.

Hubo un movimiento de sorpresa sobre la fisonomía de Enrique de Villiers.

—Estabais ahí?... preguntó con una voz menos segura.

—No ese mismo dia precisamente; repuso Jorge sonriéndose.

El vizconde respiró.

Volvieronse todos hácia Jorge, que creció en la imaginacion de los oyentes, solamente porque añadió:

—Yo mismo monté sobre una de esas rocas.... Y no era por un pantalon, ni por una manga.

—Y sobre la otra roca?... preguntó la marquesa, mientras Elena se ponía mas pálida que una muerta.

Las vizcondesas gustan infinito de ese calosfrio de horror y de emocion que las acomete cuando esperan en el teatro una peripecia sangrienta.

Aquí experimentaron la misma sensacion cuando Jorge respondió:

—En toda sociedad naciente existe el juicio de Dios. . . . Allí donde la ley es impotente el duelo es siempre un derecho, y á veces un deber. . . . Sobre la otra roca habia un hombre. . . . Ese hombre ha muerto. Se calló.

Las señoras comenzaban á notar que aquel rostro pálido, aquella grande frente, aquella mirada profunda tenia un carácter muy notable.

La voz de Jorge Leslie tenia un acento particular, que hacia vibrar en ellas las mas profundas fibras del corazon.

Elena sufría. Por qué?

—Y despues, primo? y despues? dijo la marquesa insaciable en su curiosidad.

—Me resta muy poco que decir, replicó Enrique preocupado. Tenia entonces todavia los cascos á la ligera. El principio de la aventura me gustaba. Le dije á Benito, que no pudiendo ya mas temblaba como una rana: Adelante.

—Si se matan como moscas entre sí, murmuraba el infeliz, ¿que será lo que hagan á los estrangeros!

—El irlandés os lo habia advertido! le dije.

Benito empezó á silbar la cachucha.

Dejáronnos penetrar hasta el centro del campamento. Era una especie de aldea compuesta de una docena de cabañas. Habia ademas habitaciones subterráneas.

Dos hombre jugaban al *tric trac*, acostados sobre un giron de alfombra tendido sobre la nieve misma. Uno de ellos usaba sobre su brazo un gaban de sargento.

A la entrada de la tienda reconoci al indio que habia dado la señal de alarma.

Entre los dos jugadores habia un monton de polvo y de barras de oro. A un lado percibí unas pequeñas balanzas.

—Ah! ah! dijo el sargento, que me midio brutalmente de la cabeza á los piés; vos sois el caballero francés. . . .eh?

Y antes de que yo hubiese respondido:

Que el diablo me lleve! este pícaro de Gallois me ha ganado mis diez últimas onzas de oro! . . . Heme aquí tan miserable como antes!

Que el infierno te confunda Gallois. . . . te tengo de matar un dia de estos!

El llamado Gallois guardó tranquilamente su polvo y sus pepitas de oro en su saco de cuero.

—Quereis jugar á credito? preguntó el sargento.

—No! respondió el otro

—Mi vida contra diez onzas.

Gallois se encogió de hombros y se levantó.

—Ganaria! estoy seguro de que ganaria! exclamó el sargento, rechinando los dientes. Con esas diez onzas atraparía lo menos ciento mas!

Algunos golden-daggers habian salido de sus cabañas al ruido de la discusion. Los vecinos de Sonora tenian caras de ángeles junto á estos demonios.

—Quién quiere prestarme diez onzas de oro! ahulló el sargento. Diez onzas por veinte!.... por treinta!.... por cuarenta!

El demonio del juego le exaltaba hasta el frenesí.

Hasta otra vez, sargento Saunders, dijo Gallois levantando su tren.

—Quédate, Nick! quédate en nombre de

Dios!.... Te quedarás miserable! Qué podría yo jugar contra este badido!

—Ah! exclamó como cogiendo al vuelo una idea; quédate Nick!.... te juego al caballero francés y á su criado por diez onzas de oro!....

Los golden-daggers que nos rodeaban se echaron á reir.

Gallois nos miró con el rabo del ojo para calcular si nuestros bolsillos podian contener diez onzas de oro.

Quedó satisfecho del exámen, sin duda, porque tornó á sentarse, y puso sobre el girón de alfombra diez onzas de oro, pesadas en la balanza.

La partida comenzó.

Yo habia cruzado los brazos sobre el pecho, y seguia las jugadas tratando de conservar mi calma.

Gallois ganó.

Saunders, el sargento, rompió el trictrac y votó los dados de un puñetazo, exclamando:

—Que el infierno te confunda, perro maldito!.... págate!

Nick vino hácia mí sin cumplimientos de

ninguna clase, para meter sus manos en mis bolsillos. Yo le mantuve á distancia con la mano izquierda, y con la derecha tomé una de las pistolas que llevaba en la cintura.

Nick estaba armado.

—Ah perro! dijo; conque no quieres pagar las deudas del sargento Saunders?

No aguardé mas.

En el momento en que levantaba la pistola, Gallois Nick cayó al pié de su sargento con la cabeza hecha pedazos por mi bala.

Inmediatamente veinte carabinas fueron dirigidas contra mí.

Benito hizo la señal de la cruz por primera vez despues de muchos años.

El sargento Saunders miró á Nick tendido en tierra; luego clavó su mirada en mí.

—Quietos todos! gritó. ¡Qué habríais hecho en lugar del francés!

Algunas carabinas se bajaron, haciendo resonar sus culatas en tierra, pero tres ó cuatro caprichosos continuaron apuntándome.

—Nick llevaba el cuchillo de oro!... murmuraban. Nick debé ser vengado.

—Silencio, os repito! gritó por segunda vez Saunders.

Tomó el saco lleno de polvo de oro que pendía de la cintura de Nick, y lo puso en la balanza.

—Ciento treinta y cinco onzas de oro!... dijo; era un ladron... y luego era un hijo del pais de Gales!... hacia trampas en el juego!... abajo las carabinas!

—Mi capitan, dije yo preparando mi segunda pistola, ¡á quién de estos patanes quereis que envíe al pais de Satanas?

Saunders se sonrió porque le habia llamado capitan.

Quereis recibir el cuchillo de oro de Nick? me preguntó.

—Y por qué no? contesté sin titubear.

Saunders se colgó de la cintura el saco del Gallois Nick.

Adjudicado! pronunció. Sois de los nuestros!... Esta noche os leerán el ritual... Por ahora vamos á comer!

Aquí el señor vizconde Enrique de Villiers exhibió de nuevo su cuchillo con mango de cuerno y hoja dorada.

—Benito quedó encargado, prosiguió, de

registrar los bolsillos del muerto. Yo tuve la honra insigne de comer junto al sargento Saunders; y algunos días después, mi criado y yo, hacíamos compañía á los golden-daggers para dirigirnos hácia los placeres del río del Sacramento.

El vizconde se calló y tomó una silla.

Un silencio completo reinó en el retrete de la marquesa.

El fin de la historia, para emplear un tecnicismo del teatro, *se arrastraba* y no producía absolutamente efecto.

Habia para esto muchas razones: primeramente no habia lo que se llama un desenlace; en segundo lugar, la muerte del Gallois Nick, carecia de esas excusas, nacidas de la violencia de la pasion que lo hacen perdonar todo. Con algunas palabras de mas, y algun cuidado para preparar la escena, el señor de Villiers hubiera hecho horripilar á su auditorio.

Aquellas señoras se veian casi tentadas de compadecer al pobre Nick.

impresión de la muerte de los vivos.  
debe que la narración misma.  
atendidos los detalles de la historia.  
que están tomados para escribir historia.  
que me había hecho comunicado sus ideas.  
san venido, cada cual tuvo como un vago pre-  
sentimiento de que había pendiente algún es-  
de que hablar.

El primer misterio había estado lugar.  
de los hechos, de los hechos, de los hechos.  
de hecho de la leyenda.  
DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Ya lo hemos dicho: el vizconde estaba preocupado: por eso era por lo que habia descuidado completamente todas las preparaciones oratorias. Si alguno hubiera tenido interes en ese momento en escudriñar su conciencia, tal vez hubiera hallado un rasgo de luz en las últimas palabras del vizconde, que dijo al sentarse, con cierto abandono:

—Habeis oido hablar de eso, señor Leslie?

—Sí! respondió Jorge.

Cosa singular! esta lacónica respuesta

UNIVERSIDAD

ALFONSO

registrar los bolsillos del muerto. Yo tuve la honra insigne de comer junto al sargento Saunders; y algunos días después, mi criado y yo, hacíamos compañía á los golden-daggers para dirigirnos hácia los placeres del río del Sacramento.

El vizconde se calló y tomó una silla.

Un silencio completo reinó en el retrete de la marquesa.

El fin de la historia, para emplear un tecnicismo del teatro, *se arrastraba* y no producía absolutamente efecto.

Habia para esto muchas razones: primeramente no habia lo que se llama un desenlace; en segundo lugar, la muerte del Gallois Nick, carecia de esas excusas, nacidas de la violencia de la pasion que lo hacen perdonar todo. Con algunas palabras de mas, y algun cuidado para preparar la escena, el señor de Villiers hubiera hecho horripilar á su auditorio.

Aquellas señoras se veian casi tentadas de compadecer al pobre Nick.

CONTINUACION DE LA LEYENDA  
DE LOS GOLDEN-DAGGERS.

Ya lo hemos dicho: el vizconde estaba preocupado: por eso era por lo que habia descuidado completamente todas las preparaciones oratorias. Si alguno hubiera tenido interes en ese momento en escudriñar su conciencia, tal vez hubiera hallado un rasgo de luz en las últimas palabras del vizconde, que dijo al sentarse, con cierto abandono:

—Habeis oido hablar de eso, señor Leslie?

—Sí! respondió Jorge.

Cosa singular! esta lacónica respuesta

impresionó al círculo de oyentes mas vivamente que la narracion misma. No sé qué atmósfera romancesca se respira entre los que están reunidos para escuchar historias. Sin que nadie hubiera comunicado sus ideas á su vecino, cada cual tuvo como un vago presentimiento de que habia pendiente quién sabe qué drama.

El prólogo misterioso habia tenido lugar, allá lejos, del otro lado de los mares; la misteriosa accion proseguia aquí, en medio de los brillantes resplandores de la civilizacion parisiense!

La marquesa sola, estaba contenta. Qué buena marquesa!

—Dadle las gracias al señor vizconde, señoras! exclamó indignada por la frialdad del auditorio. Vaya que esas sí me parecen aventuras interesantes! Pero permitidme una pregunta, primo.... No nos habeis dicho, á todo esto, por qué esos pícaros se llamaban *Cuchillos de Oro*....

—Lo ignoro absolutamente, prima.... Apenas creo que haya algun motivo para esa denominacion estraña....

Estais equivocado, señor vizconde, dijo

Jorge Leslie: esa denominacion tiene una causa.

—La conoceis vos!

—La conozco.

—Señor Jorge Leslie, dijo Enrique; creo ser el intérprete del deseo de estas señoras rogándoos que nos deis noticias sobre ese punto.

—Ciertamente! ciertamente! dijo la marquesa volviéndose inmediatamente hácia Jorge.

—Por qué no me deciais, añadió con un tono de amable reconvencion dirigiéndose al general, que vuestro protegido sabia historias!

—Tal vez nunca me las ha contado á mí, hermosa señora, respondió el general.

Jorge se ruborizó, como siempre que veia un círculo de miradas fijadas sobre él.

Pero dominó bien pronto esa turbacion, y comenzó con un tono sencillo y preciso:

“En la montaña nevada se refiere así la leyenda de los golden-daggers:

“Hácia fines del siglo último, habia en el lugar en donde está ahora el campanen-

to del mayor y de sus compañeros, una aldea de indios Panies. Sus padres habian sido arrojados mas allá de las cordilleras por los invasores ingleses. Eran numerosos. Sus ganados pastaban por ambos lados de la montaña y sus percas se extendian hasta el Colorado.

“Su gefe era un gran guerrero que tenia por nombre Aganiz.

La provincia de Nueva-Navarra tenia entonces por gobernador al duque de Medina Sidonia.

“Los Panies blancos (nuestros indios se llamaban así) defendian su fronteras contra las incursiones de los ingleses y aun contra la de otros indios. Le llamaban su padre, y Aganiz habia ido á fumar el *calumet* de paz á la ciudad de San Diego, en donde se hallaba el palacio del gobernador.

“Un dia los soldados de Nueva Navarra, vinieron á cazar los caballos de los Panies. Dos diputados fueron enviados al gobernador para pedirle justicia. ....

“Los Panies blancos eran una raza altiva: los diputados hablaron con demasiado

orgullo. El gobernador ofendido los mandó azotar con unas varas.

“Cuando se supo esto en la montaña, Aganiz mandó encender una luminaria en la cumbre de ese monte que se llama ahora el Golden-dagger.

“A la noche siguiente, seiscientos Panies estaban rennidos en torno de las cenizas de aquella luminaria.

“Celebraron consejo. La muerte del gobernador quedó resuelta, y la suerte designó al mismo Aganiz para que ejecutara la sentencia.

“Aganiz tomó su tomahak y lo arrojó en el torrente.

—El fué quien me dió mi tomahak! dijo.

Rompió su arco contra sus rodillas y echó su carcax al fuego.

—El fué quien me dió mis flechas y mi arco! dijo por segunda vez.

“Hizo un agujero en el suelo, y metió allí su cuchillo de monte, diciendo:

—El fué quien me dió mi cuchillo. ....

Con qué quereis que mate yo á mi padre!

“Los Sachems respondieron:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

—Es preciso que vuestro padre muera! queremos su cabellera!. . . .

“Aganis enterró su pipa junto á su cuchillo, y lloró.

—El tambien fué quien me dió mi pipa!

“Tomó todas las pepitas de oro que habia recogido para comprar aguardiente, y descendió á la llanura.

“Fuese en derechura hasta que encontró una aldea española.

“Entró en una herrería y dijo al herrero:  
—Hazme un cuchillo de oro.

“Con ese cuchillo de oro dió muerte al gobernador, y le quitó la cabellera.

“Los españoles dieron á los Pawnies ó Panies, á quienes desde entonces se persiguió como á bestias feroces, el nombre de *Cuchillos de Oro*. Los Panies adoptaron ellos mismos el nombre con orgullo.

“Este nombre es el que los americanos han traducido con las palabras *golden-daggers*.

“En 1846, poco tiempo después de que México hubo cedido la California á los Es-

tados- Unidos, siete *convictos* escapados de Botany -Bay atravesaron el océano Pacífico en una débil harca, y fueron á desembarcar sobre las costas del Oregon.

“Eran unos hombres intrépidos. Descansaron un instante en el pais, y comenzaron su direccion al sur.

“Habia allí una gran disputa entre los restos de la tribu Panie, reducida á una veintena de guerreros y un grupo de aventureros del Tennessee que habian descubierto un lecho considerable de oro en la falda del Golden-dagger. Los convictos ayudaron á los Cuchillos de Oro á arrojar á los aventureros americanos; y luego hicieron *mera* limpia con los Cuchillos de Oro.

“La matanza tuvo lugar en la noche.

“Un solo Panie logró escaparse, y se sometió á los vencedores.

“Es el mismo de quien el señor vizconde ha hablado á estas señoras; el mismo cuyo rostro rojizo y pintarrajeado percibió, y cuyos ojos le parecieron brasas entre el bosque de pinos. Se llama Towah, y es el servidor particular del mayor.

La banda victoriosa tomó el nombre y se

apoderó del campamento de los cuchillos de oro....

—Es muy curioso todo eso, dijo el vizconde Enrique. Cuando pienso que poseo tal vez el cuchillo de oro que sirvió para arrancar la cabellera al duque de Medina Sidonia!....

—No! contestó Jorge Leslic; el mayor es quien posee ese cuchillo. No os hubiera dejado tomarlo por nada de este mundo.

Algunos decían en el círculo:

—Volvemos á los tiempos de las Mil y una noches!,... Y pasan estas cosas en la mitad del siglo XIX!....

El general O'Brien se inclinó hácia el oído de la marquesa, y le dijo algunas palabras en voz baja.

—De veras! exclamó la buena señora á quien la boca se le hacia agua.

—Es muy tímido delante de las gentes, replicó el general.

La marquesa se levantó y corrió hácia Jorge.

—Caballero, le dijo, vuestras aventuras tan curiosas.....

—Si yo no he tenido aventuras, señora,

le interrumpió Jorge, á quien la atención general turbaba visiblemente.

—No quereis contarnos algunos de esos dramas maravillosos á los cuales habeis asistido?

Jorge lanzó al anciano general una mirada de reconvencion.

El general se sonreia.

—Vamos, Leslie, le dijo; haced un esfuerzo.

—Señoras, continuaba la marquesa; acudid en mi socorro para obligar á este caballero!....

Jorge habia sido colocado en el centro del círculo. Veinte lindas bocas le sonreian.

Sus ojos se bajaron, despues de haber buscado en vano la mirada de Elena, que parecia soñar.

—No sé mas que una historia, dijo al fin Jorge; es la de ese hombre á quien el señor de Villiers vió pasar sobre unas parihuelas, con la cabeza envuelta en un pañuelo....

—El prisionero de los Vecinos! exclamaron por todas partes.

—El gefe de los golden-daggers! añadió Enrique que cubria á Jorge con una mirada fija é inquieta.

—Decid! decid! exclamó el círculo entero.

—Sea! exclamó Jorge Leslie cuya voz tomó un acento grave. La relacion del señor vizconde le ha impreso de antemano á la mia una especie de interes.... Voy á referiros las aventuras del jóven conde Alberto de Rosen, el mayor de los cuchillos de la montaña!

## VII

### EL MAYOR

—El conde Alberto de Rosen, dijo Jorge despues de haber permanecido meditando un momento, es el descendiente de una gran familia magyar. Su padre, el general Karoly, fué hecho conde de Rosen por el emperador José. Antes de ser conde, Karoly era casi rey, puesto que gobernaba en calidad de ban hereditario de Kaposvar, todo el pais situado en torno del lago Baratou, hasta mas allá de los inmensos bosques de Baccon.

En esas montañas de la América occidental, en donde le encontré, he visto al conde Alberto llorar lágrimas de sangre al

—El jefe de los golden-daggers! añadió Enrique que cubria á Jorge con una mirada fija é inquieta.

—Decid! decid! exclamó el círculo entero.

—Sea! exclamó Jorge Leslie cuya voz tomó un acento grave. La relacion del señor vizconde le ha impreso de antemano á la mia una especie de interes.... Voy á referiros las aventuras del jóven conde Alberto de Rosen, el mayor de los cuchillos de la montaña!

## VII

### EL MAYOR

—El conde Alberto de Rosen, dijo Jorge despues de haber permanecido meditando un momento, es el descendiente de una gran familia magyar. Su padre, el general Karoly, fué hecho conde de Rosen por el emperador José. Antes de ser conde, Karoly era casi rey, puesto que gobernaba en calidad de ban hereditario de Kaposvar, todo el pais situado en torno del lago Baratou, hasta mas allá de los inmensos bosques de Baccon.

En esas montañas de la América occidental, en donde le encontré, he visto al conde Alberto llorar lágrimas de sangre al

pensar que su espada faltaba á los defensores de la Hungría . . . .

—Es joven! . . . . le interrumpió la marquesa.

—No cumple aún veintinueve años; respondió Jorge.

—Y es buen mozo!

Jorge Leslie se sonrió.

—Entre hombres, replicó, no se puede juzgar bien este punto . . . . He oído á algunas mujeres admirar al conde Alberto . . . Sé que es de elevada estatura, robusto, infatigable, y que no hay un hombre en el mundo que pueda vanagloriarse de haberlo visto temblar ante el peligro.

—Jóven, bello, noble, valiente! dijo la marquesa arrellanándose en su sillón, para no moverse en largo tiempo; he ahí un verdadero héroe de novela, señoras . . . . escuchemos! escuchemos!

—Por mi parte, añadió Enrique de Villers, que se había aproximado, no sabré decir cuántos deseos tengo de conocer la vida de ese curioso personaje. . . . Me será permitido preguntar al señor Jorge Leslie si lo ha tratado particularmente?

—Bastante! replicó Jorge.

—Escuchemos! escuchemos! decía la marquesa.

—El conde Alberto, prosiguió Jorge Leslie, era á los diez y nueve años, doctor en cuatro facultades: la Universidad de Presburgo le obedecía ciegamente. A los veinte años fué desterrado por Metternich por haberse atrevido á sostener una tesis sobre la libertad de la Hungría. Señáronle á Milan por lugar de residencia; pero una vez fuera del territorio austriaco, se dirigió á Paris.

Sus bienes fueron confiscados.

El conde Alberto habla de Paris con mucho entusiasmo; él fué quien me inspiró deseos de atravesar el mar para venir á conocer este centro del mundo.

En Paris, el conde Alberto estaba lejos, sin embargo, de ocupar un rango proporcionado á su nacimiento. No había traído de Hungría mas que una suma muy módica, y las necesidades no tardaron en hacerle sentir su rigor.

En este apuro, pidió consejo á un antiguo amigo que tenía.

—Qué puedo hacer aquí para vivir! le dijo.

—Primeramente, qué sabeis hacer! le preguntó el general.

Porque el antiguo amigo era un general. Por qué no había de confesarlo, si una carta del conde Alberto fué la que me puso en relaciones con ese excelente hombre! El amigo era el señor O'Brien, á quien debo la honra de hallarme entre vosotros....

—Bien, bien, dijo el general; vaya una circunstancia que es, cuando ménos, inútil....

Y luego añadió dirigiéndose hácia la marquesa:

—Hermosa señora, os suplico que no os aprovecheis de esto para pedirme historias... No sé ni el principio de una sola siquiera... palabra de honor!

—El conde Alberto, continuó Jorge Leslie, le dijo al general que era cuatro veces doctor.

El general sacudió la cabeza, y preguntó:

—Sabeis hacer algo?

Como el jóven aleman desconcertado guardaba silencio, el general replicó:

—Vosotros los *Burschen* sois todos espadachines.... Sabeis lo bastante para dar lecciones de esgrima!

—Soy caballero! exclamó Alberto.

—Y yo tambien, señor, dijo el general; y tanto, que el gigante Diarmid O'Brean mi abuelo, era rey de Irlanda. Esto no me ha impedido que despues de la caida de D. Miguel, á quien servia, haya tenido que dar aquí, en el Jockey-Club, lecciones de box y del manejo del palo!....

El bajo O'Brien levantó un dedo amenazador contra Jorge Leslie, con grande alegría de la reunion.

—Que el cielo os confunda, Jorge! exclamó. Y esperaba poner eso en mis *memorias*, y he aquí que me estais robando todo mi capítulo!.... Está probado que soy biznieto de un soberano que tenia diez y seis piés ingleses de altura.... Su medida está en el palacio municipal de Galvay..... Está probado que dí, por dinero, lecciones del arte de dar puñetazos al estilo irlandés, á los miembros del Jockey-Club.... pero habré de enfadarme, Jorge, si decís una palabra mas respecto á mí!

—Decid entonces vos mismo, mi querido amigo y protector, replicó Jorge, lo que le aconsejásteis á ese pobre Alberto.

—Le habia oido tocar en el piano, dijo el general con un tono brusco, eso es si quiera un oficio.... Le dije: en Paris un cuaderno de música vale por cuatro docenas de diplomas.... Arreglaos como podais.... y adelante!.... En fin, Jorge, creo que ya basta sobre este particular.

—El conde Alberto, señoras, siguió el consejo del general, continuó Jorge Leslie: dió lecciones de piano para vivir. Habia venido á Paris sin amor; una de sus discípulas, miss Ellen Talbot, americana de nacimiento, le inspiró tiernos sentimientos...

Parece que la relacion de Jorge estaba destinada á sufrir frecuentes interrupciones.

El nombre de Ellen Talbot escitó una verdadera emocion en los salones de la marquesa:

El vizconde Enrique de Villiers se estremejó de un modo tan visible, que el general le preguntó en voz alta si estaba enfermo.

La marquesa palmoteó ruidosamente.

Elena cambió de color y se agitó sobre su sillón, sin tomarse el trabajo de disimular su emocion.

—Vaya una cosa, exclamó la marquesa, vaya una cosa que va tomando las proporciones de una novela!.... Vosotras todas debeis acordaros, señoras, de haber visto en el lugar en que nos hallamos ahora, á esa preciosa Ellen Talbot, hija única de un miembro del congreso....

—Ciertamente! ciertamente!.... respondieron; muy jóven.

—De la edad de Elena.

—Una rubia divina! añadieron varios caballeros.

—Precisamente tenia el mismo color de los cabellos de Elena! dijo la marquesa. Era el mismo nombre, el mismo sonido de voz.... habia entre ambas una semejanza de las mas notables.... todo el mundo las tomaba por dos hermanas!....

—No sé si alguna vez ha habido un cariño mas profundo, un amor mas vivo entre dos hermanas, que el que nosotras nos profesábamos.... murmuró Elena que tenia los ojos arrasados en lágrimas!

—Pero, cómo es posible, replicó la marquesa, que no hayamos podido hablar jamas de ese famoso conde Alberto de Rosen, nosotros que veíamos á los Talbot todos los dias?

Elena se ruborizó y bajó los ojos.

—Creo adivinar que la señorita de Bois-trudan, no era tan estraña á ese conocimiento como parece, dijo en voz baja Enrique.

—Y no os equivocais, caballero, dijo la jóven con un tono frio. Ellen me escribió una vez de Baltimore, y el nombre de Alberto se hallaba en la carta.... En cuanto á la circunstancia que os admira, mamá, añadió volviéndose hácia la marquesa, sabeis que pasamos el invierno entero de 1846 en Niza.

—Fué en efecto durante el invierno de 1846, dijo Jorge.

Es cierto! es cierto! exclamó la marquesa; y recuerdo que sentimos infinito no haber podido abrazar á nuestra querida señora Talbot y á su preciosa hija antes de su partida para los Estados-Unidos.

Vos conocísteis á Ellen, señor? preguntó Elena.

La jóven habia tornado á ponerse pálida; pero la mirada que Jorge le dirigió fué tan ardiente y al propio tiempo tan dulce, que un vivo encarnado tornó á cubrir sus mejillas.

Jorge respondió

—Bastante, para afirmar que jamas existió semejanza mas perfecta acá en el mundo... El mismo nombre; la misma edad; la misma voz; la misma belleza... tal vez la misma alma tambien!...

Y añadió volviéndose bruscamente hácia Enrique:

—El señor vizconde no nos ha dicho habia vivido en Baltrimore?

—Poco tiempo, respondió el Sr, de Villiers con un tono ligero; la casualidad no me hizo encontrarme allí nunca con miss Talbot.... En la época en que esas señoras conocieron al conde en Paris, ya habia yo empezado mis viajes....; Por qué me haceis esa pregunta?

—Para obtener vuestro testimonio, caballero, como os he dado el mio no hace un

momento.... Porque iba á añadir que al saludar á la señorita de Boistrudan, experimenté una especie de vértigo.... Creí ver á la misma miss Ellen.... y he tenido esta idea rara que hasta el amor mismo pudiera engañarse con una semejanza tan maravillosa!.... Vuestra opinion en este punto, señor vizconde, me hubiera sido preciosa?

—Pues siento infinito verme en la obligacion de negároslo, señor, respondió el vizconde con cierto acento de altivez: os repito que jamas he tenido la honra de encontrarme frente á frente con miss Talbot.

—Por otra parte, replicó Jorge, cuya mirada llena de melancolía se clavó sobre Elena, la ilusion no podia durar mucho tiempo.... Dos flores gemelas cesan de parecerse cuando la una permanece derecha y brillante sobre su tallo, rica de savia y de vida, mientras que la otra herida y moribunda deja caer las hojas marchitas de su cáliz....

—Qué quereis decir, señor! exclamó Elena con el corazon oprimido.

Jorge pronunció lentamente y con un acento lleno de tristeza:

Miss Ellen Talbot estaba muy enferma cuando yo salí de Baltimore.

Enferma!.... y muy grave!.... le interrumpió Elena cuyas mejillas estaban mas blancas que el encaje de su cuello.

Jorge no respondió.

Hubo algunos momentos de silencio en el salon.

La marquesa se esperezaba: lágrimas mudas brillaban entre las sedosas pestañas de Elena.

El señor vizconde Enrique de Villiers era el único que conservaba la actitud de la indiferencia.

Hay una especie de hombres de miradas escrutadoras y penetrantes que miran á través de todas las máscaras y adivinan el pensamiento bajo sus mas ingeniosos disfraces.

Estos son unos diplomáticos escojidos; tanto, que se encuentran muy raros entre los embajadores.

Si un hombre dotado de esa perspicacia se hubiera introducido repentinamente en el salon de la marquesa, tal vez hubiera advertido que el Sr. vizconde Enrique de Vi-

lliers no era la persona ménos comovida de toda la asamblea.

Jorge fijó al soslayo sobre él una mirada.

Jorge Leslie tenia precisamente de esos ojos cuyas miradas penetran hasta los senos mas recónditos del alma. Una sonrisa amarga plegó sus labios.

El fué quien primero rompió el silencio.

—No me acordaba, dijo, estas muestras de interes que las circunstancias añaden á mi narracion.... tan lejos del pais en donde me ha cabido la honra de conocer á Alberto de Rosen y al ángel á quien él llamaba su futura esposa.... Por leve que sea el deseo de la señorita de Boistrudan, no continuaré si lo quiere.

—Por el contrario, dijo Elena con una voz breve y entrecortada; quiero.... deseo saberlo todo.... todo!

—Dios mio! añadió la marquesa, que se consolaba fácilmente; no hay que afligirse, en esa edad la naturaleza tiene tantos recursos!.... La querida niña está tal vez restablecida á estas horas.... Continúad, señor de Leslie; estas señoras os escuchan.

Jorge prosiguió sin dirigirse particularmente á Elena, bien que ésta tenia la conciencia de que hablaba solamente por ella.

—Esa familia Talbot era muy rica. M. G. H. Talbot, padre de miss Ellen, fué arruinado, como lo sabreis muy bien, por la quiebra de los bancos del Sur, que puso en inminente riesgo el crédito mismo del Estado. Entonces mandó llamar á su lado á su muger y á su hija.

El conde Alberto siguió á esas señoras hasta América.

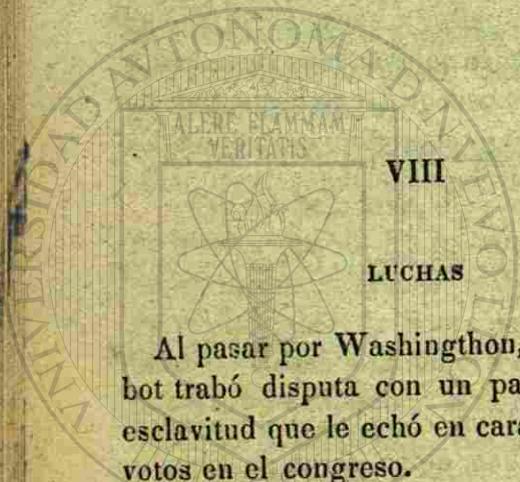
Su amor hácia miss Ellen habia aumentado.

El señor Talbot, completamente arruinado, hizo renuncia de su cargo de miembro del congreso, y concibió el designio de ir á rehacer su fortuna á California.

Alberto le pidió la mano de su hija, y el señor Talbot le respondió:

—Cuando seamos ricos, venid conmigo al Oeste.

Y partieron.



Al pasar por Washington, el señor Talbot trabó disputa con un partidario de la esclavitud que le echó en cara sus antiguos votos en el congreso.

En aquellos países se argumenta con la pistola en la mano. El señor Talbot perdió la vida en la plaza pública en uno de esos innobles duelos, particulares de la América, que parecen siempre asesinatos.

El conde Alberto volvió á Baltimore. Estrechó las manos de Ellen y las de su madre, y les dijo:

—Parto solo... volveré rico... Aguardadme!

El conde Alberto hizo precisamente ese mismo viaje que el señor Enrique de Villiers acaba de describiros.

No llevaba ningun compañero.

Atravesó la cadena nevada á doscientas ó trescientas del norte del Golden-dagger, y se echó en busca del oro. Sus diplomas le habian sido completamente inútiles en Paris; aquí sus conocimientos geológicos le sirvieron infinito. Descubrió desde luego muchos lechos auríferos. Por un instante, la idea de hacer él solo la explotación le espantó.

Trazó, sin embargo, la carta de sus *posiciones*, redactó sus noticias y se hizo propietario de su terreno descubierto, tan sólidamente como esto puede hacerse en esos países en donde la legalidad miope lucha con tantas desventajas contra la lógica brutal del YO bárbaro.

Tratábase de construir una máquina para desaguar, así como un dique para contener el agua del Torrente Santo, uno de los afluentes del rio Lewis.

El primer chopo que el conde Alberto echó baajo, le desolió sus manos blancas; y mas

de una vez se tendió rendido de fatiga jun-  
á la malísima sierra que debía conquistarle  
montañas de oro.

Al cabo de una semana habia logrado  
construirse una pobre choza de ramas, y  
un brasero al abrigo de la intemperie para  
cocer su carne.

Sus útiles eran pocos y muy malos, pero  
tenia en cambio muy buenas armas.

Una noche que trabajaba á la luz de la lu-  
na, en formar su presa en el rio, algunos tí-  
ros resonaron hácia el sur de su *posesion*.

Vió á un indio armado tan solo de una  
hacha, que defendia lo mejor que le era po-  
sible á una muger blanca, contra los ata-  
ques de tres bandidos á quienes tomó por  
mexicanos.

En semejantes caso, la costumbre es de-  
jar que cada cual haga de su capa un sayo.  
La máxima: cada cual parasí, reina despó-  
ticamente en el pais del oro.

El conde Alberto tendió de un tiro á uno  
de los bandidos, y puso á los otros dos en  
fuga.

El indio herido se arrastró hasta él sobre  
sus rodillas y le besó los piés. Desde aque-

lla noche Towah el Panie es el servidor ó  
mejor dicho, el esclavo del conde Alberto.

Esos indios no se cansan nunca, ni en  
sus odios ni en sus amores.

El conde Alberto abrió su cabaña á To-  
wah y á Lille su compañera.

Lille era jóven y bella. Era una espa-  
ñola de las fronteras.

Lille y Towah se habian casado cristia-  
namente.

Por Towah fué por quien el conde Al-  
berto supo con qué clase de bandidos habia  
tenido que habérselas.

Eran tres golden-daggers.

Towah le contó además la ruina de su  
tribu y aquella carnicería de la cual él era  
el único que habia escapado.

Una circunstancia estraña, y que mani-  
fiesta la rapidez con que todo se renueva  
en ese pais, es esta: dos años apenas ha-  
bian trascurrido desde la matanza de los  
Panies, y sin embargo, no quedaban ya en  
el campamento de los golden-daggers mas  
que cuatro aventureros de los que habian  
tomado parte en el crimen. La mayor par-

te se habían alejado movidos por esa incesante pasión de cambiar que posee á todo el mundo en Californias. La sangre de los otros había teñido el hacha de Towah.

Towah era un verdadero indio.

Mientras que hubo uno solo de los destructores de su raza en el campamento, no durmió jamás una noche bajo la tienda del conde. Su mujer y él salían sin ruido algunas horas antes del día. Al alba el conde los veía volver, y á veces Towah decía:

— Los huesos de mi padre están rojos!

Esto significaba que un golden-dagger había quedado con la cabeza hecha pedacitos en su puesto de centinela ó en su hamaca, y que Towah había derramado algunas gotas de su sangre sobre la tumba de sus padres.

Desde la aurora hasta la noche, Lille y Towah trabajaban sin descanso con el conde.

El río tenía ya su dique. Mil ochocientos pies de madera secaban al sol. El conde Alberto y sus auxiliares establecieron bien pronto una máquina, evidentemente muy imperfecta, pero que funcionaba á lo

menos; y bien que mal, servía para lavar la arena de la ribera que contenía oro en grandes porciones.

El conde Alberto pudo escribir á Baltimore que volvería antes de un año, y que volvería rico.

Los medios de comunicacion por la vía de tierra son precarios y difíciles. El conde Alberto ha sabido despues que, ni esta carta ni otras que escribió despues, llegaron á su destino.

Una mañana Towah enterró su tomahak sangriento, y dijo:

— Era el último!

A la noche siguiente durmió tranquilo sobre su haz de hojas secas.

Pero el enemigo había descubierto su huella.

Pocos días despues, los golden-daggers vinieron á vagar en torno de la cabaña. Towah la rodeó de una especie de trinchera, formada con troncos de árboles, en los cuales practicó unas troneras.

Había en la cabaña, atrincherada de ese modo, tres carabinas y municiones en abundancia.

El conde Alberto tomó además otras precauciones. Cavó durante la oscuridad de la noche un agujero en la tierra á alguna distancia del fuerte, y escondió allí el producto ya considerable de su trabajo.

Ninguna señal exterior podía dar á conocer el lugar de aquel depósito.

Para hallarlo una vez que la yerba hubiera brotado encima del tesoro, se necesitaba de la brújula y del cálculo.

—Si me sucede una desgracia, dijo el conde Alberto á Towah y á Lille, trazaréis una línea recta desde la cabaña hasta el centro del dique, y luego os dirigiréis en direccion de la brújula hasta el pié del Soldier....

El Soldier era una elevada roca blanca, que se elevaba á doscientos pasos de la cabaña hácia el Oeste.

Desde lejos esta piedra tenia la forma de un centinela inmóvil, lo cual le habia valido ese nombre, que traducido á nuestro idioma quiere decir *soldado*.

—Una vez bajo el Soldier, prosiguió el conde, pondreis nuevamente la brújula y en su direccion trazareis una segunda línea que forme ángulo. En el lugar en que esta

segunda línea corte á la primera, escarbareis el suelo y hallareis mi oro.

Lille lloraba.

Towah se puso la mano sobre el corazon.

—Mi amo, dijo, cuando vos ya no existais, para qué tendrá necesidad Towah de oro?..... Towah no podrá vivir nunca mas que con la vida de su amo!

—Si yo muriese, replicó el conde, Towah vivirá para efectuar mis últimas disposiciones!

Los ojos del indio brillaron.

—Y para vengaros! añadió.

—Oidme bien los dos, prosiguió el conde, mi última voluntad es esta: del otro lado del continente americano, en la ciudad de Baltimore, he dejado todo lo que tengo de mas caro en el mundo; una jóven, que será mi esposa, si Dios lo tiene á bien. Ese oro le pertenece, para ella es para quien lo he conquistado!.... El camino es largo desde aquí hasta Baltimore, pero vosotros lo andareis....

—Lo andaremos! dijeron al mismo tiempo Towah y Lille.

—Preguntareis en la ciudad, por la viu-

da del senador Talbot; llamareis á la puerta de su casa, y direis á su hija, que es mi novia: Ellen, Alberto ha muerto por vos, y esto es vuestro. . . .

Los golden-daggers se estuvieron quietos unos seis meses.

Una noche que el conde dormía, despues de un día consagrado todo entero al trabajo, fué despertado por un ruido ligero.

Lille estaba junto á su cabecera.

—Amo mio, le dijo; tomad vuestra carabina!

El conde se puso en pié: un tiro resonó en el mismo instante.

Towah estaba ya en las troneras. Acababa de tender á un Cuchillo de Oro, en el momento en que este comenzaba á destruir á hachazos las palizadas.

Lille empuñó la tercera carabina.

La cabaña tenia entonces una triple línea de defensa: una palizada, un foso profundo, y la trinchera de troncos de árboles.

El conde acompañado de Towah y de Lille sostuvo desde adentro un sitio de cinco noches.

Los golden-daggers se retiraban al despuntar el día, llevándose sus muertos.

Su furor se habia convertido en verdadera rabia.

Antes de alejarse, gritaban:

—Anda! que mañana en la noche sí lo-  
graremos hacerte mil pedazos!

La sexta noche, los golded-daggers incendiaron la cabaña. Habian perdido en la campaña á su mayor y a doce hombres.

Alberto de Rosen salió de su casa, que era presa de las llamas, se trepó sobre la trinchera, disparó su último tiro, y dejó caer á sus piés una arma que le era ya inútil.

Cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó al enemigo.

Los golden-daggers le ligaron estrechamente con cuerdas y le llevaron lejos del campamento.

Lille y Towah fueron hechos tambien prisioneros.

Al día siguiente se reunieron en la montaña para elegir gefe.

Hubo entre ellos muchas cuchilladas y algunos muertos, pero ninguno reunió número suficiente de votos.

El sargento Saunders y un canadiense llamado Bolton tenían cada uno cuatro votos; otros tres; algunos dos. Había además como unos treinta que se habían dado mutuamente sus votos.

—Antes que te hagamos trizas, destripaterrones, dijo Saunders al conde Alberto, que miraba aquella escena tranquilamente, danos tu opinion.

—Mi opinion es que empuñeis pronto vuestras carabinas, contestó Rosen. Mi perro Leon ha lusmeado á los Vecinos.

Leon era un magnífico perro del Sur, que Towah habia conquistado del poder de los mexicanos.

Era tan fino su olfato, que percibia á los Vecinos á mas de una legua de distancia.

—Arrow!—á vuestras filas!—gritó casi en el mismo instante el centinela colocado en la cumbre de la montaña.

Hubo un momento de inesplicable tumulto. Todo el mundo queria mandar; nadie consentia en obedecer.

El centinela disparó un tiro y se retiró. Saunders se lanzó hácia Rosen, y cortó

los lazos que le ligaban, con su dagger, que le colgó dei cuello.

—Que mil millones de demonios carguen conmigo! exclamó. El destripaterrones nos ha matado trece hombres.... Se bate bien!... Voto porque sea nuestro mayor!

No hubo mas que una voz entre todos.

—Mandadnos, caballero! mandadnos! nosotros os dejaremos vuestro oro.

Rosen empuñó la carabina que le presentaban, y mandó que pusieran en libertad á sus compañeros. Entre pícaros que van á batirse poco importa la eleccion que se hace. Rosen tomó el mando de los Cuchillos de Oro y arrojó á los Vecinos hasta el pié de la montaña.

Despues de la batalla todos fueron á prestar ante él el juramento de obediencia.

Bolton fué el único que, en vez de jurar, le sacudió rudamente la mano, y le dijo:

—Quiero ver si la sangre de un destripaterrones es tan roja como la mia!

La ley de los Cuchillos de Oro no permite rehusar uingun duelo.

Bolton trepó sobre una de las dos rocas gemelas de que el señor vizconde os ha hablado; Rosen se colocó sobre la otra.

Bolton cayó cabeza abajo, y todo quedó concluido.

El conde Alberto era el mayor de los golden-daggers.

Bajo su mando, los pobres buscadores de oro de la llanura gozaron de alguna sombra de paz. No tuvo la insensata idea de civilizar á sus salvajes soldados, pero les enseñó á sacar el oro del Torrente Santo, y empleó su humor belicoso en poner á raya á los mexicanos....

Estos juraron su pérdida.

Por este tiempo—se interrumpió Jorge—fué cuando tuve ocasion de acercarme al conde Alberto. Creo haber conocido sus mas secretos pensamientos. No sé lo que hubiera hecho colocado en una esfera menos exéntrica; pero puedo afirmar que tenía un valiente corazon y una sana inteligencia....

—Nada mas que eso!.... exclamó la marquesa. Pnes en mi opinion es un hé-

roe.... todo un héroe!.... qué decis vosotras, señoras?

El conde Alberto de Rosen fué declarado héroe, por la mayoría de las vizcondesas.

Enrique de Villiers se sonrió con su futura mamá y repitió:

—Un héroe, prima; un verdadero héroe!

Jorge Leslie, al tomar algunos momentos de descanso, buscó la mirada de Elena.

La jóven habia llevado la mano de su madre á sus lábios, y la besaba con un aire pensativo.

—Alberto de Rosen perdió la vista, replicó Jorge Leslie, el dia en que el señor vizconde lo encontró preso en poder de los mexicanos.

Elena soltó la mano de su madre, y abrió cuando grandes eran sus ojos, llorosos aún.

—Ciego!.... murmuró.

—El conde Alberto está ciego! repitieron por todas partes.

—Cuando el Sr. de Villiers lo vió tendido sobre unas parihuelas, replicó Jorge Leslie, el viento de una bala acababa de privarlo del órgano de la vista!

IX

DONA CARMEN.

En el salon de la señora marquesa, no habia tal vez una persona mas que el señor vizconde Enrique de Villiers, que no hubiese experimentado una sensacion penosa con las últimas palabras pronunciadas por Jorge Leslie.

Todos se interesaban por ese Alberto de Rosen. Era uno de esos locos heróicos que tantas simpatías obtienen en el mundo.

Nos vemos obligados á confesar, que el señor vizconde estaba relegado ya desde aquellos momentos, á un lugar secundario.

Qué eran sus pequeñas aventuras de viajero curioso y escéptico, junto á esta nueva narracion en que habia combates de titanes y vida llena de pasiones?

Todas las mujeres amaban á aquel caballero andante, que venido de las llanuras de la Hungría, iba á combatir y á vencer á los salvajes bandidos de la América! Todas resentian la herida profunda que acababan de recibir.

Ciego!

Alberto de Rosen, el intrépido y victorioso conde estaba ciego!

Pero, no era por cierto una cosa bien curiosa, el modo cómo las dos historias sucesivamente contadas, se relacionaban la una con la otra! El vizconde trepando el Golden-dagger, precisamente en el momento en que Alberto de Rosen era capturado por los vecinos de Sonora!....

—Hay mucha distancia, continuó Jorge de Leslie, de las montañas Nevadas hasta San Felipe de Sonora, á donde habia replegado el conde Alberto el campamento de los mexicanos con sus triunfos sucesivos.

El camino fué largo como un martirio.

El prisionero creyó mas de una vez sucumbir en el camino.

Los vecinos habian tenido la piedad de velarle el rostro hasta el término de su jornada, y esto contribuyó sin duda á mantener su valor; conservó algunas esperanzas.

Se decia á sí mismo:

—Sin duda esta venda es lo que me impide ver!.....

Al llegar á San Felipe, le quitaron el velo.

La conciencia, que de una manera tan súbita como completa, tuvo de su desgracia, estuvo á punto de turbarle la razon.

San Felipe es un pueblecillo situado á mas de cincuenta millas de Arizpe, al sur del rio Gila, en una llanura fértil, pero inculta, cuya mayor parte está ocupada por pantanos y sembrados de arroz, cuya semilla el viento solo se encargaba de sembrar en el otoño. Los prodigiosos lechos de oro que encierra la Sonora están al sur.

En San Felipe hay dos ó tres docenas de cabañas agrupadas en torno de un fortin de madera, que está dominado á su vez por una torre bastante elevada.

Esta torre, desprovista de arquitectura, tiene la forma de un gigantesco pilar sin bordes ni molduras.

Este fué el lugar escogido para servir de prision al conde Rosen.

En el pueblo habia un partido que queria su muerte inmediata; pero el señor alcalde y el ayuntamiento opinaron que era mejor exigirle un fuerte rescate. El odio y la avaricia son dos pasiones eminentemente españolas: entre ambas el corazon de los mexicanos vacila siempre y vacilará hasta tanto que esa raza, dotada por otra parte de tan escelentes cualidades para ser grande, ilustrada y poderosa, no mezcle su sangre con otras.

Los vecinos que pedian la muerte del conde, quedaron en minoría. Eran unos verdaderos calaveras. El placer que se experimenta dando muerte á un enemigo, de quien se puede obtener algun rescate, es evidentemente una punible prodigalidad. Con esos gustos, Shylock hubiera concluido por morir en un muladar.

El alcalde se llamaba el señor don Juan María Tristan. Era un hombre grave, ta-

citurno, flaco como don Quijote, que vivía de puro tabaco, de chocolate y de agua fresca. Era un excelente cristiano, un cristiano modelo: ayunaba tres veces á la semana, comulgaba cada ocho días, y rezaba un rosario todas las noches, lo cual no impedía que con su corazón de ángel fuese ladrón hasta la punta de los cabellos.

Tenia una hija de veinte años de edad que se llamaba doña Cármen.

El pobre Alberto de Rosen no pudo verla jamás; pero tenía una voz de esas que penetran hasta el fondo del corazón, y el conde Alberto sabía que era bella como un serafín.

Sus cabellos sobre todo—hablaban de sus cabellos negros como el ébano, y suaves como la seda floja—y hacían infinitos elogios de ellos. Cuando los desataba llegaban hasta sus pies “como un manto de rey” según la bella imagen del poeta.

Elena, que miraba en aquel momento á Jorge Leslie, bajó los ojos, como si un relámpago de luz demasiado viva le hubiese herido.

Jorge proseguía:

—Doña Cármen, buena y compasiva, habiendo sabido que el prisionero era ciego, quiso proporcionarle algunos consuelos. Le pidió, pues, permiso á su padre para subir á la torre.

El señor alcalde consintió en ello, con la condición de que Cármen se encargaría de decirle al mayor que los Vecinos se contentarían con ocho mil onzas de oro por su rescate.

Cuando doña Cármen entró en la celda del cautivo, fué para él, en medio de las tinieblas que le oprimían, como un rayo de sol.

La jóven fué á sentarse junto á su lecho. La venda que cubría los ojos del conde, inspiraba no sé qué confianza y seguridad á su pudor.

Al separarse de él, la jóven lo dejó resignado y confiado en la voluntad de Dios, que es el valor de los que sufren.

—Volveré, señor mayor! le dijo Cármen.

Alberto le pidió su mano para besársela, pero la niña ya había atravesado el quicio de la puerta.

Tobías quedó consolado después de la

visita del ángel. Aquella noche el conde Alberto tuvo un sueño tranquilo.

Doña Cármen volvió al día siguiente. Alberto acarició con sus labios la punta de su mano suave y perfumada.

Su corazón la veía, y cuán bella la veía! El tercer día la voz de doña Cármen temblaba cuando salió de la celda.

Y le dijo:

—Quereis ser mi hermano? yo seré vuestra hermana!

El cuarto día su voz temblaba aún más.

Doña Cármen le preguntó si había amado alguna vez.

El conde Alberto cumplió lealmente con su deber de caballero. La dejó ver su corazón entero, donde estaba grabada la imagen de Ellen.

—Puesto que vos la amais, yo la amaré también! murmuró doña Cármen.

Rosen adivinó que la jóven tenia los ojos llenos de lágrimas.

El señor alcalde, entretanto, preguntaba cada mañana cuándo pagaría su rescate el señor mayor.

Desde aquel día, Rosen y Cármen hablaron frecuentemente de Ellen.

Esas largas horas de cautiverio tenían cierto encanto melancólico.

A veces Cármen decia:

—Qué triste debe estar ella lejos de vos! Si vuestra Ellen hubiera sido una hija de México—añadió la jóven—no habríais partido solo.... Yo, yo le habria dicho á mi novio: Quiero ser tu muger y tener mi parte en tus peligros!....

Muchos meses habian trascurrido.

En aquella torre el calor era sofocante de día.

Rosen permanecia una parte de la noche sentado junto á la ventana, para lograr que la brisa fresca que soplaba del Nordeste, acariciase su frente.

Aquel viento venia de Baltimore; habia acariciado antes los rubios cabellos de Ellen!

Una noche que estaba así, solo, perezoso y meditabundo, se estremeció de pronto y se puso en pié.

El viento le traia un sonido extraño, pero bien conocido para él: era la señal por

medio de la cual Towah y Lille se encontraban en medio del bosque.

Creyó ver el juguete de un ensueño; pero la señal se repitió.

Luego reinó entre las tinieblas un silencio profundo, terrible.

Rosen se inclinó hácia fuera de la ventana, para tratar de percibir algun ruido nuevo, por leve que fuese.

La ciudad dormía.

No pudo oír mas que los gemidos tristísimos del viento que se arrastraba por la llanura.

En el instante en que, desalentado, iba á meterse en la cama, sonó á lo lejos un tiro.

—Es el sonido de la carabina de Towah! exclamó Rosen.

Hasta que lució la aurora del nuevo día permaneció alerta!

Doña Cármen vino mas temprano que de costumbre.

—Se ha visto rondar á un indio en torno de la trinchera! dijo.

—Es mi servidor.... es mi mas fiel amigo! exclamó el conde. Salvadlo, Cármen, en nombre de Dios!

—Lo salvaré! dijo la jóven.

Y se fué hácia el alcalde, á quien le dijo:

—Señor, el prisionero tiene sus inteligencias en el exterior. Un indio de la montaña ha hecho algunas señales desde la trinchera!

—Ya eso lo sé! dijo don Juan María. A Dios gracias, niña, nuestros centinelas no son sordos, ni ciegos

—Sabeis tambien que ese indio viene aquí para entenderse con el prisionero respecto al modo de traer el importe del rescate? preguntó Cármen.

El alcalde llamó inmediatamente á sus mosqueteros, y les dió órdenes muy terminantes para que no se hiciera el menor daño al indio.

—Por haber alimentado al caballero durante tanto tiempo, hija mia, le dijo, podemos bien pedir ahora ocho mil quinientas onzas.

Doña Cármen prometió á su padre asistir á las entrevistas del prisionero y el indio, para evitar todo proyecto de evasión.

Towah volvió á rondar en torno de las murallas, y se dejó prender.

Una vez aprehendido, según el uso de los indios; no pronunció una sola palabra.

Doña Carmen le hizo conducir á la torre y despidió á los soldados.

El conde, Towah y doña Carmen quedaron solos.

El indio permanecía mudo porque no conocia á doña Carmen.

—Habla Towah! dijo el conde. Esta es mi hermana!

X  
EL CORAZON DE UN INDI

Towah, que permanecía en pié y derecho como una estaca, volvió vivamente su mirada hácia la jóven.

La tomó la mano y la puso sobre su cabeza; pero no desplegó aún los labios.

—Vamos, replicó el conde, ¿no tienes nada que decirme?... Lille viene contigo!

Towah bajó la cabeza, y un ronco suspiro se escapó de su pecho.

—Towah no tiene ya muger! pronunció en voz baja.

Luego añadió enderezándose de pronto y con un tono de doloroso orgullo:

—Towah es quien la ha matado!

—Ese hombre ha asesinado á su muger! exclamó doña Cármen con horror.

—Towah no se parece á los otros hombres que vos conoceis, señora, dijo el conde. Por qué has dado muerte á tu muger, Towah?

—Porque habia traicionado el secreto de mi amo! respondió el indio.

El conde no le interrogó mas.

Cármen miraba con un aire lleno de espanto el rostro raramente pintarrajeado del indio Panie.

Despues de un corto silencio, éste tendió la mano hácia adelante, y replicó en voz baja:

—Lille habia traicionado tambien á Towah, su marido.... Towah quiere decírse-lo todo á su amo.... Un rostro pálido vino al campamento con su servidor. Era del pais de Francia. Lille y yo le llamábamos la *Lengua Dorada*, porque sabia persuadir y agradar hablando.... Los golden-daggers habian apellidado á su criado el *Mohicano*. La Lengua Dorada permaneció algun tiempo entre nosotros. El fué quien impidió al sargento emprender

una expedicion para libertaros. Su criado platicaba con los jóvenes. Por ellos supo que Lille y yo teniamos noticia de un tesoro.

Las mujeres no pueden guardar un secreto. Los jóvenes eran acaso brujos para haber adivinado el secreto de Lille?

—Y á causa de eso es por lo que la mastaste? le interrumpió el conde.

—No! respondió Towah; que el mayor tenga la bondad de esperarme.... y lo sabrá todo.... La Lengua Dorada vino una noche á la cabaña en donde yo estaba con Lille. Puso una botella de rum sobre la mesa, y dijo:

—Quereis beber?

Nosotros bebimos, Lille y yo. La Lengua Dorada aplicaba á su turno los labios á la boca de la botella.... No sé si bebia ó no.... Cuando la botella quedó vacía Lille se puso á cantar y á bailar.... Estaba ébria!

La Lengua Dorada dijo:

—Si mi hermano Towah lo quiere, tendrá cien botellas de licor semejantes á esta.

—Towah lo quiere! respondí yo.

—Pues para esto es preciso que Towah me hable con franqueza.

—Interrogad! Towah responderá.

—En qué sitio ha escondido el mayor sus barras de oro!

No es Towah quien se emborracha con media botella de rum. Así, pues, contesté á la Lengua Dorada:

—Vete!

Y descolgó su tomahak que estaba pendiente detras de la puerta de la choza.

La Lengua Dorada se retiró:

Al dia siguiente Towah salió para ver si no habia nada nuevo entre la roca del Soldier y el dique del rio.

Cuando volvió Lille, cantaba y bailaba.

Estaba ébria!

Towah golpeó á su muger en el rostro, porque una esposa no tiene el derecho de emborracharse sin su dueño.

Durante muchos dias, Towah vió á Mohicano el criado, rondar en torno de la choza.

Una mañana buscó en vano á la Lengua Dorada y á su criado Mohicano en la aldea.

Se les aguardó un dia entero, pero no volvieron.

Lille no quiso salir de la choza. Lloraba y se golpeaba el pecho.

Towah la preguntó:

—Por qué lloras!

Ella contestó retorciendo los brazos:

—Lille quiere morir!....

Towah lo comprendió todo.

Las mugeres hablan siempre de morir cuando han traicionado su fé de esposas.

Towah sabe que la muger es mas débil que el hombre; y dejó vivir á Lille.

Pero una sospecha nació en su espíritu, y le llevó hácia la antigua cabaña de su amo, en donde ya las yerbas crecian sobre las cenizas.

Vió dos líneas trazadas á cordel: la una iba de la choza al centro de la presa; la otra partia del Soldier y se dirigia al norte.

En el lugar en que esas dos líneas se cruzaban habia un agujero ancho y profundo.

El tesoro del mayor habia desaparecido.

Towah volvió á su choza, y de un solo golpe, con su tomahak separó del cuerpo la cabeza de Lille.

Cuando ella quedó enterrada, Towah

partió tras de las huellas de Lengua Dorada y de Mohicano su criado.

Towah juró que marcharía con los pies desnudos hasta que no pusiera la cabellera de Mohicano en su cintura....”

El conde Alberto se inclinó; y tocó los pies del indio, que no traía sandalias.

—Towah no ha logrado aún vengarse! contestó este bajando la cabeza.

Toda esperanza de rescate estaba perdida por el conde Alberto de Rosen!....

XI

DOS CORAZONES DE MUGER

Ese francés á quien el indio llamaba la Lengua Derada, y cuyo verdadero nombre debia saber mas tarde Alberto de Rosen, le habia robado un valor de mas de un millon.

—Hácia qué lado se han dirigido esos dos hombres? preguntó Alberto.

—Towah los ha seguido á través de todo México hasta el puerto de Acapulco, en donde se han embarcado sobre un navío que debia dar la vuelta á la tierra por el sur y subir luego al Norte.... Towah sabe el nombre de la bahía donde parará el navío, es un nombre indio.... la bahía Delaware!

partió tras de las huellas de Lengua Dorada y de Mohicano su criado.

Towah juró que marcharía con los pies desnudos hasta que no pusiera la cabellera de Mohicano en su cintura....”

El conde Alberto se inclinó; y tocó los pies del indio, que no traía sandalias.

—Towah no ha logrado aún vengarse! contestó este bajando la cabeza.

Toda esperanza de rescate estaba perdida por el conde Alberto de Rosen!....

XI

DOS CORAZONES DE MUGER

Ese francés á quien el indio llamaba la Lengua Derada, y cuyo verdadero nombre debia saber mas tarde Alberto de Rosen, le habia robado un valor de mas de un millon.

—Hácia qué lado se han dirigido esos dos hombres? preguntó Alberto.

—Towah los ha seguido á través de todo México hasta el puerto de Acapulco, en donde se han embarcado sobre un navío que debia dar la vuelta á la tierra por el sur y subir luego al Norte.... Towah sabe el nombre de la bahía donde parará el navío, es un nombre indio.... la bahía Delaware!

—Baltimore! murmuró Alberto de Rosen mientras que doña Cármen volvía la cabeza suspirando.

—Pues vas á partir al momento! dijo el conde.

En lugar de responder, Towah se lanzó hácia él; apoyó sus dos manos sobre sus sienes y se puso á examinar sus ojos con atención.

—Towah no puede, replicó al fin; su amo tiene necesidad de él.... Towah conoce la virtud de las plantas y devolverá la vista al mayor.

El corazón del conde Alberto se estremeció al escuchar estas palabras. Puede ser, señoras, que no tengais gran confianza en el saber medical de los salvajes. Rosen tiene la opinion contraria, Towah no se jacta jamas de una cosa que no puede. Cuando Towah dice, haré esto, es cosa hecha.

—Dios me concederá esta alegría! exclamó el conde buscando la mano de la bella señorita. Lograré veros, Cármen!

Pero añadió tomando su voz un acento apasionado:

—Volveré á ver á Ellen.

La mano de Cármen se puso helada entre las suyas.

—Cuánto tiempo necesitas para devolverme la vista? preguntó Rosen á Towah.

—Tres meses de estío, respondió aquel. La estacion de las lluvias comenzaba.

Alberto se puso á reflexionar.

—Hace mucho tiempo que estos dos hombres se han embarcado? preguntó al cabo de un momento.

—Cincuenta dias.

Ciertamente, en aquel momento, nada podia hacer que Rosen reuniese en su pensamiento al francés que le habia robado su fortuna y á miss Talbot su novia.

Qué relaciones habia entre ambos?

Pero se sabe por qué puerta entran los presentimientos al alma?

—Me amas y tienes valor, Towah! exclamó de pronto el conde. Es preciso absolutamente que yo tenga noticias de Ellen!

—Hace ya seis meses que Towah marcha con los piés desnudos, respondió el Pannie. Pero sus piés son duros.... puede marchar seis meses mas aún.

—Irás! replicó el conde; no te detendrás mas que en Baltimore. Verás á Ellen. Le diros que la amo; le contarás mi desgracia. . . . le juraras. . . . le prometerás, en mi nombre, y por mi honor, ¡me oyes! que me volverá á ver rico y vencedor. . . . La conozco. . . . sabrá esperarme!. . . . Dios no me ha quitado toda esperanza de felicidad.

Cármén puso algunas monedas de oro en las manos de Towah.

—Towah, murmuró ella; le direis á miss Talbot, que Cármén, su hermana desconocida, le envía un beso de paz!

Towah salió del pueblo. Habia prometido no detenerse en ninguna parte en el camino.

El señor don Juan María, que le vió atravesar á grandes pasos la llanura, se frotó las manos y estuvo contentísimo durante todo el dia, con la idea de que el indio iba á buscar el rescate del mayor.

Las horas fueron eternas para todos despues de la partida de Towah.

El conde Alberto contó los dias. Las dulces conversaciones de Cámen no fueron ya bastantes para moderar su ansiedad.

Y sin embargo, Cámen le hablaba incesantemente de Ellen y de la dicha que le esperaba.

Era una alma ardiente, fogosa, pero purísima y santa, la de aquella muger!

Mientras mas se sondeaba aquel corazon, mas y mas se veía cuán grande era el tesoro de ternura y de abnegacion que contenia!

Si el corazon de Ellen hubiera sido como el suyo!

Pero á ésta, el conde Alberto la amaba con toda su alma, con todas sus potencias, con todo su corazon!

Towah tardó mucho en volver. La estacion toda de las aguas, pasó, y tambien una parte del estío.

El conde le decia á Cármén:

—Mirad hácia el nordeste.

La pobre Cármén hacia lo que la hermana Ana desde lo alto de su torre. Miraba con toda la atencion de que eran posibles sus lindos ojos y no veía venir nada.

Una tarde, sin embargo, muy á lo lejos, hasta el último límite de su vista, percibió una especie de punto oscuro que se movia

en la llanura. Su pobre corazón latió con fuerza.

Había esperado acaso que Towah no volvería?

Rosen se había acostumbrado á adivinar su pensamiento sin oírla ni verla.

—Hay algo, Cármen? le preguntó.

—No distingo bien aún, dijo la joven; sin embargo, el punto que se percibe crece y se acerca con rapidez.

—Qué punto?

—Aguardad.... es un hombre.... un hombre á caballo!.... Los rayos del sol poniente le bañan en este momento!.... está medio desnudo!.... Su caballo viene en pelo y trae la crin flotante!

—Towah! exclamó Rosen. Los Panies son ginetes desde que nacen!

—Creo que es, en efecto, el indio, dijo Cármen después de un momento de silencio. Hace correr á su caballo como si viniera furioso!....

—Ah! se interrumpió Cármen con un grito de espanto, el caballo ha caído y ha desaparecido con su jinete en la barranca... Towah!..... es en efecto Towah.... Ya

salió! Towah lo espolea.... echa mano á su cuchillo para excitar más y más al animal!.... Parece que tiene alas!

Rosen estaba en la ventana junto con Cármen. Su voluntad hacía un esfuerzo supremo para rasgar el velo que cubría su vista. Hubiera querido adivinar desde lejos, en el rostro del enviado, la noticia que traía.

Un segundo grito de Cármen le hizo estremecer.

—Vuelve á caer otra vez! exclamó. Se levanta y mira á su caballo.... prosigue su camino.... el caballo ha quedado muerto en el sitio!

—El indio trae los pies desnudos? preguntó Rosen.

—Sí.... desnudos y sangrientos.

Rosen pensó en voz alta:

—No se ha vengado aún!

Un cuarto de hora después, de conformidad con las órdenes dadas por la hija del alcalde, Towah era introducido en la prisión.

El sudor inundaba su cabeza pelona. El mechón de cabellos que caía sobre su coro-

nilla le caía á lo largo de las espaldas enteramente empapado.

Se detuvo en medio de la celda, inmóvil y mudo.

Su respiración, entrecortada por la fatiga, no le permitía articular palabra alguna.

Según la costumbre de su raza, aguardaba á que le hablaran para responder.

—Qué tienes que decirme, Towah? preguntó Rosen cuya voz temblaba.

—La Lengua Dorada, replicó el indio, ha engañado á la muger del mayor, como Mohicano engañó á la muger de Towah!

Rosen se puso horriblemente pálido y cayó en los brazos de Cármen.

Towah, siempre en pie é inmóvil, guardó silencio.

—Y ese hombre está vivo? preguntó Rosen haciendo un esfuerzo.

El indio enseñó sus piés desnudos.

—Lo tuve bajo mi tomahak, respondió; pero hay guardas en esas grandes ciudades..... Towah ha permanecido dos lunas en la cárcel!....

Rosen no hizo ninguna pregunta nueva.

Permaneció mas de una hora con la cabeza entre las manos.

Cármen quiso hablarle, pero él la rechazó. Al cabo de una hora se levantó y dijo:

—Es preciso que yo parta.

Cármen se oprimió el corazón con ambas manos porque se sentía desfallecer.

—Partireis, Alberto! dijo sin embargo al cabo de un momento, con voz desfallecida.

Rosen la estrechó entre sus brazos.

A su vez ella le rechazó.

—Towah! dijo Cármen, id á preparar los caballos.... á media noche vuestro amo estará al pié de la trinchera.

Towah dió un paso para salir.

Pero antes de salir, meditó un momento, y vino á arrodillarse ante Cármen.

—Por qué no es esta la muger del mayor? murmuró; pero el rostro pálido no mata á la muger que le engaña.... la ama mucho!

Cármen le señaló la puerta con el dedo.

Una triste y dolorosa sonrisa plegaba sus labios.

Cuando el indio partió:

—Alberto, dijo la jóven; Alberto, vo os

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO X el Sabio  
1878

BIBLIOTECA ALFONSO X el Sabio  
UNIVERSITARIA

amo. Cuando vos no esteis aquí, moriré.... Sabia bien que llegaría un día en que diriais: Quiero partir!.... Todo lo que vos queráis, yo lo quiero también.... He tejido unas cuerdas de seda.... con ellas podreis descender hasta el pié de la trinchera!....

Rosen puso una rodilla en tierra, en el mismo lugar que Towah acababa de dejar.

No pudo pronunciar una sola palabra. Sus lágrimas bañaban las manos de Cármen.

A media noche, Cármen y Rosen estaban aún unidos en la prision. Cármen amarró con sus propias manos, la cuerda de seda en los hierros de la ventana.

Pero la cuerda no llegaba mas que hasta los dos tercios de la altura.

Doña Cármen se inclinó hácia fuera llena de angustia.

Saltaré, dijo Rosen.

Porque acababa de oír la ronca señal que hacia Towah desde el foso.

Cármen le contuvo en el momento en que iba á poner los piés fuera de la ventana. Se despojó rapidamente de su rebozo de seda, esa mantilla que adorna tanto y

hace tan bellas á las lindas hijas de México. Se despojó también de su túnico, y uno y otro fueron hechos tiras, que tegidas rapidamente en forma de trenza sirvieron para alargar la cuerda.

Pero á pesar de todo, la cuerda era aún demasiado corta.

Rosen oyó á la hermosa niña que murmuraba:

—No puede verme.... está ciego!

Sin embargo, apagó la lámpara antes de despojarse de sus últimos vestidos.

Estos fueron rotos y añadidos á su vez.

Cármen habia destrenzado sus cabellos, sus luengos, sus magníficos cabellos negros, que caian en torno de ella y la cubrian como un manto real.

La cuerda no llegaba aún al suelo.

El pudor de doña Cármen vaciló aún cuando Rosen estuviese privado de la vista y las tinieblas fuesen profundas.

Confusa y temblorosa pasó las tijeras por su maravillosa cabellera, que cayó en ondas de ébano al suelo.

Con sus cabellos trenzados prolongó todavía mas la cuerda.

Al fin el extremo de ésta rozó las yerbas que crecían al pié de la torre.

—Partid ahora, dijo Cármen, y que Dios os conceda toda la dicha que yo pude esperar alguna vez.

Rosen la buscó para estainpar sobre su frente un ósculo de adios.

Cármen había huido!.....

Jorge Leslie se cubrió la frente, sobre la cual caían gruesas gotas de sudor, con su pañuelo.

Elena, con el corazón oprimido, y pálida como un cadáver, decía:

—Si no amase á Ellen, amaría á Cármen!

## XII

### EL PACTO

Jorge estaba también muy pálido.

Bebió un trago de agua, y la marquesa le dijo:

—Descansad un instante, señor Leslie... Todo eso es de un interés prodigioso!

—No tengo ya mucho que contar, señora, contestó Jorge, y deseo concluir desde luego.

Debemos decir aquí que, desde hacia algún rato, las maneras del señor vizconde Enrique de Villiers habían cambiado. Aprobaba con un movimiento de cabeza los pasajes dramáticos, y servía el té discreta-

Al fin el extremo de ésta rozó las yerbas que crecían al pié de la torre.

—Partid ahora, dijo Cármen, y que Dios os conceda toda la dicha que yo pude esperar alguna vez.

Rosen la buscó para estainpar sobre su frente un ósculo de adios.

Cármen había huido!.....

Jorge Leslie se cubrió la frente, sobre la cual caían gruesas gotas de sudor, con su pañuelo.

Elena, con el corazón oprimido, y pálida como un cadáver, decía:

—Si no amase á Ellen, amaría á Cármen!

## XII

### EL PACTO

Jorge estaba también muy pálido.

Bebió un trago de agua, y la marquesa le dijo:

—Descansad un instante, señor Leslie... Todo eso es de un interés prodigioso!

—No tengo ya mucho que contar, señora, contestó Jorge, y deseo concluir desde luego.

Debemos decir aquí que, desde hacia algún rato, las maneras del señor vizconde Enrique de Villiers habían cambiado. Aprobaba con un movimiento de cabeza los pasajes dramáticos, y servía el té discreta-

mente procurando no hacer ruido. En una palabra, jamas caballero alguno aparentó un aire distraido ni mas libre de toda preocupacion, que lo que el señor vizconde Enrique manifestaba en aquellos momentos.

Una vez murmuró al oido de la marquesa señalándole á Elena:

—Pero ved como mi prima toma todo eso á lo serio.

—Ah! amigo mio, respondió la marquesa; tiene razon.... esto es preciosísimo... encantador!

Ni el uno ni la otra, evidentemente, sospechaban el raro gozo que tomaba el pensamiento de Elena.

—Si no amase á Ellen, se habia dicho á sí misma, amaria á Cármen....

Qué le importaba eso! Jamas habia visto al conde de Rosen....

Las vizcondesas todas confesaban, allá en el fondo de su corazon, que su abnegacion, en un caso muy urgente habria llegado hasta á sacrificar el traje de seda, y aun las enaguas, pero la cabellera!....

Y sobre todo una cabellera que caia hasta los talones!

Hubo sin embargo, una baronesa que dijo heróicamente:

—Yo hubiera hecho lo mismo!

Pero esa baronesa usaba una trenza postiza.

—Dios mio! dijo el señor vizconde de Villiers; la hermosa señorita salió del paso peinándose á la Ninon.

—Tenemos á la duquesa de Rivas, que usa el mismo peinado, añadió la marquesa. Y todos estos señores la proclaman hermosísima.... Usa los cabellos cortos.

—Mañana es su gran baile, dijo el viejo O'Brien. Y será espléndido á lo que aseguran.

La marquesa reclamó el silencio, y Jorge Leslie prosiguió:

—Algunos minutos despues el mayor y Towah galopaban por la llanura.

Towah llevaba por la brida el caballo del mayor.

Cármen habia quedado sin duda, en la ventana escuchando el paso de los caballos que iba perdiéndose á lo lejos entre la llanura!

Desde entonces, el conde Alberto no ha

vuelto á oír jamas la dulce voz de Cármen.

Mientras duró la noche corrieron sin descansar.

Al lucir la aurora, las colinas cubiertas de bosques que marcan el curso del rio Gila se veían á lo lejos.

—Hasta aquí hemos marchado en derecha hácia el Norte, dijo Towah; debemos ahora torcer hácia la izquierda, hácia el Golden-dagger, ó á la derecha para internarnos en los estados del Noroeste.

—Vamos á Baltimore! respondió el conde Alberto.

Towah, sin decir una palabra, cambió de direccion, y aún los viajeros prosiguieron marchando.

En los confines de la llanura, tomaron dos monturas de refresco en una bandada de caballos semisalvajes que estaban pastando allí.

No descansaron un instante, en su rápida carrera, sino hasta que pusieron el rio Gila entre ellos y los que podían perseguirlos.

—Cuidemos ahora de nuestros caballos,

dijo Rosen, porque pasada la sierra de los Mimbres ya no hallaremos otros.

—Venden caballos en Santa Fé! dijo el indio.

El conde se sonrió tristemente y murmuró:

—Tienes dinero para comprarlos?

Towah sacó de su cintura un enorme bolsón lleno de oro y lo hizo sonar.

El conde se detuvo.

—Mientras que Towah esperaba al mayor al pié de la trinchera, la noche última, dijo el Panie, este bolsillo cayó junto él al pié de la torre.

El conde juntó sus manos, y pronunció en el fondo de su corazón el nombre de Cármen.

Ora á pié ora á caballo, los viajeros atravesaron la sierra de los Mimbres, y un ramal de las montañas pedregosas.

Rosen se hizo contar mas de una vez en el camino la triste historia de Ellen.

Towah no tenía ni las ideas ni las costumbres de nuestra civilización; él arregló las cosas á su modo. Rosen tradujo su narración.

Hé aquí lo que debió haber ocurrido en Baltimore:

Cuando el francés á quien Towah daba el nombre de Lengua Dorada y al que yo llamaré Eduardo, llegó á Baltimore, Ellen aguardaba hacia mas de un año.

Las cartas que Rosen le había escrito no habían llegado á su destino. Ellen se hallaba inquieta. No os repetiré que ella era muy hermosa; cualquiera de vosotros que no le hayais conocido no teneis mas que dirigir una mirada al rostro encantador de la señorita Boistrudant: se las podría llamar dos hermanas. El francés Eduardo la vió y la admiró.

Estoy en Francia, recibo hospitalidad en la casa de un gentil hombre francés: esto únicamente sería bastante para obligarme á moderar mis palabras pero no tengo necesidad de ello. Rosen ama y respeta la nobleza de Francia sin olvidar que en el seno de esta misma nobleza existen miembros que son indignos de ella.

Eduardo era gentilhombre; Eduardo había cometido con perjuicio de Rosen, en la Nevada, un robo cobarde y pérfido.

En Baltimore, Eduardo se hizo culpable de una infamia.

Se introdujo en la familia de Talbot; habló, debo notar aquí esta circunstancia, habló de Paris: pronunció nombres amigos principalmente el de uno mas querido que los demas: habló de la señora marquesa y de la señorita de Boistrudant....

—Cómo! interrumpió la marquesa, este hombre era de nuestros conocidos!

Jorge Leslie no respondió.

El vizconde Enrique de Villiers tomó la palabra con un tono breve y seguro del hecho.

—“Querida prima, dijo, dirigiendo una guiñada á la marquesa, todo lo que M. Leslie os cuenta es la verdad mas exacta.... vos comprenderéis que no he podido dejar de conocer los detalles de esta deplorable historia.... A ménos que M. Leslie no exija formalmente lo contrario, yo os diré el nombre de M. Eduardo.... pero á vos solamente!”

El viejo general O'Brien dirigió á Enrique de Villiers una estupefacta mirada.

Jorge Leslie respondió tranquilo:

—Yo no exijo nada, señor vizconde.... esta historia os pertenece tanto como á mí.... acaso mas que á mí, porque segun creo vos la habeis sabido primero.

El vizconde Enrique saludó con la mano y dirigió á Leslie una graciosa sonrisa.

Leslie le volvió su saludo y su sonrisa, pero la sonrisa de Leslie era fria y ligeramente burlona.

—Mistress Balbot y su hija, prosigió, vivian muy retirados desde la muerte tan desgraciada del gefe de la casa. Ese Eduardo cuyo nombre sabe tambien el señor vizconde como yo (Enrique movió la cabeza afirmativamente y el viejo O'Brien se agitó en su asiento), este Eduardo fué admitido en la casa de la señora Talbot.

“El conoció bien pronto su situacion.

“La primera vez que se habló en su presencia, del conde, afectó repentinamente una profunda pena; y como se le interrogó, forjó una fábula, diciendo que el conde habia muerto sucumbiendo á los golpes de los mexicanos, y que él habia visto su cadáver....

—Pero ese hombre es un monstruo! exclamó la marquesa indignada.

—Un monstruo! repitió Elena.

—A quién se lo decis!.... murmuró el vizconde Enrique. Ann todavía M. Jorge Leslie cuenta todo esto con estremada moderacion.

—No exagera; no es verdad? dijo el yiejo general que lo miraba de frente.

—Al contrario.... al contrario, dijo por dos veces Enrique de Villiers.

Despues acercándose á la marquesa y á Elena:

—Yo he estado á punto veinte veces de contaros esto, dijo él, pero yo habia sabido indirectamente la estrecha union de Elena con la pobre miss Talbot.... Y temí afi-girla.

La marquesa lo atrajo hácia ella; la curiosidad la tenia sofocada.

—Su nombre, exclamó por lo bajo, su verdadero nombre?

—Mañana, replicó el vizconde separándose de ella, vendré temprano.

—Abreviaré los detalles, señoras, prosiguió Jorge Leslie, al ménos por lo que respecta á miss Talbot. Conozco que habeis adivinado Eduardo era muy hermos, muy

hábil y muy amoroso. El ofreció su mano á la vírgen vinda. Ella aceptó. El abusó de su posición de esposo! Elena fué culpable.

Hé ahí todo lo que el conde Alberto supo ántes de llegar á Baltimore.

El dijo á Towah cuando concluyó la narracion del indio:

—Yo daria la mitad de mi sangre por vengarla. . . . pero soy ciego!

—Yendo y viniendo, respondió el Panie, Towah ha recogido plantas que devolverán la vista á su amo. . . . Y en espera de ello Towah puede matar.

—El conde Alberto no es de aquellos que se vengan por la mano de otro.

Despues de seis dias de camino los viajeros llegaron á las fuentes del Arkansas; el nuevo pailebot remontaba hasta Riew. Rosen y Towa se embarcaron, y en la misma noche Rosen se puso en las manos de su médico Towah.

El no preguntó cuál era la composicion del remedio preparado por el indio.

Towah habia pasado la mayor parte del día haciendo hervir algunos simples.

Antes de presentar el brevaje á su amo, hizo algunos signos sobre el vaso pronunciando palabras mágicas.

Miéntas que Rosen bebia, Towah cantaba y bailaba.

“Papá Towah curaba á los ciegos, dijo; yo hago lo que mi padre hacia. . . . Por qué cura este brevaje, es lo que Towah ignora.”

Rosen se acostó en la cama.

Towah le impuso las manos, y Rosen fué acometido de un irresistible sueño.

Cuando despertó, el indio le dijo:

—Habeis dormido doce horas. No toqueis la venda que cubre vuestros ojos; dentro de cincuenta dias veréis la luz. . . .

La travesía para descender el Arkansas, remontar el Mississipi y el Ohio, duró mas de un mes. Todas las noches Towah curaba al conde, y le ponía en la cara anchas hojas untadas de unguentos.

Hecha la curacion, Towah operaba la imposicion de las manos, y el conde se dormía. . . .

---

La voz de Jorge Leslie se hizo repentinamente apagada y breve....

Era una noche de Agosto, caliente y pesada; las casas de Baltimore estaban mudas, la ciudad dormía.

Towah condujo al conde Alberto de Rosen de la mano, por las desiertas calles.

Las piernas del conde se doblegaban al peso de su cuerpo.

Towah se detuvo delante de una casa de modesta apariencia en Long-Island-Street, y dijo:

—Aquí es!

—Ves tú, luz, al través de las celosías? preguntó Rosen.

—Veo luz, respondió Towah; no duermen.... Veo algunas sombras que van y vienen.

—Entonces, llama!

El indio levantó el martillo de la puerta.

—Sois, por fin, vos, señor Ricardo? preguntó en el interior una voz.

—Sí, respondió el conde Alberto, por una inspiración repentina.

La puerta se abrió al punto, y la nodriza de Ellen, tomando las dos manos de Rosen:

—Señor Eduardo, señor Eduardo! exclamó sollozando, acaba de dar a luz un pobre angelito.... la dejaréis morir!

—Margarita, contestó el conde, yo soy Alberto de Rosen, y quiero hablar á Ellen.

Margarita retrocedió, y se cubrió el rostro con las manos.... El salón de miss Talbot estaba alumbrado con una lámpara.

Al través del tabique se escuchaban los gemidos de Ellen.

El conde Alberto y el francés Eduardo estaban solos en el salón.

Estos dos hombres no se habían encontrado nunca el uno frente del otro.

El conde Alberto, que estaba entonces ciego, no pudo ver al francés; el francés no pudo ver al conde Alberto, cuyo rostro desaparecía casi enteramente bajo su máscara.

El francés prorumpió:

—Desdichadas mujeres las que se encuentran caballeros errantes para defenderlas. Acaso me hubiera apiadado de miss Talbot, si vos no hubiérais venido á su corro.

—Pensais casaros con miss Talbot? pre-

guntó Rosen estrechando su corazón con ambas manos.

—Lo rehusó, respondió el francés.

Hizo un movimiento para retirarse.

—Permaneced, exclamó el conde: si salís de aquí sin mi permiso, sois hombre muerto!

—Un asesinato! gritó el francés.

—Un castigo! continuó Rosen tomándolo del brazo.

Un débil quejido atravesó el tabique.

Ellen llamaba.

—Escuchad! dijo Rosen, si os casais con ella, os cedo todo el oro que me habeis robado.

El francés contestó con una carcajada de risa.

—Si nó consentís, continuó Rosen, os desafío á muerte.

—Vos! exclamó Eduardo con sarcasmo; un ciego!

—Duelo á muerte..... sin piedad, prosiguió Rosen con voz lenta; qué importa la venda que cubre mi vista? Nos pondremos el uno en frente del otro; mi mano sobre vuestro hombro y la vuestra sobre el mio...

—Y la justicia se apoderará del vencedor!.... continuó Eduardo con tono burlesco.

—Ya lo tengo previsto, replica, yo sé dirigir la pluma sin el socorro de la vista. Firmarémos cada uno un papel concebido en estos términos: *Muero voluntariamente y por mi propia mano.* Yo os daré mi firma y vos me daréis la vuestra. El que sobreviva colocará el escrito al lado del cadáver.

El francés miró con desprecio esta proposición pero Rosen le dice:

—Towah está aquí y está armado.

—Está bien, exclamó por último el francés: nos batirémos dentro de una hora. Tengo una carta que escribir, volveré con mis armas.

—Firmad primero, dijo Rosen.

Rosen habia mandado disponer de antemano sobre la mesa todo lo necesario para escribir. Trazó en seguida en gruesos, pero inteligibles caracteres, la fórmula que acabamos de oír y firmó: Conde Alberto de Rosen.

El francés tomó la pluma á su turno y escribió la fórmula.

Rosen escuchó el ruido de la pluma que rechinaba al trazar el párrafo.

—Qué nombre habeis puesto? preguntó en seguida.

—Eduardo\*\*\*, respondió el francés.

Rosen tomó el papel y lo hizo pedazos.

—Este es el nombre del ladron y el de raptor, dijo, yo quiero el nombre del genilhombre.... el verdadero nombre.

El francés golpeó la mesa con el puño.

—Nada de ruido! dijo Rosen, es necesario que ella no nos oiga.... Volved á comenzar.... yo sé vuestro verdadero nombre....

Al mismo tiempo llama á Margarita, la que aparece en el acto.

—Despertad á vuestro hijo, la ordenó

Margarita tenia un hijo de diez años. El niño vino. Rosen despidió á Margarita.

El francés vaciló un instante ántes de escribir; pero por fin lo hizo.

Cuando Margarita entró habia visto á la medialuz del vestíbulo la sombría figura de Towah que tenia el tomahak en la mano.

Rosen oyó por segunda vez el ruido de la rúbrica.

—Dad el papel al niño, le dijo.

Y cuando éste lo tuvo en su mano:

—Nicolás, hijo mio, lee, prosiguió el conde Alberto, te daré un dolar para que compres bizcochos.

El niño entónces recitó con voz clara y como si hubiera dicho una de esas insulsas lecciones de la escuela parroquial, el escrito del terrible pacto: *yo muero voluntariamente y por mi propia mano.*

Firmado....

Todos los oídos estuvieron prontos á escuchar.

La marquesa se levantó de su asiento, miéntras que por un contraste chocante, el vizconde Enrique de Villiers se dejaba caer sobre una silla.

Jorge Leslie ocupado enteramente con la emocion que producía su relato, habria acaso pronunciado el nombre que queria callar, si el general O'Brien no hubiese tomado la palabra repentinamente:

—Firmad el verdadero nombre del francés, dijo sonriéndose.

Las vizcondesas lo hubieran apaleado de buena gana. La marquesa prometió no perdonárselo en toda su vida.

Enrique de Villiers procuró sonreírse.

—Vaya, dijo arreglando su corbata, que el nombre estuvo á punto de escapársele.

—Firmado, repitió Jorge con voz severa: el verdadero nombre del francés, ladrón y raptor. . . . Rosen dió un dolar al niño y guardó el papel en su cartera.

Dijo en seguida al francés:

—Teneis una hora, Towah os seguirá.

Y á Towah:

—Si procura escaparse. . . . Towah tocó su tomahak.

El francés y Towah salieron. . . .

Apenas se hallaban en la calle, cuando Towah cayó herido por un golpe de trillo asestado por detrás.

Mohican, el criado del francés, se encontraba emboscado á la puerta de la casa.

El mismo dia el francés y Mohican se embarcaron en Annápolis en la bahía de Chesapeake, en un pailebot que se daba á la vela para el Havre. . . .

—Este hombre debia ser un cobarde! dijo Elena con encendido rostro y cuya mirada brillaba de coraje; así me lo esperaba!

Ella pronunció estas palabras con voz firme y resuelta.

Todos se admiraron en el gabinete de la marquesa, porque Elena era una jóven muy linda.

—He concluido, replicó él, reclamando silencio con un gesto: he contado los hechos tales como han pasado. . . . las historias verdaderas no tienen siempre ese desenlace trágico que satisfacen plenamente la curiosidad. . . .

—Pero esta pobre Ellen, preguntó la marquesa.

Ella ha permanecido seis meses entre la vida y la muerte.

Y su hijo?

—Su hijo vive en una adorable niña.

—Y está buena Misstriss Talbot!

—Misstriss Talbot como loca. . . el pesar la matará.

El rumor general cubria este interrogatorio particular.

—El conde Alberto! decian estas damas en coro; qué se hizo el conde Alberto de Rosen?

—Yo no sé, respondió Jorge.

—Recobró la vista?

—Mientras yo viví en Baltimore, el conde Alberto permaneció ciego.

—El plazo de los cincuenta dias se habia terminado?

—No señoras.

—Y Towah el Panie?

—Towah es un indio.... él seguirá á Mohicano su enemigo hasta el mismo infierno!

—En suma, la historia no termina?

Ella acabará, señoras, replico Jorge Leslie, cuya voz sonora tomó un acento mas grave. Si quereis permitirme, esponeros, como dicen, los artículos políticos, el estado de la cuestion, he ahí dos hombres que se han hecho mutuamente cesion y abandono de su vida.

—Esto es lo que allá se llama *un duelo americano*.

El pacto es perfecto, con el consentimien-

to solemne. Uno de estos dos hombres ha puesto el Océano detrás de él; pobre barrera! No se necesitan mas de dos semanas para atravesarlo. New-York está mas cerca de Paris, que lo estaban antes Marsella ó Pau. El conde Alberto vendrá, y un hombre tendrá que sucumbir.... Y si repentinamente viesen desaparecer de vuestro noble círculo á algun brillante caballero... un accidente.... una muerte súbita y misteriosa.... qué sé yo! Señoras, os acordareis del tiempo que perdisteis en escucharme, y podreis decir: este es el desenlace de la historia.

Jorge volvió á tomar su actitud indolente, apoyado de nuevo en el mármol de la chimenea.

Un prolongado murmullo se oyó en el gabinete.

Pero la voz del vizconde de Villiers dominó todas las demas.

El vizconde hablaba con volubilidad y explicaba á sus vecinos:

—Estos diablos de yankees así son. Sus duelos se parecen á los asesinatos como dos

gotas de agua.... Y notad que este frances de que habla M. Leslie, no tiene ni aun el recurso de hacer su declaracion á los magistrados de nuestro país, para ponerse al abrigo.... se veria obligado á publicar su secreto; he ahí como una triste alternativa, el deshonor ó la muerte!

—A ménos, prosiguió en tono mas bajo, que no se anticipe á ese conde Alberto y le gane la partida!

—El conde Alberto tiene la ventaja, dijo á su lado la voz del viejo O'Brien, que lo hizo estremecer, que muy pocas personas podrán decirle al frances: aquel es el conde de Rosen.... mientras que el conde Alberto de Rosen tiene un amigo, que acaso ya le ha dicho: este es....

—En fin, verémos, verémos; interrumpió precipitadamente el vizconde.

El general O'Brien se volvió, para contestar á la marquesa que lo llamaba.

—Y es cierto que vos conoceis mucho á este Jorge Leslie! le preguntó ella.

—Mucho, respondió el general; me en-

contré con él á bordo del vapor en la travesía de Douvres á Calais.

—Y nada mas?

—Nada mas.... y esto basta.... un guapo mozo.... de talento.... que cuenta historias....

Se besó en seguida las estremidades de los dedos.

—Ah! perfectamente, perfectamente! contestó la suspicaz marquesa.

—Le despediremos, no es verdad!.... continuó el viejo O'Brien: miradlo, ya se acerca á la señorita vuestra hija.... tiene, por vida mia, un agradable aspecto!

En este momento, un criado anunciaba el te, servido en el jardin de invierno.

Las dos puertas-ventanas del saloncito que daban al mismo piso del invernáculo, se abrian en él y dejaban pasar los tibios perfumes de las plantas tropicales.

En el movimiento que se verificó entre los convidados de la marquesa, Jorge Leslie se habia acercado á Elena.

Elena habia permanecido pensativa des-

de que Jorge cesó de hablar. Ella habia buscado sus ojos muchas veces sin encontrarlos. Repentinamente lo vió á su lado, y todo su ser esperimentó una indecible emocion.

—Señorita, dijo Jorge, quien pareció hacer un esfuerzo para vencer su timidez; entre nosotros, en América, los usos son enteramente diversos que en Francia.... yo no sé si es conveniente en Paris solicitar de una jóven por quien se profesa el respeto mas religioso, una conversacion particular.

Elena no pudo dejar de sonreirse, y respondió:

—No, señor, esto no es conveniente.

—Sin embargo, si hubiese alguna cosa importante que comunicarle....

—Se la habla en presencia de su madre, señor.

—Y si la madre debe ignorar....

—Acá, señor, interrumpió Elena, nuestras madres no deben ignorar nada.

—Entonces, señorita, dijo Jorge, me será imposible desempeñar cerca de vos la comision de que miss Talbot me encargó.

—Ellen! exclamó la jóven vivamente.

En seguida añadió por lo bajo sin levantar los ojos porque oia la voz de su madre detras de ella:

—Mañana.... en la embajada del Brasil.... en el baile de la señora duquesa de Rivas.... el primer wals.....

Jorge se inclinó respetuosamente y se alejó al momento.



En el momento en que Jorge iba á atravesar la puerta del saloncito, se encontró frente á frente de la marquesa y del vizconde Enrique.

La marquesa decia:

—Cómo! cómo, primo mio! quereis que os presente á ese M. Leslie? seguramente no habeis pensado en lo que me pedís! es un pobre jóven que solicita un empleo.... Cambiaré la cosa si me lo permitís, y os lo presentaré á vos. Hé aquí justamente á M. de Leslie! interrumpió la marquesa.

—Y bien! M. de Leslie, el general acaba de hablarme de vos.... teneis en él un de-

cidido protector.... Y ciertamente, con vuestro talento y lo que habeis adquirido en vuestros viajes, lograréis un buen empleo en Paris.... Enrique, os presento á M. Jorge Leslie recomendándooslo muy particularmente.

El vizconde respondió:

—Estoy muy satisfecho del conocimiento de M. Jorge Leslie.

La marquesa los dejó para ir á reunirse en el invernáculo con el resto de la concurrencia.

Enrique y Jorge permanecieron el uno enfrente del otro.

Enrique habló primero:

—Esperaríais que yo os buscara, dijo con cierto embarazo como si estudiase las palabras que proferia.

—Lo esperaba, en efecto, replicó Jorge: Enrique alargó su mano que Jorge tomó sin dificultad.

—No teneis nada que decirme? continuó el vizconde despues de un momento de silencio en que su mirada habia procurado en vano interrogar.

Nada, contestó Jorge.

Y sin embargo, añadió:

—Cuando yo tengo que hablar, me gusta estar con toda libertad.

El vizconde le apretó la mano, y le dijo:

—Os comprendo. . . . saldremos juntos.

—No, replicó Jorge, yo no puedo salir con vos.

Enrique le dirigió una mirada de sorpresa y desconfianza.

Rehusaríais también salir en mi coche? le preguntó.

—Gusto mas andar á pié en este tiempo frio respondió Leslie. Cómo se llama ese puente que está aquí cerca, delante del antiguo palacio del rey?

—El Puente Real.

Jorge consultó su reloj.

—Dentro de media hora os aguardo, si gustais, en el Puente Real.

—Está bien, contestó el vizconde, dentro de media hora.

Se separaron en seguida. Jorge apretó la mano del viejo general, quien le preguntó:

—Estais contento?

—Dentro de una hora lo sabremos, respondió Jorge.

Jorge se dirigió al guarda-ropa, tomó su capó y salió.

En el boulevard de Orsay el hombre que hemos visto agazapado en el hueco de una puerta de la pared del jardin Boistrudant, permanecía aún en el mismo lugar. Tenia la cabeza entre sus manos y estaba enteramente inmóvil.

El cuerpo de guardia de la calle de Bellechane estaba cerca de allí, y muchas rondas habian pasado por aquel lugar. Nadie habia reparado en aquel hombre, cuyo vestido gris se confundia con el color oscuro de las paredes.

Por el frio que hacia se hubiera creido que el pobre diablo se hallaba adormecido y helado en su nicho.

Algunos minutos despues que Jorge Leslie abandonó el salon de la marquesa, se escuchó una rápida pisada sobre la nieve del lado de la calle de Bellechane. Un hombre embozado en una capa destorcio por la esquina del cuerpo de guardia atravesando el malecon y dirigiéndose en seguida á la plaza de la Concordia.

El individuo agazapado en la puerta del

jardin de Boistrudan, no estaba ni adormecido ni helado, porque hizo un movimiento de cabeza al sentir el ruido sordo de las pisadas sobre la nieve.

Separó un poco la cubierta de su cabeza que caía sobre su oreja, y se puso á escuchar atentamente.

El hombre de la capa iba á pasar cerca de él sin verlo, cuando se oyó un ruido ronc y gutural que salía de su pecho.

El hombre de la capa se detuvo.

—Estas ahí, dijo; ven conmigo, ya es tiempo.

El otro se enderezó al momento como un resorte.

Era un hombre de talla elevada, derecho como un número 1; su cobertor flotaba á su derredor bajando hasta los talones.

Cuando echó á andar no se escuchó ningún ruido.

El hombre de la capa y él, se dirigieron á la calle de Bellechane. Cuando pasaron delante del centinela del cuerpo de guardia, éste se detuvo para contemplar á nuestro pobre diablo.

—Héte aquí levantado muy temprano beduino! dijo entre dientes.

No le repondieron; pero en este momento una ráfaga de viento, levantando su cobertor, lo hizo ondular hácia atrás.

El centinela, exclamó:

—Vaya un ciudadano bribon, siempre el mismo! . . . con los piés descalzos sobre la nieve y la cara pintada de rojo; qué ya estaremos en carnaval?

En la calle de Lille, frente al portal del hotel de Boistrudan, una larga hilera de carruajes se hallaba allí estacionada.

El hombre del cobertor se plantó en pié en medio de la calle, y permaneció inmóvil.

Su compañero atravesó la calle. Se colocó en el ángulo de la puerta cochera, situada en frente del hotel Boistrudan.

Antes de separarse del hombre del cobertor, el de la capa habia dicho:

Estás bien seguro de reconocerle!

—Towah reconoceria á Lengua-Dorada entre mil! replicó el hombre del cobertor.

—Cuando él aparezca en la puerta, yo silbaré. . . . míralo bien.

Algunos de los cocheros que no se habían dormido en sus asientos, notaron á este singular personaje, embozado como un fantasma y derecho como una pica, en la nieve color de ceniza que salpicaba la calle.

En Paris todas las costumbres son buenas para estos gitanos que andan al derredor de los ricos afortunados, como el gorrión franco salta y da vueltas en las cabañas campestres.

Se le toma por un leñador, oficio del artista libre, y que forma parte de esta porción de la escala social que desciende bajo de cero.

Hacia un frío agudo y penetrante, acompañado de un vientecillo desagradable de Nordeste, que parecía cortar el rostro.

Cuando los cocheros despertaban, sacudían fuertemente los brazos hasta donde se los permitían sus fuerzas, para restablecer la circulación de la sangre. Towah era insensible al frío. Era una estatua.

El viento del Nordeste trajo el sonido del reloj de las Tullerías, que daba las cuatro de la mañana.

Un movimiento se notó entónces en el

interior del hotel, cuya puerta se abrió de par en par.

Los carruajes entraron. Bajo el peristilo la voz ruidosa de los lacayos fué nombrando los diferentes nombres de los nobles convidados de la marquesa.

Towah se deslizó entre dos carruajes y hasta el pié de la grande escalinata. El vizconde bajaba. Cuando percibió repentinamente en su presencia los ardientes ojos del Panie que brillaban bajo su capucha, el vizconde retrocedió como si alguno le hubiera herido el rostro.

Sus párpados se cerraron á su pesar y sintió desvanecerse su cabeza.

Cuando abrió los ojos, porque se figuró que era juguete de una ilusión, la fantasma había desaparecido.

Enrique subió en su coche y dijo al cochero:

—Al Puente Real!

El hombre del cobertor se había unido á su compañero al otro lado de la calle.

—Es él!

El cuarto de las cuatro sonaba en el reloj pabellón del Reloj.

Un elegante carruaje tirado por dos magníficos caballos negros, se detuvo en medio del Puente Real: la portezuela se abrió: un hombre se apeó de él, llevaba un vestido de baile debajo de un sobretodo forrado de pieles.

Los caballos jadeantes, golpeaban la nieve con sus herrados cascos.

El carruaje volvió á Paris solo.

Dos ó tres coches que venian tambien del hotel Boistrudan, atravesaron sobre el puente sin ruido, como si rodaran sobre un tapiz de paja que los afortunados de este mundo estienden delante de sus puertas precisamente en la hora en que el nivel de la muerte pasa sobre todo lo que les hacia sobresalir de entre la multitud.

Suprema y triste ventaja del rico sobre el pobre: el primero tiene comprado el silencio al derredor de su lecho funerario; y el otro muere gratis y como puede.

La justicia de Dios los aguarda á los dos, y solo tiene una balanza. . . .

Cuando el último coche hubo pasado el puente, recobró ese extraño silencio que rei-

na en la noche parisiense, desde las dos hasta las cinco de la mañana.

No se escucha ni aun el andar de los centinelas de las Tullerías, cuyo paso se ahoga en la nieve: no se oía nada, sino ese ruido sordo que del rio que en su curso arrastra enormes carambanos de nieve.

El vizconde se dirigió al embanquetado occidental del puente.

Su paso era vacilante como el de un ebrio.

Se recostó contra el parapeto, no para ver el rio, sino buscando apoyo.

Era una noche clara; el Sena corría magistrosamente por sus islotes flotantes, todos cubiertos de nieve. La línea prolongada de muelles aparecía á derecha é izquierda, alumbrados con una luz misteriosa, los reberveros oscurecidos por el contraste, arrojaban en intervalos regularmente repartidos por la perspectiva, su luz menos pura.

A la derecha la gran masa de los árboles de las Tullerías, oscura á la vista, á pesar de la espiga blanca que cada rama ell-

vaba á su parte superior se deslizaba hasta lo profundo del azul del cielo.

Era una hermosa noche en calma y triste.

El vizconde Enrique de Villiers apoyó la cabeza entre las dos manos.

Sus piés helados arrojaban su sangre al cerebro, su frente se encendía.

Observaba sin ver fijamente los grandes témpanos de hielo que se apresuraban impelidos por la corriente á pasar bajo el puente, é impedían el curso del río. A veces seguía con la vista maquinalmente y á pesar suyo, hasta que se perdía el témpano en lo lejos del horizonte de la invisible rívera.

Quedó helado de cabeza á piés.

¡Oh! dijo, reponiéndose, y como si su orgullo le hiciese volver sobre sus pasos: he visto la muerte cara á cara... he jugado con el peligro... no se me puede acusar de cobarde.

Pero el calofrío se aumentó y sus quijadas crugieron.

Es fiebre, dijo, tengo fiebre y sufro!

En la prolongacion del muelle de Orsay todas las casas estaban oscuras, únicamente

te el hotel de Boistrudan, que se distinguía á lo lejos, conservaba sus luces encendidas.

Vislumbró el vizconde los sitios que brillaban á través de los grandes desnudos chopos de la orilla de la ribera—cambió entónces violentamente su mirada.

Pronunciaron sus lábios el nombre Elena.

—No tengo miedo... repitió, pero la amo... cuento solo treinta años... á esta edad aun se ama.

—Y París todo lo sabía... balbució.

Sollozó, sus dos codos se reclinaban en la nieve del parapeto, mientras sus manos heladas se apretaban con fuerza.

—Un gentil-hombre deshonorado, pensaba él, desciende mas que cualquier otro hombre.

Un grande ruido se escuchó por todas partes, compuesto de pequeños choques, que se sucedieron unos á otros; se hubiera dicho, que desde el Cours de la Reina hasta el Carrousel, todos los témpanos se rompían unos tras otro; el ruido venía de lo alto del río y resonaba hasta en la antigua ciudad.

El ruido se estinguía.

Siguió á éste un profundo silencio.

Los tómpanos cesaron de romperse bajo los arcos del Puente Real.—El rio detenido se sosegó de un golpe; la flama de los reverberos que aun hacia una hora se distinguía vacilante en las aguas, se estinguió completamente.

El Sena perdió á la vez su movimiento, su eco y sus rayos.

En este momento el horripilante frio, encadena la vida del rio con algo que conmueve. El corazon no puede ver con indiferencia este inmenso letargo; muy poco puede ayudar los últimos instantes de la lucha entre el invierno y la corriente que va á buscar sin detenerse en el fondo del agua un calor nuevo; es siempre á la noche cuando la escarcha aumenta y siempre es en una de esas noches polares cuando el parisiense prefiere á todo su alcoba, ó estar cerca del fuego.

El vizconde permaneció un momento distraido de sus pensamientos.

—Hé ahí el gigante vencido, murmuró; la mano de Dios es fuerte!

—Así es el hombre, continuó; recordan-

do sus preocupaciones, la fortuna le sirve un momento; el curso de su vida es claro y fácil: este es el estado.... pero viene la hora en que cambie la situacion; el destino lo ha tomado entre sus inhumanas garras; combate en vano; su sangre se hiela y su pensamiento muere: hé ahí el invierno!

—Pero, se dijo á sí mismo, descubriendo su cabeza; si un rayo de sol nos ilumina mañana el rio reanimado romperá sus ligaduras. La primavera sucede al invierno.... El hombre tiene sus estaciones de dicha y desventura.... He ganado, desde que tengo uso de razon, partido muy difíciles.... No creo que haya llegado mi hora; y desearas deseo vencer á todos los monges antes de reconocirme vencido.

—¡Veamos, veamos! Interrumpió; e tiempo urge; es preciso saber lo que quieren decir y lo quieren hacer, porque este hombre va á venir.

Se repuso un poco y dió algunos pasos, pero su cerebro vacilaba á pesar de los esfuerzos de su voluntad.

Es muy cierto que se parece á Elena, pensaba por una especie de terror, y creo

amarla, puede ser que sea á causa de ser la única muger que he visto estremecerse bajo mi vista.... Ella me ha tomado por su esposo..... Pero qué diferencia con Elena!.... Elena me amaba!....

—¡Me zumban los oídos! Se interrumpió de nuevo; y apoyándose del parapeto para no caer, quién me ha llamado ladron.... cobarde!....

Permaneció algunos instantes con la frente inclinada sobre su pecho.

Señor vizconde; dijo una voz cerca de él; héme aquí, estoy á vuestras órdenes.

Jorge Leslie, envuelto en su capa, estaba á su lado.

—Os esperaba; balbució Enrique.

Añadió despues sin saber qué hablar:

—La amo!.... está cierto que la amo!

—Y bien, señor vizconde, dijo Jorge con garbo, tanto mejor, pues que vá á ser vuestra muger: cuándo es el enlace, decidme si os place!

—Dadme el brazo y andemos, dijo Enrique en vez de contestar.

—Marchemos dijo Leslie, estas noches son á propósito para buscar aventuras!....

se puede estar seguro de no ser interrumpido por los curiosos.

Pasó el brazo del vizconde bajo el suyo y lo sintió temblando.

Ah dijo él, vos habeis tenido por tanto, una fuerte presencia de ánimo en el hotel de Boistradan! si aun estais malo dejemos la entrevista para mañana tengo tiempo... queréis que os conduzca á vuestra casa?

El vizconde apresuró el paso y murmuró: tengo frio.

—Diez grados, replicó Jorge... hacia mas frio aún el dia que nos encontramos al pié del Golden-Dagger.

Enrique se estremeció violentamente, y se detuvo.

—En este momento, pronunció con pena, un niño podría darme la muerte.... aprovechad vuestra oportunidad si sois el conde de Rosen.

Leslie soltó una risotada.

—Estaba seguro que tendríais esta idea, exclamó.

—Pues me decís, balbució el vizconde, que dos hemos encontrado al pié del Golden-Dagger!

—Yo llevaba un brazo de la camilla en que el conde Alberto estaba puesto.... miradme bien y me reconoceréis.

Pasaban entónces por el rebervero de gas que alumbraba solo y muy mal la plaza del Carrousse. El vizconde no habia llamado mucho la atencion al hablar de asesinato. Este sitio, solo y rodeado de centinelas, no era favorable para un duelo americano.

Jorge se quitó el sombrero, y dejó ver su rostro á la brillante luz del gas eléctrico.

Enrique lo vió con atencion.

Lo que veía que resaltaba mas que el fuego de su mirada, era su ancha frente y el cerco de sus párpados.

—Nada! murmuró: será posible que la herida ó la curacion no hayan dejado la menor señal!

—Siempre el conde de Rosen en vuestra imaginacion! dijo Leslie con una sonrisa de jocosa burla; vamos, querido señor, estáis en el mejor estado que podria yo desear! vengo del país del oro, pobre como Job... creo que la fortuna cambia, y que voy á hacerme rico esta noche.... me habeis visto bien?

—Sigamos, repuso Enrique; yo no os reconocia como uno de los que conducian la camilla, pero no sois el conde Alberto, estoy cierto.

—Si fuera yo el conde Alberto, preguntó con gracia Leslie, me rescataríais vos vuestra vida?

—Vamos á hablar de eso en seguida... Venid!

Lo llevó con direccion á la calle de Rohan.

Jorge sentia que se reaniba y que su paso era mas espedito.

—Estáis curado, querido señor, dijo él; Hacedme el favor de decirme á dónde me conducís.

—Teneis temor? preguntó el vizconde cuya voz habia tomado ya fuerza.

—En cuanto á eso, no!

—Descarías hacer fortuna, como decías hace poco.

—Verdaderamente que sí.

—Seguidme, no preguntéis mas.

Jorge Leslie, obedciendo, guardó desde entónces silencio; siguieron por la calle de Richelieu, que estaba enteramente sola, calle de Laffitte, despues por la de Martyrs el:

vizconde llevaba un paso muy firme; cerca de la barrera de Martyrs, se detuvo y dejó el brazo de Leslie.

Hace tiempo no os hablo, porque reflexionaba; reflexionaba porque me encuentro á dos pasos de mi ruina ó mi salvacion.... Vos atisbais á mi bolsa, es claro.

—Es claro, repitió Leslie.

—Habeis dado el asalto rudamente.... pero habeis usado de moderacion, sin embargo.

—He hecho lo que me ha parecido hacer, respondió Leslie, para coger viva la polla de los huevos de oro. Si os hubiera matado, nada de rescate!.... He sentido que entráseis con gusto en mis miras, por el apoyo que prestásteis á mis palabras.... Sois de un espíritu escogido, señor vizconde! suponeos que la idea os hubiera venido de contradecirme, dejaria caer el nombre oculto á la ávida concurrencia de todos esos nobles personajes.

—Eso tiene valor, es evidente; interrumpió M. de Villiers: andemos!

Pasaron la barrera, torcieron á la dere-

cha, y comenzaron á subir la escalera que conduce al telégrafo.

Jorge Leslie no se tomaba la pena de preguntar á dónde lo llevaban.

Iba á grandes pasos como un verdadero montesino, y el vizconde necesitaba esforzarse para sugertalo.

Se decia á sí mismo el vizconde:

—Rosen no iria así delante de mí.... Rosen habria sentido mis pistolas bajo mi capote.... Este se entrega á la suerte, porque sabe que su vida no tiene precio para mí.

—Sobre la derecha, mandó él; cuando Jorge hubo llegado á la cumbre de Montmartre.

Jorge se detuvo y le escuchó; pasaron juntos detrás del telégrafo y salvaron la barrera que estaba llena de innumerables brechas que separan la calle de la Fontenelle de los grandes carros.

No hay un parisiense que no conozca este sendero árido lleno de fango y arenoso en las profundas grietas de su ruta; las cinco provincias del Norte lo perciben; con los molinos de viento del Otese y el telégrafo

se forma la fisonomía de Montmartre, y Montmartre es en sí mismo, por su posición dominante la fisonomía de Paris.

Este monte va sin cesar trasformándose y disminuyendo; cada año, algun derrumbamiento cambia el perfil de sus profundidades. Los bourgeois de Montmartre tienen alguna semejanza con la posición de los habitantes de Pompeyo; la víspera del día en que esta ciudad curiosa y elegante se fué á unir á Herculana á veinticinco piés debajo de la tierra.

Montmartre no tiene volcan.

La caída será insensible, y no dará mas resultado que cambiar la carta de nuestro distrito. Las casas de la parte del Norte de Montmartre están evidentemente destinadas á adornar algun día el plano de Saint-Denis, mientras que la colina del sur asaltando el muro del cercado y á pesar del rigor de los impuestos, se hará la parroquia de Nuestra Señora de Loreto.

El vizconde Enrique y Jorge, se pusieron á andar por la nieve que abundaba á lo largo del camino.

Se detuvieron despues de haber andado

cosa de doscientos piés desde el telégrafo.

El cielo estaba limpio, la tierra contribuía á la claridad, así que podian descubrir á su alrededor todo el paisaje. Paris, como siempre, cubierto de una nube de humo que la luz del gas aclaraba el interior y hacia enrojecerla.

Bajo este inmenso velo, Paris invisible estaba mudo.

El vizconde Enrique se descubrió para sacar el sudor que el viento del Nordeste congelaba en su frente.

El aliento de Jorge estaba igual y tan fácil como ántes de subir.

—Se está bien aquí, dijo.

—Muy bien replicó el vizconde llevando su mano izquierda por el revés de su capote.

Y sin embargo, continuó Jorge Leslie con su voz tranquila y burlesca, he ahí muchas casas tras nosotros, se puede hablar sin duda con toda seguridad, pero á condicion que nuestras pistolas no tomen parte.

—Nuestras pistolas, repitió el vizconde que dió un paso atrás.

—Teneis dos bajo vuestra capa, señor





—En buena hora señor vizconde, dijo él. Notad que yo no creo que hubiéseis hecho uso de vuestra arma; teneis necesidad de mí, y bien lo sabeis.

—En qué ó para qué tengo tanta necesidad de vos? preguntó M. de Villiers que respiró ya libremente, porque á la vista del *revolver* de Jorge, le habia venido la idea de que sin duda se encontraba cara á cara con el mismo Rosen.

—Me necesitais, le replicó Leslie simplemente, porque si rehuso contestar á dos ó tres preguntas que me vais á hacer, sois muerto.

—Ciertamente, señor Leslie.

Aun hay mas: suponed por un momento que me hubiéseis volado la tapa de los sesos hace un instante, estábais perdido entonces.

—Eso entra en mis miras, señor vizconde, ved; á la hora que es, Rosen os conoce por él mismo y por un hombre que jamás lo ha desobedecido.

—He creído ver, balbuceó Enrique; quien se ocultó bajo el grueso forro de su capa, cuando salió del hotel de Boistrudan.

—Habeis visto bien, señor vizconde.

—Entonces vos sabeis lo qué ví!

—Dos ojos ardientes bajo la sombra de un capuchon.... El hombre estaba al pié de las gradas cuando yo las habia bajado.

—Era Towah el indio?

—Era Towah.

—Y Rosen está en Paris?

—Rosen estuvo á diez pasos de Towah. A este interrogatorio siguió el silencio.

La mirada amenazadora del vizconde, cubrió á Jorge Leslie.

—Habeis estado; fué pero solo en el instante que tuve la idea de ser el mayor? preguntó este.

—Si, respondió Enrique.

—La teneis aún.

—No he reunido mis recuerdos..... el mayor es mas grande que vos.

—No mucho, interrumpió Jorge que sonreia.

—Y además, en vuestros ojos, en vuestra frente.... No se nota cicatriz alguna.... Es imposible.

—Sabed!, interrumpió Jorge, por segun-

da vez; no hay cicatriz, ni en los ojos ni en la frente de Rosen.

Nuevo silencio siguió.

Algunos ruidos vagos comenzaban á oírse que venían de la ciudad, entre el soplo del viento.

—Estoy seguro de no ser vos el conde Alberto de Rosen, dijo finalmente M. de Villiers.

—Teneis razon, pero callais el verdadero motivo que os hace estar seguro de ello.

—Qué motivo?

—Desde lo bajo del cerrillo, hasta su cumbre, pronunció lentamente Jorge Leslie, no hemos encontrado á nadie.... he andado á vuestro lado.... y aun existís.

—Suponeis al conde capaz de un asesinato? murmuró Enrique con voz vacilante.

—En la posicion en que os hallais, cara á cara uno de otro, el conde Alberto os matará como á un perro donde quiera os encuentre.

—Es rico? preguntó Enrique.

—Es muy pobre.

—No tiene mas que ese Towah?

—Ciertamente que sí.... Me tiene ade

más á mí, y os digo sin presuncion, yo valgo por dos.... además, tiene un hombre de gran esperiencia y de gran valor, y este hombre tiene cierto estado en vuestro propio mundo.... un anciano....

—Será el general O'Brien, respondió Jorge.

—Dónde se han conocido?

—En Paris, en 1846.... Rosen tuvo un desafio con el hijo del general, quien murió despues en la guerra de Hungría.... El general se presentó en la noche en casa de Rosen, y le dijo: he perdido á mi esposa y no me queda pariente alguno; este hijo es lo único que me resta caro al corazon. Rosen vió atentamente al jóven, notó su yivacidad, le hizo un cumplimiento.

—Ah! murmaró el vizconde, el muchacho ha de parecerse al viejo en cuerpo y alma!

—M. O'Brien estima al conde estraordinariamente, dijo simplemente Jorge Leslie.

—Y sin duda, contestó Enrique, el conde Alberto ha tenido mucho mundo en Paris en 1846?

—Es indudable.

El vizconde respiró forzadamente.

—Es preciso abandonar ese lugar! pensó y dijo para sí mismo.

Jorge se embozó en su capa y dijo:

—Este viento es diabólico.

—Yo me quemo, exclamó Enrique que le asió de la mano; escuchad señor Leslie, no tenemos que ocultar nada el uno para el otro.... sabéis mi historia?

—La tengo en la punta de los dedos.

—Me teneis por miserable, no es eso?

—No por cierto!.... solamente os digo que no debiais haber dejado á Baltimore ántes de arreglar vuestro negocio con Rosen.

Enrique le vió asombrado.

—Ahora bien, dijo Leslie riendo, pansais reñir con mi guaker?.... cuando era yo vuestro vecino, allá al otro lado del rio Gila, he hecho peores cosas que vos puede ser.... qué hay pues en el fondo de todo esto, señor?.... una pequeña copa de oro conquistada y una muger robada? á fé mia que es una bagatela: dos victorias!.... el mal consiste, os lo repito, en que habeis dejado las cosas á medio hacer.... La hermosa dama tiene quien la vengue; y la copa de oro un propietario.... si hubiéseis dado

á un vecino una ocasion semejante, al diablo si el vengador de la dama y el propietario de la copa de oro, no estaria ya al presente bajo seis piés de tierra ó cien barazas en el fondo del mar.

—Si tal es vuestra opinion, señor Jorge Leslie, dijo Enrique que sentia aumentar sus temores en proporcion que el otro se erguia; por qué os habeis unido á Rosen contra mí?

—Porque espero mucho de vos, respondió Leslie sin vacilar.

Oh! dijo el conde; estaba seguro de eso!

Os lo probaré, querido señor, y el gasto será por cuenta vuestra.

Hasta aquí Enrique no habia tomado á lo sério el cinismo del hombre; pero de un golpe el plan de la comedia representada por Leslie, le pareció real y positivo.

En qué estaba el error! en su súbita credulidad ó en su reciente desconfianza?

M. de Villiers se dijo en uno de esos rápidos apercibimientos que vienen á iluminar el cerebro en las horas supremas.

—Este hombre ha conocido á Rosen en América, ha sabido casualmente mi aventu-

ra en la Sierra Nevada y la de Baltimore, ya se ha dicho me enriquecería en este negocio de vida ó de muerte... Rosen partió; él lo ha seguido, Rosen lo ha puesto en relación con ese viejo caballero errante de O'Brien. Cuando este hombre entró ayer en el salón de la marquesa, realmente no me conocía... y comprendo ahora por qué el general con su semblante de duda me ha venido á sentar mi epopeya californiana... he caído de un golpe en la trampa.

Se dió un golpe en la frente encolerizado, y su pensamiento se reasumió por Jorge en esa palabra que pronunció en voz alta.

—Comprendo vuestra conducta, por lo que á vos toca; pero qué miramiento tenía que guardarme el general?

—Es toda una historia, querido señor, replicó Leslie; Rosen no solo quiere la muerte del pecador... es preciso que la hija de Elena sea una rica heredera.

—Explicaos.

—No, ciertamente!... pero os anuncio para hoy la visita de ese buen general O'Brien.

—Preparad bien vuestro raciocinio, porque seré elocuente, deseo que nos circunscribamos aquí á lo que nos concierne á los dos: vos rico y yo pobre... Sería tan indiscreto de preguntaros si amais verdaderamente vuestra nueva futura, la señorita Elena de Boistrudan?

—Antes de esta noche, no sabia yo mismo hasta qué punto me era cara, respondió el vizconde.

—Eso quiere decir que la amais.

—Ciertamente.

—Bravo! exclamó Jorge.

—Y qué os importa?

—He ganado cincuenta mil francos, respondió Jorge.

—Cómo así?

Jorge Leslie fijó el oído, y vió al derredor suyo.

—Oís algo? preguntó Enrique con inquietud.

Antes que Leslie pudiese responder, un sonido ronco y gutural se oyó de la calle de Fentelle.

—Es el viento, dijo Jorge tomando su

postura marcial; mirad hácia abajo, vamos á tener tormenta.

Una gran nube negra subia apresuradamente por el horizonte hácia el nordeste, cubriendo una á una las brillantes estrellas: la noche se hacia mas sombría, el viento venia en rudos torbellinos y mas y mas violento.

—Quereis saber por qué vuestro amor me da una fortuna de cincuenta mil francos? dijo Leslie con un tono de desinteresada alegría; quiero antes daros en un tanto, cuenta de mis impresiones; no soy hombre de mundo, y tengo muy corta vista en un salon.... no obstante, aunque soy miope, entre vuestros elegantes parisienses, ha creido ver..... pero temo heriros, señor vizconde.

—Habeis creido ver?.... repitió éste.

—Temo desagradaros.... he creido ver que la triste Elena no os corresponde como es debido.

—Señor! exclamó Enrique frunciendo el ceño.

—Véamos, dijo Jorge; yo estaba segu-

ro.... os he molestado..... hablemos de negocios, querido señor, puesto que decididamente no me gusta hablar mas que de eso.... En los negocios, por ejemplo, soy un hombre perspicaz, y vais á juzgar por vos mismo: os voy á decir en pocas palabras lo que habeis pensado, y lo que habeis resuelto desde que salísteis del hotel de Boistrudan....

—Cuando os detuvísteis en el terraplen del Puente Real, estábais ébrio; no teníais ni la sombra de una idea.... Vuestro primer cuidado ha sido persuadirnos bien de que no era yo el conde Alberto de Rosen.... parte habia en favor y parte en contra: en lugar vuestro, yo hubiera vacilado mas tiempo que vos.

—He ahí vuestro punto de partida, en el momento que se ha tranquilizado vuestra imaginacion, habeis dicho: si éste no es Rosen, sí es enviado por él; y habeis notado escrupulosamente en los detalles mas insignificantes, los incidentes de esta noche.

De este exámen se saca esta conclusion: el enviado de Rosen no ha sido bastante prudente; su mision ha sido el observar, y

ha hablado; su conducta demuestra que trae una mira personal: mientras yo le escuchaba, con el corazón sobrecogido, la frente fría y húmeda, me ha arrojado extrañas miradas. . . . Su modo de hablar parecía conocido, de manera que me amedrentaba: no hablaba más que para mí; un hombre fiel no hubiera arriesgado tan fácilmente despertarme del insomnio.

La conclusión es: M. Jorge Leslie es un valiente que fácilmente se venderá. . . . no es cierto!

—A pesar de tanta viveza. . . . comenzó á decir el vizconde.

—Sea de otro modo, interrumpió Jorge, M. Leslie es un miserable. . . . efigie de Gil Blas. . . . me va á pedir una cantidad á mano armada!

—Dios mío, señor, dijo el vizconde con desden, no he pensado tanto como eso!

—En verdad que sí, replicó Jorge, habeis pensado aun más todavía. . . . no he concluido. . . . Os habeis dicho á vos mismo: con semejante hombre no hay que vacilar, voy á proponerle que me venda á su amo.

Hizo un movimiento el vizconde, Jorge lo notó, y le dijo:

—Lo negais?

El vizconde continuó en silencio.

—No negais, continuó Jorge, y tenéis razón. . . . pero os asalta un escrúpulo: si él rehusa! . . . esto ya era grave: al rehusar Jorge Leslie, el señor conde de Villiers estaba á su disposición completamente. . . . el señor conde de Villiers ha comprendido esto perfectamente, ha tomado al aventurero Jorge Leslie por el brazo como si fuese su antiguo amigo, y le ha dicho: venid! Lo ha conducido á la altura de Montmartre; hubiere sido mejor sin duda, para las miras del señor vizconde, la sabana mexicana, ó una de las soledades que se encuentran en el camino que conduce del campo de los Cuchillos de Oro al valle, y el señor vizconde tenía donde elegir! . . . Jorge Leslie no lo hubiera seguido allí indudablemente; á las cuatro de la mañana, en invierno, á diez ó doce grados de frío, la cumbre de Montmartre presenta aún abrigo para un desafío. . . una vez allí, M. de Villiers creía convenir mostrar sus dos pistolas y decir: cuánto me

pedís por hacer esto ó aquello!... en el caso, muy probable, de que acepte Jorge Leslie, ningun ser viviente sabrá el pacto... en caso que rehuse, qué sospecha posible puede haber entre el señor vizconde Enrique de Villiers y ese cadáver desconocido que se hubiera encontrado al despuntar el día, enterrado en la nieve?

—Para que es discutir eso, murmuró el vizconde.

—Mi *revolver* ha decidido la cuestion, replicó Leslie; soy de vuestra opinion: la cosa es dudosa aún... mejor seria que no hubiera yo rehusado... hablemos del negocio.

—Os ofrezco cien mil francos, dijo Enrique.

—Bonita negativa... con los cincuenta mil de mas, por el amor que teneis á vuestra futura!... eso hace siete mil quinientos luses, segun estamos acostumbrados á contar....

—Bien.... aunque desearia saber....

—Por qué dais la diferencia? es preciso deciros que Rosen es preocupado como un americano..... pretende el aplicaros ri-

gurosamente la pena del talion: le habeis quitado su fortuna y su esposa.

—El quiere despojarme de mi fortuna y de mi esposa?... esta es una buena nueva.

—Y qué valen los cincuenta mil francos, es cierto?

—Por eso es que os decidió en favor mio, replicó el vizconde; sois hombre para obrar!

—Cuando no puedo estar sosegado.

—Comprendo; me dariais un golpe de mano?

—Puede ser.... pero eso os costaria mucho dinero.

—Insisto en mi pregunta, decidme si os completo á cincuenta mil escudos.

—Enorme suma, querido señor; la igualdad de armas en ese duelo que va tal vez á principiar hoy puede ocurrir.... me compromete á mostraros hoy mismo al conde Alberto de Rosen, vuestro adversario.

—Lo veré sin ser visto? preguntó M. de Villiers.

—Si lo quereis así, así será.

Enrique reflexionó un momento.

—Y por ciento cincuenta mil francos, dijo al fin, no aumentariais algo la suma.

—Vuestra futura, replicó Leslie contando con los dedos, vuestra fortuna, vuestra vida... cincuenta mil francos por cada cosa... es caro!

El vizconde alargó la mano y Leslie recibió, y dijeron á una voz:

—Negocio concluido.

Después de algunos minutos la gran nube negra se hallaba ya en el zenit, la nieve empezaba á caer; la noche habia avanzado y la torre del telégrafo se perdía en la oscuridad.

Al frente de los interlocutores y al lado opuesto de una línea blanquisca que señalaba los últimos derrumbamientos se veía como un inmenso abismo.

—El pesar sucede al placer! dijo Jorge; una palabra antes de separarnos, conocéis al señor duque de Rivas!

—El embajador del Brasil?... mucho... la duquesa es una de las mas hermosa señoras de Paris, con sus blondos cabellos y sus hermosos ojos mexicanos mas negros que el ébano... Rivas se casó en Durango después de haber tenido la misma vida de

aventurero que yo... nos hemos visto á menudo en las cordilleras.

—Qué diversion hay esta noche en casa del duque de Rivas!

—Un baile de máscaras... al que concurrirá todo Paris.

—Cuento con vos para ser presentado á la señora marquesa, vizconde, dijo Jorge; en la embajada de Brasil es donde os presentaré al conde Alberto de Rosen.

Un grande torbellino circundaba á Montmatre en los momentos que nuestros dos compañeros se separaban, la nieve caía en abundancia llevada por un viento furioso; apenas podian andar.

Es muy larga la noche de Navidad, ninguna luz se veía aún en el oriente.

Encontraron por fin salida, y partieron.

—Hasta la noche, dijo el vizconde.

—Hasta la noche repitió Jorge Leslie.. á las doce precisamente estaré en vuestro hotel!

El vizconde se dirigió hácia la iglesia, Jorge al Castillo Rojo.

No habian andado doce pasos en rumbo opuesto cuance ya no se veían.

El huracan confundia completamente el ruido de sus pasos.

Jorge se detuvo, silbó suavemente. Una voz sorda se dejó oír como respondiéndole allá entre la sombra.

—Towah está ahí, dijo.

—Síguele el bulto! le mandó Jorge Leslie.

Towah siguió por el sendero y se colocó á buena distancia.

—Towah lo sigue ya, dijo para sí.

—A alguna distancia, contestó Jorge, Towah se encontrará con Mohican su enemigo.

El indio no pudo contener el dar un grito de salvaje alegría, y desapareció en la noche. Mientras que Jorge le decia:

—Acuérdate que ofreciste el esperar!

XV

MOHICANO

M. Benito Loyn, propietario, habitaba un local pésimo en Montmartre, calle de San Dioniso á poco andar de donde yo vivia.

Aquel pabellon no tenia en su aspecto mas que su longevidad, y sus puertas estaban cerradas con grandes barras de hierro.

Se prolongaba el muro á derecha é izquierda, sucio, mal construido, mostrando en algunas partes la falta de sólidos cimientos, y siguiendo las formas quebradas de la montaña, el recinto del señor Benito Loyn, no dejaba de contribuir en gran parte á este aspecto triste y pobre que tiene la calle de San Dionisio.

El huracan confundia completamente el ruido de sus pasos.

Jorge se detuvo, silbó suavemente. Una voz sorda se dejó oír como respondiéndole allá entre la sombra.

—Towah está ahí, dijo.

—Síguele el bulto! le mandó Jorge Leslie.

Towah siguió por el sendero y se colocó á buena distancia.

—Towah lo sigue ya, dijo para sí.

—A alguna distancia, contestó Jorge, Towah se encontrará con Mohican su enemigo.

El indio no pudo contener el dar un grito de salvaje alegría, y desapareció en la noche. Mientras que Jorge le decia:

—Acuérdate que ofreciste el esperar!

XV

MOHICANO

M. Benito Loyn, propietario, habitaba un local pésimo en Montmartre, calle de San Dioniso á poco andar de donde yo vivia.

Aquel pabellon no tenia en su aspecto mas que su longevidad, y sus puertas estaban cerradas con grandes barras de hierro.

Se prolongaba el muro á derecha é izquierda, sucio, mal construido, mostrando en algunas partes la falta de sólidos cimientos, y siguiendo las formas quebradas de la montaña, el recinto del señor Benito Loyn, no dejaba de contribuir en gran parte á este aspecto triste y pobre que tiene la calle de San Dionisio.

La propiedad de M. Benito Loyn, era prolongada aunque falta de compostura, servia de puente de salida á un gran terreno, plantados en él árboles feos y raquíticos, todo cerrado de puertas para los juegos que los comerciantes parisienses hacen en el verano para disfrutar así un tanto cuanto de los placeres del campo.

Estos terrenos de Montmartre, faltan en los apuntes ultra-realistas de Henri Ommier, y se los recomendamos verdaderamente.

La reunion de propiedades como esta se llama generalmente una villa.

Las del señor Benito Loyn "el propietario" formaban la villa de Bel-Air, bien conocida por los aficionados á los placeres campestres.

Se veian en la villa de Bel-Air, doce ó quince chozas, dos casas de tres pisos, repartidas de manera que cada una podía contener ocho personas dentro, la renta variaba de tres á cinco francos, excepto las habitaciones amuebladas que solian ascender á mil, pero esas estaban amuebladas con el lujo de un palacio.

El inmueble de M. Benito, le producía poco mas ó ménos cinco mil libras de renta, sin incluir en esto su arreglo que hacia con el carnicero, el tendero, panadero etc., y aun con el agnador.

Las habitaciones tenian un jardincito con su prado, tan grande como un velador, y un cenador pequeño, cubierto de enredadera, con sus rejas de madera pintadas de verde, que los separaban de los muros; aquí está uno como en casa, decia M. Benito Loyn cuando enseñaba su propiedad á algun nuevo arrendatario.

Cada choza estaba construida en el centro de un eden microscópico; un barril que enterraba en el suelo, formaba un estanque cuando habia llovido.

Se veia perfectamente desde cada choza la calle del palacio de San Dionisio.

El viento del Norte que mecia las delgadas acacias, habia hecho que esta parte fuese llamado la villa de Bel-Air por lo escogido de la sociedad, que felizmente se reunía allí cada año.

El señor Benito Loyn se ocupaba de sus propios negocios, era á la vez su criado y

ayuda de cámara. Harpagon tenía á Jacques; pero M. Benito mas sabio que Harpagon, no se fiaba sino de sí mismo.

Bajo su verdadero punto de vista, tenía derecho de creer que Harpagon era un viejo desperdiciado.

Por compañero tenía un enorme perro flaco que habia acostumbrado ya á la dosis, bien económica de un panecillo, Mohicano, llamaba así al perro, siempre hambriento; rondaba por el jardin en la noche y valia por diez hombres armados.

Tres veces á la semana M. Benito lo invitaba á comer en la ciudad, es decir, lo tenía una ó dos horas al rededor del rastro de Montmartre; de otro modo Mohicano hubiera muerto ético.

Durante el estío, los jardines estaban cultivados por un pobre de Clignancourt, quien daba cien francos al año á M. Benito para atraerse la clientela de éste: en el invierno, que abandonaban los comerciantes el campo, unos que se iban á la calle de Ours, otros á la de Bandoyer, M. Benito quedaba solo con su perro Mohicano.

Se entretenia durante el mal tiempo en hacer sus invitaciones, anunciando las habitaciones que poseia y reparando el daño que hubiesen hecho los que las habian ocupado recientemente. M. Benito se habia vuelto pintor, tapicero, carpintero, etc., etc.; en Montmartre se le creia muy rico y los vecinos decian que aquello lo hacia por diversion.

Con nadie trataba, y su perro Mohicano mordía á todos.

Esa mañana, M. Benito Loyn, se habia levantado á las cinco en punto, segun su costumbre, era tan madrugador como laborioso. Una pequeña vela de sebo de doce en libra alumbraba su recámara, y aunque era tan pequeña no por eso se dejaba de ver el tapiz sucio y descolorido.

Ya estaba su cama hecha y se habia aseado.

Por lo cruel del frio, dos leños ardian melancólicamente en el fondo de la chimenea, tan alta cuanto larga.

Mohicano dormía con las patas cerca del fuego; M. Benito Loyn habia pensado uti-

lizar los ocios de su perro, pero nunca lo había puesto en práctica.

Un viejo cucú agarrado á la pared, cantó por espacio de un minuto; despues dieron las seis.

Era poco mas ó menos el momento en que Jorge Leslie y el vizconde Enrique se separaba bajo el Telégrafo.

Despues de algunos minutos, el viento sacudia el maderámen, viejo ya, de su habitacion, y se llevaba grandes trozos de nieve.

M. Benito se ocupaba en romper botellas en pedacillos para ponerlos en el plaste de la parte superior de su muro; lo que hacia desde que se levantaba hasta el anochecer, que permanecia sobre la mesa; eran unos bonitos avisos, cuyas viñetas habia pintado él mismo, y que decian en inglés y frances:

#### SE ARRIENDAN

Varias habitaciones, amuebladas ó desamuebladas, en la célebre villa de Bel-Air, llamada comunmente de Montmartre, calle de Saint-Denis número...

PRECIO CÓMODO.

*Hay médico en casa. Se necesitan criado y criada.*

Se puede ver á M. Benito Loyn para arreglar con él las condiciones del arrendamiento. La vista principal cae al lado principal de la montaña de Montmartre."

Viajando, se saben los secretos y los tecnicismos de los idiomas extranjeros. M. Benito tenia certeza en unas cartas políglotas que poseía, para atraer á los viajeros ingleses, que son tan amantes del campo como los mismos franceses.

Los ingleses debian pagar un tercio adelantado, porque M. Benoit era muy buen patriota.

No sabemos qué idea se habrá formado el lector de nuestro hombre, segun el dicho del señor vizconde de Villiers, que habia tenido la honra de tenerlo en su casa de criado y compañero de camino; contaria cuarenta años, su talle, corto y grueso, su boca casi se ocultaba entre sus dos robustas mejillas, y tenia una espresion mista con el jocoso reir de los parisienses que des-

cienden de los normandos, su cabellera, áspera y lustrosa, empezaba á encanecer.

Hubiera sido de mas interesante apariencia, si no le afearan algo el mirar falso que se ocultaba bajo las espesas pestañas que casi cubrian sus párpados.

Llevaba un vestido gris forrado de bayeta, que es el uniforme de los comerciantes en vinos; cerca de él, sobre la mesa, habia un registro abierto en el que se veían algunas columnas de guarismos.

En la lumbre se veía un trasto con sopa, que se calentaba á fuego lento.

Mohicano se hacia sordo, se decia á sí mismo cuando rompía las botellas: este animal no piensa mas que en comer y dormir. . . . seria preciso saber cuánto cuestan las trampas de lobos.

—Jamás saldria del apuro, se interrumpia apoyando contra su mano la cabeza áspera como una almohaza; si hace uno alguna cosa y la da á guardar, hay quiebras, revoluciones, el diantre sabe cuántas cosas: en cambio, no la tiene uno en su casa, no tiene uno que contarla á mañana y tarde; de qué sirve tener algun ahorro, si no lo pue-

de tener consigo? . . . . Pero en cambio, el dinero que guarda uno no le produce nada, es el mas costoso de todos los lujos. . . . Se inventan muchas cosas estúpidas, y no se ha encontrado aún el modo de que fructifique el dinero enterrado!

No dejó de sonreirse.

M. Benito Loyn no era un hombre muy avaro: es costumbre en los antiguos que ponen su pasion en lo que no pueden alcanzar fácilmente; se burlaba de buena fe consigo mismo, y mostraba una grande alegría en sus conversaciones íntimas, que eran su recreo.

—Bah! dijo aguzando un tiesto de botella—me gusta ver mis ahorros! . . . . será estúpidez, pero es mi gusto, aumentaré mi fortuna en los años venideros. . . . sin contar que la edad vendrá en que ya no tendré que comprar, ni buenos cachemires, ni vestidos de olanes; es mejor dejar eso á los templos, pues siempre se halla á precio subido

Al parecer, M. Benito trataba con fineza á las señoras, solamente odiaba á las jóvenes que le obligaban á ser pródigo.

Habreis encontrado por lo menos una vez en vuestra vida la variedad que hay en esos géneos avaros que ocurre á la escesiva economía, aun cuando influye en detrimento de la salud para no sacrificar algo en las dispendiosas tentaciones de la glotonería.

El gran perro flaco á quien Benito habia dado el nombre de *Mohicano* á fin de recordar sus viajes y aventuras, se esperezó en este momento y entreabrió sus ojos en que aún pesaba el sueño.

— Y bien, haragan! dijo Benito, qué hay de raro en eso! . . . No oyes pasos en la calle, son las seis dadas, querido.

Mohicano se levantó lentamente y se estiró, despues se apoyó bien, y estiró sus largas piernas dando un ahullido.

Benito palideció.

Por lo que tarde, murmuró, aun habria una hora para ensayar el defenderse de un golpe malo.

XVI.

MOHICANO.—CONTINUA.

Tocaron bruscamente á la puerta.

Corrió á su bureau donde habia dos pistolas y se las echó al bolsillo; tomó tambien su fusil de guardia nacional que estaba contra el muro.

Mohicano olfateaba y tenia los ojos encendidos.

Tocaron segunda vez, y mas fuerte aún que la primera. Benito montó una de sus pistolas. . . . Sus manos temblaban.

Este hombre habia, á menudo, desafiado á la muerte, pero el soldado intrépido que

Habreis encontrado por lo menos una vez en vuestra vida la variedad que hay en esos géneos avaros que ocurre á la escesiva economía, aun cuando influye en detrimento de la salud para no sacrificar algo en las dispendiosas tentaciones de la glotonería.

El gran perro flaco á quien Benito habia dado el nombre de *Mohicano* á fin de recordar sus viajes y aventuras, se esperezó en este momento y entreabrió sus ojos en que aún pesaba el sueño.

— Y bien, haragan! dijo Benito, qué hay de raro en eso! . . . No oyes pasos en la calle, son las seis dadas, querido.

Mohicano se levantó lentamente y se estiró, despues se apoyó bien, y estiró sus largas piernas dando un ahullido.

Benito palideció.

Por lo que tarde, murmuró, aun habria una hora para ensayar el defenderse de un golpe malo.

XVI.

MOHICANO.—CONTINUA.

Tocaron bruscamente á la puerta.

Corrió á su bureau donde habia dos pistolas y se las echó al bolsillo; tomó tambien su fusil de guardia nacional que estaba contra el muro.

Mohicano olfateaba y tenia los ojos encendidos.

Tocaron segunda vez, y mas fuerte aún que la primera. Benito montó una de sus pistolas. . . . Sus manos temblaban.

Este hombre habia, á menudo, desafiado á la muerte, pero el soldado intrépido que

no le habia temido cien veces en el campo de batalla mirándola bien cerca, se vuelve tímido cuando se ve que es el único defensor de una madre ó de una esposa.

Benito no tenia ni uno ni otro, todo lo que sabemos es que no habia puesto en salvo su dinero.

—Benito! Benito! gritó una voz por la arte de afuera; despiertos, y abrid.

El perro *Mohicano* metió el rabo entre las piernas, se recostó con cuidado de no hacer ruido. La fisonomía de Benito cambió enteramente.

Entretanto vacilaba, veía al perro con suma atencion.

—Estás seguro de que sea él? preguntó á Mohicano.

Mohicano bajó las orejas y meneó la cola.

—Qué diablos vendrá á hacer á estas horas!.... baluceó Benito dirigiéndose á la puerta.

—Aquí, Mohicano, interrumpió Benito; si te has engañado, á tí te toca el primero.

M. Benito abrió la puerta de su recámara. Hizo pasar primero al perro. La puer-

ta de la calle caía sobre una pequeña meseta, precedida de tres escalones.

—Abrid, Benito, decia la voz de afuera.

—Sois vos, señor vizconde? preguntó el propietario—por vía de precaucion.

—Soy yo.... hace ya diez minutos que estoy llamando.

Benito recorrió un gran cerrojo de hierro, otros dos mas pequeños, y dió vuelta á la llave de una cerradura bien doble.

Se entreabrió la puerta, y un torbellino de nieve vino á darle en la cara.

—No venís solo? dijo Benito cuando el vizconde hubo ya entrado.

—Sin duda que sí, replicó éste.

—Estoy cierto de haber visto una sombra gigantesca á vuestra espalda..... Oíd á Mohicano.

Mohicano ladraba, y trataba en vano de salir fuera de la puerta.

—Despertais los dos á la vez, exclamó el vizconde. no puede haber nadie á estas horas en todo Montmartre.

Sacudió su capa que estaba cubierta de nieve, y entró. Benito le siguió.

Tomó el vizconde dos leños con media docena de astillas, y reanimó el fuego.

—Estais en casa, murmuró Benito.

El vizconde se recostó en el único sillón que habia en la pieza bastante sucio por cierto, y que estaba en un rincón. Se limpió la frente.

Entonces, solo Benito percibió que estaba pálido como un muerto, y atacado de un calosfrio convulsivo.

—Qué teneis? preguntó aquel, os ha sobrevenido alguna desgracia?

El vizconde no respondió, sus ojos permanecian fijos, su fisonomía demostraba una verdadera descompostura.

Habrá jugado en la Bolsa! pensó Benito herido de un rayo de luz, y dijo en seguida:

—Hubiera ido hoy á vuestra casa mi buen señor de Villiers, sin tener la honra de vuestra visita.... puedo decirlo esto.... queria pedirlo prestado algún dinero, pues sé que no rehusaríais este favor á un antiguo servidor vuestro cuando tiene necesidad.

—Vos teneis necesidad Benito? replicó el vizconde viéndole á la cara.

—Lo malo de los tiempos.... balbuceó, y una mala especulacion.

—Hablaremos otra vez de eso, dijo el vizconde que volvió á caer en su insomnio.

—No necesito dinero! se decia Benito, tanto mejor! pero entonces, qué quereis de mí?

Mohicano atravesó la recámará apresuradamente, y vino violentamente á encontrarse en la escalera que conducia al jardín.

—Dónde está mi viejo? dónde estás? preguntó Benito.

Mohicano gruñó fuertemente.

—Apostaria mi cabeza á que hay alguno en el parque, exclamó Benito.

El vizconde alzó los hombros.

—Tomó la calle de la Fontenelle para descender por la Barrera Rochechouart, dijo.

—Quién?

—M. Jorge Leslie.

—Quién ese señor Jorge Leslie?

Los ahullidos furiosos del perro, no dejaban oír la respuesta de Enrique.

—Estaba vestido de gris vuestro señor Jorge Leslie? preguntó Benito.

—No; de negro.

—Entonces no es el que yo he visto.

—Bien hecho! continuó, hablando consigo mismo, he tardado mucho en aguzar los pedazos de botellas.

—Soy muy feliz al saber que necesitais dinero, Benito, dijo en seguida el vizconde, que fijó sus ojos en él. Soy rico.... muy rico.... mis fondos se han aumentado.

—Solo yo, dijo suspirando Benito; solo yo soy desgraciado.

Se aproximó á Enrique, y añadió:

—Teneis algun negocio de que hablarme?

—Sí, respondió el vizconde.

Los ladridos de Mohicano eran ya tan fuertes, que impedían el poderse oír uno á otro.

Benito se calló un instante, luego dijo:

—Tanto peor para el ladron!.... se encontrará mañana un hombre muerto en el jardin.... haré mi declaracion.... eso servirá de ejemplo á los demas!

Tomó á Mohicano del collar y pasó á la pieza inmediata, que tenia una salida próxima al patio; éste estaba separado del jardin

por un muro de seis piés de altura; el prudente Benito no se esponia absolutamente saliendo por allí: soltó al perro, y le dijo: valor, cuidado!

Antes que Benito hubiese cerrado la puerta, el perro habia ya saltado sobre el techo de su casucha, y de allí á traves del muro.

Ya dió cuenta! pensó Benito al entrar en su recámara.

Se oyeron dos ó tres furiosos gruñidos, y luego todo quedó en silencio.

—Bien! dijo Benito; podemos hablar... nada os puedo ofrecer, porque nada poseo.. me permitís tomar algun refrigerio?

—Dadme un poco de vino, contestó el vizconde.

Se dirigió á abrir una alacena, buscó algun tiempo, y al fin encontró una botella; la llevó al vizconde con un vaso; Enrique bebió lo que habia de un trago.

Se enrojeció; era la reaccion del frio que acababa de efectuarse.

Se quitó el capote, y apareció á los ojos de su compañero en traje de cazador de castores, con toda la elegancia de un cortesano.

— Estos sastres deben hacer fortuna, pensó para sí Benito.

— Vos siempre teneis vuestro aire de resolution... y estais pronto á todo? preguntó bruscamente el vizconde.

Benito llevaba la primera cucharada del potaje á su boca.

No lo tragaba aún.

— Eh! eh! dijo; eso depende de las circunstancias... si el negocio es seguro... pero, mirad, cuando se está en guardia... en dos palabras, hay peligro?

— Mucho! contestó Enrique.

— Entonces, estoy á vuestras órdenes! dijo Benito, poniéndose á cenar con gran apetito; de antemano renuncio.

— Y yo no admito la renuncia, mi querido Benito, repuso el vizconde; cuánto habeis traído con vos poco mas ó menos.

— Bien poco, replicó el propietario.

— Desde que dejamos el Mississipi, cuya agua pusisteis en botellas, hasta nuestra partida de América, interrumpió el vizconde, habeis constantemente adelantado... Vuestra especulacion en la cancellería del

corregidor ha sido buena... Debeis estar rico... Os diré de paso que soy mas rico que vos... Desde la reapertura de la Bolsa en 1848 tengo la alza: equivale esto á decir que he hecho grandes beneficios; los antiguos dominios de mi familia han sido rescatados é íntegramente pagados... poseo, ademas, capitales disponibles; pero á la hora en que os hablo, estoy amenazado de muerte súbita.

— Odo! dijo Benito que creyó no haber entendido bien.

— Estoy amenazado de muerte súbita, repitió Enrique.

— Cómo lo sabeis?

— El corregidor está en Paris.

Sorprendido Benito, soltó la cuchara.

— En Paris! balbuceó; el corregidor! Pero, añadió, el corregidor tardará mucho en encontrar al aventurero Eduardo de Montroy.

— El corregidor sabe mi verdadero nombre, dijo el vizconde: no creía prudente antes de partir, comunicarte este secreto, y por eso el corregidor me ha hablado por mi verdadero nombre.

Contó en un momento la historia del cambio de firmas.

—Y quién puede haberle informado tan exactamente? murmuró Benito.

—En todo esto existe una casualidad verdaderamente infernal.... te acuerdas de nuestra expedición á Sonora?

—Pues no me he de acordar.

—Te acuerdas de aquella noche de carnaval que pasamos en Arizpe, al otro lado del río Gila?

—Qué hermoso pelo tienen las señoritas de ese lugar!.... qué bellos ojos!.... Válgame Dios!.... cuán bien me acuerdo!

Los ojos de M. Benito se enrojecieron como si fueran dos carbunclos.

—El marques de Concha, que es ahora duque de Rivas, replicó Enrique, me ha reconocido, y ha pronunciado mi nombre.

—Y bien?

—Mi verdadero nombre de Enrique de Villiers.

—Y bien?

Había allí cien mugeres enmascaradas... entre otras esa admirable criatura, vestida

en traje de *mano*, la de Cádiz cuyas trenzas de ébano llegaban casi hasta el suelo.

—La hija de un alcalde?

—La hija del alcalde de San Felipe... no se quitó la máscara.... pero estaba asida del brazo de Rivas cuando él me llamó por mi nombre.... y poco después, el diseño de la casa me llamó, el general Nuñez me saludó bajo el nombre de Eduardo de Montroy... la manola fijó la atención en mí.

—Cuándo fué eso?.... dijo Benito.

—Cuando encontramos al corregidor tendido en una camilla y la cara cubierta con un velo, allá abajo al pié del Golden-Dagger.... y sabéis dónde le conducían los vecinos?

—No; todo lo que sé, es que el jefe de los Cuchillos de Oro tenía mas de doscientos mil pesos en su caja.... y que mi amiga Lile, la esposa de Panie, tenía también unos ojos muy hermosos.

—Bien pronto hablaremos de Panie y de su esposa; dijo en voz baja Enrique; es preciso que antes sepas á dónde llevaban los vecinos al corregidor.

—Ya os escucho.

—Lo llevaban á San Felipe, donde estuvo preso mas de un año; todos los dias lo visitaba la manola de Arispe; la señora Carmen que se habia apasionado de él.

—Diablo! diablo! dijo Benito; pero eso no impide, en suma, que el corregidor no esté ciego.

—Ha recobrado ya la vista.

—Peste! peste!.... esto pone feo el negocio, cómo os deshareis de esa fiera, mi pobre señor vizconde?

—Hé confiado en tí.

—En mí.... para pelear en lugar nuestro?

—Para ayudarme á deshacerme del corregidor.

Benito se puso en pié.

—Soy todo vuestro, dijo, vuestro de todo corazon, he tenido la fortuna de romper la cabeza de un indio allá en Baltimore.... y sin temor, es un gran servicio el que os he prestado... ahora duermo tranquilo... que loco seria yo si volviera á empezar ese juego.

—Siéntate! mandó Enrique.

—Os place? querria decir Benito que era hombre de dar consejo á su antiguo amo.

—Oh aún mas, repuso el vizconde, abre esta puerta y llama á tu perro Mohicano.

—Es cierto, contestó el propietario con voz conmovida; Mohicano no ha vuelto!

—Llámale

Abrió Benito la puerta: la luz del dia se aumentaba yá; Benito silbó.

La nieve caia en grandes copos.

Mohicano no vino.

—Tay, viejo, dijo Benito; tay! tay! tay!

Entró pálido, quiso volver á salir para llamar aún.

—Es bastante, dijo el vizconde, tu perro no te responderá.

—Por qué!

—Porque ha muerto.

—Muerto!.... cómo lo sabeis?

—Lo adivino.

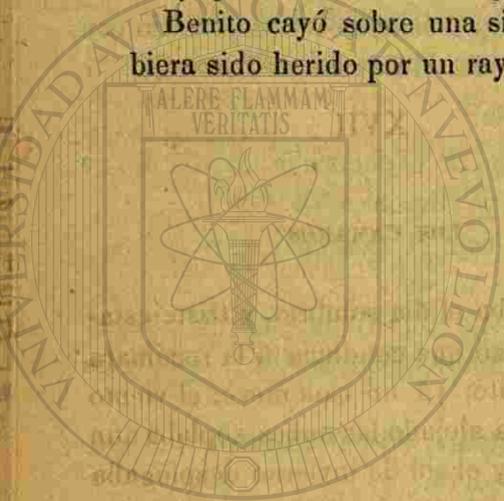
—Y quién puede haberlo matado?

—Towah el Panie, respondió Enrique levantándose á su vez.

Benito dió un paso atrás. Sus dientes crugieron.

— Towah á quien en realidad no diste muerte allá con la maza, siguió el vizconde, Towah que ha venido con el corregidor á Paris. . . . Towah que te ha seguido el rastro y que ahora está en tu propio jardin.

Benito cayó sobre una silla como si hubiera sido herido por un rayo.



## XVII

### LOS CAMAROS

Despuntaba el día sombrío, y triste estaba el pasadizo que conducía á la recámara de M. Benito; ya no caía nieve: el viento que había ya alejado las nubes, soplaba aún con fuerza, y el sol de invierno desplegaba sus rayos sobre las desunidas copas de los árboles.

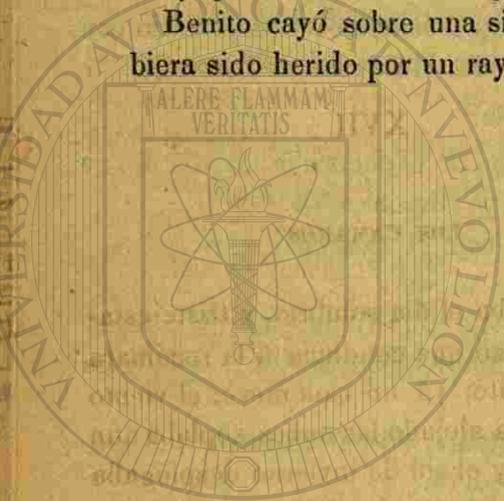
M. Benito estaba tan aturdido, que había dejado la vela encendida sobre la mesa.

Por el contrario, el vizconde Enrique de Villiers manifestaba estar ménos abatido.

No se puede negar esto, sin tratar de realzar la especie humana, que la mayoría de los hombres encuentran una especie de

— Towah á quien en realidad no diste muerte allá con la maza, siguió el vizconde, Towah que ha venido con el corregidor á Paris. . . . Towah que te ha seguido el rastro y que ahora está en tu propio jardin.

Benito cayó sobre una silla como si hubiera sido herido por un rayo.



## XVII

### LOS CAMAROS

Despuntaba el día sombrío, y triste estaba el pasadizo que conducía á la recámara de M. Benito; ya no caía nieve: el viento que había ya alejado las nubes, soplaba aún con fuerza, y el sol de invierno desplegaba sus rayos sobre las desunidas copas de los árboles.

M. Benito estaba tan aturdido, que había dejado la vela encendida sobre la mesa.

Por el contrario, el vizconde Enrique de Villiers manifestaba estar ménos abatido.

No se puede negar esto, sin tratar de realzar la especie humana, que la mayoría de los hombres encuentran una especie de

consuelo egoísta al ver que de su desgracia participa otro.

La angustia de Benito, consolaba en parte al vizconde.

Los poetas que nos han descrito el infierno, nos lo han pintado horrible; causaría mas horror que el infierno de los poetas, el celular ó la tortura que pesaría sobre el condenado, al mismo tiempo que la soledad absoluta.

Un horror aún mas profundo habría, que el condenado sumergido en la eternidad de su tormento, estuviese forzado á contemplar la eterna felicidad de los predestinados.

El vizconde habia cambiado de postura, puestos los piés sobre el morillo de hogar, las manos cruzadas sobre su pecho, y acababa de encender un cigarro.

Benito permanecía aturdido, el día terrible solamente le hacia cambiar de fisonomía. De tiempo en tiempo, volvía el rostro con espanto hácia los pasadizos.

—Vamos, reponeos, Benito, querido amigo; dijo finalmente el vizconde; no es negocio de la mañana, ya conocéis á estos diablos de salvajes; en Paris como en su pro-

pia tierra, no hacen nada si no es durante la noche.

—Teneis razon! exclamó el propietario, tenemos todo el día para hacerle prender.

El vizconde soltó una carcajada.

—Ciertamente, replicó; no es difícil el describir su porte; pero podeis creer que Towah se haya puesto en salvo en la posada donde tenga su habitacion.

Benito se entristeció nuevamente.

—Si aun nos quedaran una ó dos semanas, continuó el vizconde y que llegáramos á saber dónde esta baposado Towah, caería éste infaliblemente en nuestras manos. No se puede fácilmente ocultar en los alrededores de Paris un salvaje, sin que la policía le llegue á descubrir; pero quién sabe lo que ocurrirá aquí esta noche?

—Yo no dormiré aquí dijo Benito, estrecciéndose de la cabeza á los piés.

—Será muy prudente esa medida. ®

Pero Benito habia cambiado de opinion, puesto que tenia cierto agujero hecho en la pared, tras de su alcoba un gran cesto muy forrado que no podia llevar consigo y que

no queria, ni aun á costa de su vida, dejar sin que hubiera quien le cuidara.

—O si no, dijo con precipitacion, llenaré la casa de policías y tambien el jardin.... traeré unos cuantos gendarmes.... aun cuando tenga que pasarles diez francos á cada uno.

—Eso sí es bueno, dijo el vizconde volviéndose hácia él; pero eso no es posible.

—Por qué!

—Porque me opongo yo.

Se vieron uno á otro.

Los ojos de Benito casi desaparecian bajo lo espeso de sus pestañas.

—Quereis entonces comprometerme en servicio vuestro, dijo.

—Estoy comprometido yo mismo, replicó el vizconde con frialdad, no nos queda ni la eleccion ni medios; vuestros negocios están ligados con los míos ¡hijo mio! y ni la policia ni la justicia, deben mezclarse en nuestros asuntos.

—Entonces, quién puede hacer públicas nuestras antiguas relaciones? objetó Benito.

—Muy fácilmente.... porque he contado

yo mismo delante de sesenta personas nuestro encuentro y lo que se ha sucedido.

—Qué imprudencia!

El vizconde suspiró y dijo.

—No es la única que he cometido esta noche.

—Habeis hecho lo que habeis querido! exclamó Benito encendiéndose en cólera; yo haré lo que me plazca.... No es el proceso el que temo.... os pregunto, qué el indio me va á llamar ante los tribunales!

—Puede suceder, respondió el vizconde.

Benito alzó los hombros.

—Si no lo hace él, prosigió Enrique, al ménos el corregidor.

—Y cómo podré rendir las pruebas?

—Esta noche, interrumpió el vizconde, ante sesenta personas he dado mi amplia aprobacion toda entera, á un hombre que decia: el francés Eduardo y su criado Mohicano eran dos ladrones y dos infames.

Benito le arrojó una mirada de indignacion.

—Pues qué estabais borracho ó loco esta noche? dijo él.

—Oidme con cuidado amigo, Benito, dijo

marcando el acento el vizconde; aún no se ha perdido la batalla; pero no os salvaréis sino conmigo y por mí. . . . si quereis esplicacion os la daré: esta noche, en el hotel de Boistrudan, me he encontrado cara á cara de un hombre que sabe todos nuestros secretos.

—Todos! . . . repitió el propietario con susto; qué, hasta el corregidor!

—Del pronto lo he creído. . . . este hombre ha pronunciado con gran sagacidad algo de la manía de mi futura suegra, siempre ávida por aventuras é impresiones de viaje, lo ha contado con tales pormenores, que verdaderamente conmueven; este episodio de nuestra Odisea, que tuvo por teatro el campamento de los Cachillos de Oro. . . . Acababa justamente de mostrar mi cuchillo de oro, y de contar no sé qué anécdota: nuestra merienda en la casa del irlandés de la montaña. . . . durante su narracion, que ha durado una hora entera—y como la hora se me hiciera un siglo—este hombre no quitó la vista de mí. . . . sentí que me tenia ligado completamente. . . . pero como me atacaba directamente, no me

vino la idea de que queria demostrar su saber, y por darle por su lado le he dado mi testimonio, sin reserva, á todos los hechos que narró.

—Qué imprudencia,! dijo segunda vez Benito.

—No podia evitarme de otro modo el golpe de maza que podia arrojarme de uno á otro momento. . . . Allí estaba Elena. . . . He debido decir—tan terribles eran para mí las circunstancias—que sabia yo el verdadero nombre de los aventureros, y que. . .

—Y qué! . . . contestó Benito.

—Y para qué ocultarlo? añadió Enrique, despues de un pequeño intervalo de silencio, he prometido ya á la marquesa el revelárselos.

—Concluid! interrumpió Benito con aire sombrío.

—Este hombre lo sabia todo, como constaba de su narracion que acababa de hacer. . . . este hombre hubiera podido señalarme, y decir: hé ahí al que os ha robado, he ahí al que ha abandonado á una madre en la agonía, he ahí al que ha huido ante el que trataba de vengarla!

—Segun esto, si es cierto que habeis hecho todo eso, murmuró el propietario aturdido; no teneis mal peso sobre vuestra conciencia.

El vizconde continuó tranquilamente:

—Finalmente, este hombre era esta noche del conde Alberto de Rosen, y debia servirse de él para reconocerme. . . . lo he comprado con ciento cincuenta mil francos... al contado.

—Cielos! dijo suspirando Benito; está pagado!

Sonrió el vizconde, y contestó:

—Aun no. . . . es preciso que me deje ver ántes al conde Alberto de Rosen.

—Y cuando háyais conocido al conde Alberto de Rosen? . . . preguntó Benito.

Enrique de Villiers no contestó luego. Arrojó su cigarro al fuego, y cruzó en seguida sus piernas una sobre otra.

—M. Benito, durante nuestros largos paseos por la pradera, me habeis contado algunas particularidades de vuestra juventud. . . . me han interesado vivamente, y su recuerdo lo tengo grabado fielmente en mi memoria. Antes de que fuéseis paje mio,

habeis sido trapero; ántes de haber sido trapero, érais criado; ántes de haber sido criado érais . . . .

—Y á qué recordar todo esto? interrumpió el propietario.

—Dispensadme! . . . . habeis tenido la idea de poner una guardia en vuestra casa: la idea no puede ser mas feliz, y yo la apruebo. . . . . pero no deberiamos dirigirnos ni á los gendarmes ni á los alguaciles de la ciudad.

Benito estaba pálido.

—No! no! exclamó él, que comenzaba á comprender, esto hubiera sido bueno cuando nada tenia, cuando no poseía ni un solo centavo. . . . . al fin han perdido mis huellas. . . . . lo cual es una fortuna que no daria por mil escudos.

El vizconde se levantó, y poniéndose el sobretodo, se lo abotonó, como un hombre que se prepara á marchar.

—Me dejais solo! le dijo Benito.

—No os vais á quedar aquí, replicó el vizconde: teneis ya vuestra tarea para hoy... esta noche necesito cuatro valientes *escogidos*, que se encuentren á la puerta del em-

bajador del Brasil..... Tomareis otra docena de ellos para que os guarden, si así lo quereis..... que yo seré quien haga el gasto de todo....

—Pero señor, ya os dije.....

—Vamos, querido, habeis hablado con demasiada ligereza.... os lo repito, no podemos elegir.... Con vuestro gusto ó sin él, vais á restablecer antiguas relaciones con estos señores.... y ellos y vos disfrutaráis los cincuenta mil escudos que tenia ofrecidos al bueno de M. Jorge Leslie.

—Y quién es éste?

—El hombre del secreto.

Enrique se ponía sus guantes, Benito exclamaba:

Por ventura se trataría de.....?

—De hacerlo desaparecer, concluyó el vizconde con la mas espantosa sangre fria; á él y á otros.

—Cuáles otros?

—A Towah por cuenta vuestra.

—Y además!

—A Rosen, por la mia.

—Tres hombres!

—Acaso cuatro, contestó Enrique.

El nombre del general O'Brien se hallaba en sus labios; pero no salió de ellos.

—Mas dónde diablos podré ahora encontrar todos esos pícaros? murmuró Benito, seriamente embarazado.

La idea de evitar el contacto de los agentes públicos, lisonjeaba singularmente su repugnancia secreta, que no reconocia por única causa su capricho.

Por otra parte, el deslumbrante ofrecimiento del vizconde, estimulaba violentamente su codicia.

Pero un hombre ya establecido! introducirse voluntariamente en esos inmundos garritos, donde pululan los prófugos de los presidios!

—A las seis estaré en casa, dijo Enrique, dirigiéndose hácia la puerta de la calle. A las seis sabré probablemente si son tres ó cuatro....

—En suma, interrumpió Benito, que se iba familiarizando ya con la idea del negocio; cuánto tendremos por los tres?....

—Lo dicho, exclamó Enrique; yo amo á esos alegres pillastros.... Y además de

los cincuenta mil escudos, yo te prometo un buen regalo para el día de mi boda.

—Mirad qué cosa tan particular! contestó Benito; aun teneis la fortuna de.... de que estas damas de Boistrudan, no hayan recibido ni una sola carta de los Talbot desde...

El vizconde se sonrió.

—Tú que hacías tan hábiles jugadas en el ecarté, replicó, no adivinas!

—Qué habeis hecho desaparecer esas cartas?

Enrique llevó la mano al picaporte de la puerta; pero en seguida cambió de idea.

—Creo, le dice, que el jardín tiene por atras una salida?

—Que dá á la calle de San Juan, respondió Benito.

—Toma la llave, y condúceme.

El propietario obedeció. Se alegró de encontrar un compañero para entrar en su parque, y llamar á Mohicano; porque él conservaba una vaga esperanza.

Mohicano, este guardian terrible, muerto por un solo hombre, sin que hubiese podido dar ni un débil ahullido de dolor! le parecia

esto, juzgando lógicamente, un suceso inverosímil.

Pasaron los dos al comedor, cuya puerta-ventana daba al jardín.

Desde los umbrales donde Benito se detuvo; dirigió una investigadora mirada á su derredor.

Todo estaba inmóvil y silencioso.

A primera vista no se notaba ninguna señal sobre el blanco tapiz de la nieve.

—Chu, viejo! chu Mohicano! chu... chu... chu!

—Si os ha oído llamar al perro Mohicano; dijo Enrique, debe haberse reído al estrangularlo.... El indio se ha apoderado de la pieza pequeña ántes de tomarse la grande.

—Pero por dónde entraria? murmuró Benito; por dónde saldría?... su paso hubiera dejado algunas huellas.

—Qué es aquello? preguntó el vizconde. Su dedo señalaba una pequeña eminencia en el centro de un camellon de verdura, situado frente de la puerta-ventana.

—Yo no sé, balbuceó, Benito palideciendo.

—Esto debe ser la tumba del pobre Mochicano, dijo el vizconde.

Benito se precipitó á ese lugar, y comenzó con ambas manos á separar la nieve.

El pelo amarillento del perro apareció bien pronto bajo de ella.

Benito se enderezó.

A pesar del frio que hacia, su frente estaba bañada de sudor.

No era la idea de su perro muerto la que lo preocupaba.

—Allí estaba, murmuró en voz baja, á veinte pasos de mi ventana..... podía verme!

Un temblor agitaba todos sus miembros.

—Vamos, querido mio, dijo Enrique, ya no podeis dudar.... Esta noche tendréis gente aquí, y tomaréis la precaucion de cubrir vuestras puertas.... no olvideis que os aguardo á las seis....

—Hasta la vista!

Atravesaron el jardin; Benito abrió la puerta.

El vizconde salió.

Ya en la calle de San Juan, dirigió á derecha é izquierda una cautelosa mirada.

La calle estaba desierta; el vizconde le vantó el cuello de su sobretodo para mejor ocultar su rostro.

En lugar de entrar Benito, cerró con llave por fuera la puerta del jardin.

—Comprendo dijo, Enrique, tenemos decididamente miedo.... y no queremos permanecer allá dentro enteramente solos.... y además, vamos á desempeñar nuestra... tarea tantomejor....

Comenzó á andar á pasos precipitados hácia la calle de Sansasier, para llegar á la barrera de Montmartre.

Benito sacó de su bolsa una montera de lana y se cubrió con ella la cabeza. Partió con el vestido que tenia dentro de casa: una grosera chupa, pantalon de pié y unos grandes, zuecos forrados de piel de carnero. Torció la calle de San Dionisio para descender á la llanura.

—Con frecuencia he hecho grandes rodeos, para no pasar por delante de la taberna del Padre Soulas, en donde se reunian las ontiguos camaradas.... temia ser reconocido.... Ahora es necesario quevua-

ya á allá para tomar un refrigerio que me conforte el corazon!

Veinte minutos despues entraba en una pequeña taberna, situada fuera de las fortificaciones, sobre el prolongamiento de la calle Poissonniers.

Habia en ella muchos que fumaban y bebían.

La llegada de Benito, hizo callar á todo el mundo.

—Un vaso de room, dijo sentándose solo delante de una mesa.

Y cuando hubo acabado de beber.

No veo bien, camaradas, continuó: si yó hubiera traido mis anteojos, estoy seguro de encontrarme algunos antiguos compañeros entre vosotros.

Todos lo miraban con una desconfianza que iba aumentando por grados.

El hombre que le habia servido la botella, no era el padre Soulas; Benito preguntó por él.

—Se ha ido, le respondieron con sequedad.

—Por cuánto tiempo?

—En *mis penado eterno* (condenado por vida) replicó el tabernero.

—Tanto peor para él.... y Janet Duriens, está aquí?

—Janet Duriens se halla en el mismo estado.

—Es posible!.... y el Amolador?

—Presente! dijo una voz estentórea en el fondo de la sala.

Y al mismo tiempo un guapo mozo desrengado, vestido con un paletó color de avellana, abotonado hasta la garganta, pero no de tal manera que pudiese ocultar la falta de camisa, salió de entre el grupo y vino á colocarse delante de Benito.

—Qué le quieres al amolador? añadió con un tono áspero.

—Un vaso! gritó Benito.

Su mirada se dirigió hácia la puerta. Dos ó tres pillos, de caras ultra-patibularias, interceptaban el paso.

—Eso es, exclamó Benito, no dejeis entrar á nadie.

—Ni salir, añadió el amolador, con tono significativo.

Benito llenó los dos vasos, y ofreció uno al bandido, diciéndole:

—Ciertamente que no te hubiera reconocido, mi viejo.

El Amolador empujó el vaso.

—Yo no bebo, sino con los amigos, respondió orgullosamente, yo no te he visto nunca.

—Buena está esa! exclamó Benito, que se quitó al mismo tiempo su montera; acércate á verme.

Le dijo algunas palabras al oído.

—Sal y pimienta! exclamó el amolador dando un paso atrás. . . . eh! es Lampion á quien llamaban Sal y pimienta, dijo Belliquiard. . . .

Tomó el vaso en seguida, y lo vació de un sorbo.

Los concurrentes á la taberna, que eran unos pillastros muy jóvenes para poder acordarse de Lampion, conocido por Sal y Pimienta, continuaron charlando y bebiendo.

Media docena de los veteranos se acercaron y rodearon á Benito, que pidió cuatro litros á la vez, y que prosiguió, después

de haber cambiado algunos apretones de manos á su alrededor:

—Sois rentistas en la actualidad?

—Algo nos falta!

—Y qué tal va la obra?

—No muy buena.

—Y cuánto valeis?

—No muy caro!

—Vasos para todo el mundo, y charlemos.

Nos permitirá el lector que omitamos el lenguaje de los interlocutores de esta escena, que procuraremos también abreviar cuanto sea posible.

Se charló mucho.

Benito eligió cuatro parejas de los mas listos, y los ofreció dos mil francos á cada uno, por cuatro hombres á quienes habia que despachar. Benito no se reservaba para sí, como se ve, sino ciento treinta y cuatro mil francos de la cantidad ofrecida por el vizconde. El lo hacia como hombre honrado.

El amolador y sus compañeros se hubieran arreglado por la mitad de la suma y aun por ménos.

Benito fué conducido en triunfo representando un papel importantísimo.

Después dió las señas de su casa y se retiró diciéndoles:

—Esta tarde, á las cinco.

En el momento en que Benito habia entrado á la taberna del Padre Soulas, la respetable compañía se ocupaba de otro negocio importante; he aquí de qué se trataba:

El Amolador habia descubierto en Monmartre una casa habitada por un hombre solo, y que tenia por único compañero un perro.

El perro no era un enemigo que debia despreciarse, pero se podia arreglarse con él.

El hombre dormia, dormia al abrigo de excelentes barricadas, y estaba perfectamente armado, pero tenia en su casa sus economías; era un avaro.

Un verdadero forastero!

La casa se llama la Villa de Belatio; y el hombre era conocido con el nombre de M. Benito.

Cuando Benito estuvo fuera de la taberna, después de haber dejado las señas de

su casa, todos los bandidos se miraron absortos.

En seguida el Amolador comenzó á bailar la *Cachucha* al derredor de la mesa, y todos los demas miembros de tan digna asociacion lo imitaron agarrándose de las manos, y formando una rueda que en sus brincos levantaron una nube de polvo en la sala de la taberna.

En este momento, el vizconde de Villiers que habia tomado un fiacre en la barrera, se apeaba en el patio de su Hotel.

Su ayuda de cámara le dice:

Dos señores aguardan al señor vizconde en el salon.

—¿Y se llaman?

—No han querido darme sus nombres... uno de ellos me ha asegurado que el señor vizconde le habia citado.

Enrique se quitó el sombrero y entró en el salon.

Dos personas, en efecto, se hallaban en él, sentadas cerca de la chimenea.

Se levantaron á la llegada de Enrique, el uno era el general O'Brien.

—Perdonadme, vizconde, que haya quebrantado la consigna, dijo acercándose con la mano tendida y la sonrisa en los labios.

—Qué me procura el placer?.... respondió M. de Villiers.

—Vamos á hablar de ello, querido mio, replicó el viejo general; pero ante todo, permitidme que os presente á M. Lemesle.

M. Lemesle, jóven de treinta años, vestido enteramente de negro, saludó por tres veces con aire digno.

M. Lemesle es notario, añadió el general volviendo á tomar su asiento cerca de la chimenea, vamos al momento á tener necesidad de sus servicios.

XVII

EL GENERAL O'BRIEN.

El vizconde Enrique de Villiers saludó al notario á su vez.

El viejo general dobló la *Independencia Belga*, que estaba disponiéndose á leer, y la metió en su bolsa.

—Os hubiera aguardado aquí hasta mañana, dijo.

—Me alegro mucho de haber vuelto, replicó M. de Villiers que logró sonreír; pero, puedo saber?....

—Sin duda, sin duda.... os hubiera aguardado á pié firme, porque es absoluta-

—Perdonadme, vizconde, que haya quebrantado la consigna, dijo acercándose con la mano tendida y la sonrisa en los labios.

—Qué me procura el placer?.... respondió M. de Villiers.

—Vamos á hablar de ello, querido mio, replicó el viejo general; pero ante todo, permitidme que os presente á M. Lemesle.

M. Lemesle, jóven de treinta años, vestido enteramente de negro, saludó por tres veces con aire digno.

M. Lemesle es notario, añadió el general volviendo á tomar su asiento cerca de la chimenea, vamos al momento á tener necesidad de sus servicios.

XVII

EL GENERAL O'BRIEN.

El vizconde Enrique de Villiers saludó al notario á su vez.

El viejo general dobló la *Independencia Belga*, que estaba disponiéndose á leer, y la metió en su bolsa.

—Os hubiera aguardado aquí hasta mañana, dijo.

—Me alegro mucho de haber vuelto, replicó M. de Villiers que logró sonreír; pero, puedo saber?....

—Sin duda, sin duda.... os hubiera aguardado á pié firme, porque es absoluta-

mente necesario que nuestra acta se estienda antes del dia de mañana.

—Qué acta, mi querido general?

—Mi querido vizconde, la de vuestro testamento.

Enrique creyó haber oído mal, y se dirigió al notario, pidiéndole esplicacion.

El jóven vestido de negro se inclinó en silencio.

M. Lemesle no sabe nada, se apresuró á decir M. O'Brien, nada absolutamente; se halla aquí para prestar su ministerio y dar autenticidad á la cosa.

—Pero, dijo Enrique haciendo un esfuerzo para conservar su calma, permitidme! yo no sé haber manifestado el menor deseo de hacer testamento.

El general guiñó ligeramente el ojo al mirarlo, y respondió:

—No os acordais ya de lo que pasó esta noche?...

La edad del general, su título, su carácter, de lealtad caballeresca, daban una especie de solemnidad al estraño principio de esta escena.

No podia ser un lazo ni una mistificacion.

—Veo, prosiguió O'Brien, sin dar tiempo al vizconde á responder, que tenemos necesidad de conversar un rato los dos, ántes de fijar los términos de la redaccion de la acta.

—Os aseguro, interrumpió Enrique, que nada redactaremos.

—Caprichoso! murmuró el general sonriéndose.

Despues añadió:

—Pasemos, os lo suplico, á vuestro gabinete.... M. Lemesle tendrá la bondad de disimularnos.

M. Lemesle saludó de nuevo.

Un jóven notario que saluda con oportunidad y bien, hace carrera aun cuando no gaste anteojos.

El general pasó su brazo bajo el de Enrique, y lo arrastró á su pesar hasta el gabinete.

Era este un precioso retrete, pero engalanado de una manera estravagante, lleno de objetos disímbolos y de pueriles riquezas: un verdadero museo de un vizconde viajero.

El general O'Brien paseó su lente al derredor, y dijo:

—Delicioso!... madama, la marquesa debe estar loca con todo esto.

—Madama la marquesa, tiene mucho gusto! replicó con sequedad Enrique; que-  
reis darme, señor mio, la esplicacion de este  
enigma.

—El testamento! pronunció O'Brien con  
mucha gravedad.

Enrique tomó tambien un aire grave.

—Señor, dijo entonces, sois el amigo de  
la familia de Boistrudan... por esta cau-  
sa, acepto vuestro modo de obrar, por lo que  
hace á los hechos consumados... pero es  
necesario poner un término á todo esto; mi  
paciencia, como todas las cosas de este mun-  
do, tiene sus límites.

El general, entretanto, se habia sentado  
en uno de los ángulos de la chimenea.

—Olvidé dejar mi diario á ese pobre M.  
Lemesle, dijo, es un jóven de discrecion y  
de una prudencia!... En cuanto á vues-  
tra paciencia, vizconde, los límites que ella  
tiene, no me inquietan... No hemos ve-  
nido aquí para decirnos requiebros... que-  
reis sentaros, hablaremos tranquilamente,  
os lo ruego... Yo me presento en vues-

tra casa, como el encargado de los intereses  
del señor conde Alberto de Rosen, mi amigo.

—Lo he comprendido así al momento,  
respondió Enrique, y estoy pronto á escu-  
charos.

—Oidme pues, señor vizconde... pri-  
meramente, diré dos palabras que espiquen  
mi conducta en este negocio. Hace ya al-  
gun tiempo que conozco vuestra historia.  
A primera vista pareceria que mi deber me  
obligaba á prevenir á la marquesa, y hace-  
ros en seguida arrojar...

—Señor!... interrumpió Enrique.

—Señor, me anticipo á pedir os humilde-  
mente perdon por todas las palabras inju-  
riosas que pueda proferir... y en cuanto á  
vos os suplico tengais alguna complacencia  
en gracia de este hecho; que si yo quisiese  
pronunciar una sola palabra, seriais perdido  
sin remedio.

Enrique movió la cabeza.

—Si no se trata mas que de pronunciar  
una sola palabra, dijo.

—Dios mio! vizconde, no estraviemos la  
cuestion desde sus primeros pasos... No-  
sotros hemos tenido motivos para callar, es-

to es claro. . . . Pero tambien es claro que si no son razonables, hablaremos.

—Y cuál es vuestro intento?

—Mi visita no tiene otro objeto, que el de manifestároslo; pero creedme, dejadme conducir mi barca segun mas me acomode, porque de lo contrario, naufragariamos. . . . Os decia pues, que mi deber de caballero, me obligaba al menos, en la apariencia, á arrancaros la máscara desde el principio. Así lo comprendia yo; pero Rosen ha sido de opinion contraria, y me ha hecho un argumento que no tiene respuesta: M. de Villiers, me ha dicho, no se casará nunca con la señorita de Boistrudan, porque yo lo mataré.

—*That is the question!*. . . . murmuró el vizconde esforzándose para sonreir.

—Para mí la cuestion está terminada. Rosen os matará cuando quiera, en consecuencia, yo he guardado silencio y solamente habria hablado para evitar á la noble jóven de la desgacia de ligar su vida á la vuestra. Hablemos, ahora, del negocio del testamento, porque no quisiera hacer esperar mas tiempo á M. Lemesle. Este negocio podria

cambiar enteramente nuestra línea de conducta. Se os ha concedido el duelo, sin merecerlo, es un exceso de caballerosidad por nuestra parte, porque no es con el duelo como se castiga el robo y el violo! No os exalteis, vizconde, vos mismo lo habeis ratificado esa noche misma con mas severas condiciones. . . . . Ahora, el duelo que se os habia concedido; habeis renunciado su beneficio con la fuga. . . . . Nosotros teniamos, pues, sobrado derecho para sustituir el arma de la ley francesa con la carabina ó el puñal. . . Yo lo hubiera hecho. . . . pero Rosen lo repugna á causa del nombre de miss Ellen Talbot, que quiere que se conserve puro como la alma de esa pobre mártir. . . . Pero su repugnancia, lo mismo que vuestra paciencia, de que hablábais hace poco, no es ilimitada. . . . Este derecho al combate que no tenemos, queremos vendérslo.

Ah! Ah! exclamó Enrique, al precio de un testamento.

—Al precio de una restitution. . . . Todo lo que poseis es nuestro botin.

—Este proceso, general, seria de un éxito muy dudoso. . . .

—Ante los tribunales, puede ser.... pero no ante el mundo.

—Esa es vuestra opinion.... la mia...

—Escusadme, vizconde, si os repito claramente que vuestra opinion nos importa bien poco. La mision que yo traigo, no es entrar en discusion con vos, sino la de amenazaros. Si rehusais aceptar esta base indispensable de nuestra negociacion, esta noche misma sabrá la marquesa el nombre infame del malvado....

—Pero lo creerá!....

—Ademas, esta noche tambien, una memoria redactada de antemano por el jefe de la barra francesa, verá llenarse los huecos destinados á los nombres propios, y se depositará en los estrados de la Corte de Justicia.... Os decidís!

—Me garantizáis que mis primas de Boistrudan, ignorarán la existencia de esta acta? preguntó Enrique.

—Enteramente, replicó el general, supuesto que nosotros tenemos la certidumbre de que jamas os casareis con Elena...

—No tendríais derecho á mi herencia, acabó Enrique, es justo.

O'Brien lo halló muy resignado, y temió una red.

—No tengo necesidad de deciros, prosiguió con tono severo, que es preciso andar derecho..... tengo buenos ojos.

—El notario está en vuestra compañía, replicó Enrique que lo miraba sonriendo, qué teneis que temer!

—Acceptais?

—Es preciso.

—Dais, pues, todos vuestros bienes muebles é inmuebles....

—Al conde Alberto de Rosen, es claro. El viejo O'Brien fijó sobre él una mirada de desconfianza, y llena de sorpresa.

El vizconde continuaba sonriéndose.

—Señor vizconde, dijo O'Brien, por bien vuestro, deseo que no tengais algun pensamiento oculto.... porque entonces no tendríamos piedad.... En cuanto al nombre del legatario universal, podeis elegir.... El conde de Rosen no trata de recobrar su fortuna solamente para sí.... Podeis testar en su favor ó en el de miss Ellen Talbot, segun mas os acomode, eso es indiferente

Enrique reflexionó un instante.

—La fortuna es del conde Alberto de Rosen, dijo; y por consiguiente, al conde Alberto de Rosen debo devolverla.

M. O'Brien se levantó y fué á buscar al jóven notario M. Lemesle. Este, inmediatamente redactó, segun todas las reglas del arte, un testamento.

Lo leyó en voz alta é inteligible.

—Teneis alguna objecion que hacer? preguntó el general.

—Ninguna, replicó Enrique.

—Entonces, firmad.

—Con mucho gusto.

Tomó la pluma luego, y firmó con mano segura.

El general tomó el brazo del jóven notario, y lo llevó cerca de una ventana.

—Este hombre me engaña, le dijo; lo juraría!

M. Lemesle saludó.

—Qué valor tiene un testamento como éste?

—Tan fuerte como la misma ley.... pero....

—En ese caso el vizconde está ligado....

—Perdonadme, no he acabado.... pero iba yo á añadir, de aquí á media hora el vizconde puede hacer un segundo testamento, que anule éste en todas sus partes.

El viejo O'Brien dió un salto hasta la chimenea, tomó el papel sellado y lo hizo pedazos.

—Qué haceis? exclamó Enrique, que se habia arrojado en una poltrona.

—M. Lemesle! M. Lemesle! gritó el viejo general; no puede estenderse un documento mas seguro é indestructible?

—Si, tal, señor.... muchos actos..... os citaré entre otros la donacion entre vivos.

El general interrogó á Enrique con una mirada.

—Pienso que no aguardaréis de mí que yo me despoje de mi fortuna viviendo?

—El señor vizconde quiere no deshacerse de ella, sino despues de muerto? preguntó candorosamente el notario.

—Siempre que esto sea posible, replicó Enrique sonriendo.

—Entonces, dijo el notario, no habria mas que un remedio; y este seria suponer

una venta consentida por el señor vizconde.

O'Brien miró de nuevo á Enrique.

Este replicó con aire desembarazado:

—Redactad el acta de venta y acabemos: ya esto me fastidia!

—No basta esto, pensó el general. .... puede haber alguna puerta de salida!

—Reflexionad, mi querido M. Lemesle prosiguió en alta voz. .... con semejante acta no habria medio de desdecirse.

—Ninguno, general, es lo que se llama un contrato.

—Pero por qué diablo os reis? exclamó el viejo soldado, que se colocó delante de Enrique con los brazos cruzados.

—Permitidme que guarde mi secreto, replicó el vizconde.

Y luego, dirigiéndose al notario, añadió:

—Vamos, señor, quereis estender el documento?

M. Lemesle se puso incontinentemente á la obra, pero eran necesarias algunas instrucciones; se especificó entonces con el mayor cuidado los dominios del vizconde Enrique, que podian valer quinientos mil francos; los bienes muebles fueron necesariamente se-

parados. Se comprendieron en otro documento bajo forma especial: despues de lo cual M. de Villiers escribió una contra letra en la que renunciaba los réditos de las rentas viajeras, estipuladas en los dos contratos.

Al dejar la pluma, se levanto y presentó al general la letra con los dos contratos.

Os basta esto, señor? le preguntó.

El general tuvo todavía un momento de duda; su mirada consultó al jóven notario, quien no dejó en esta vez de saludar como tenia costumbre.

Por último, se vió obligado á responder afirmativamente.

Señor, dijo entonces Enrique de Villiers que se hizo á un lado para dejarle el paso, si os detuviese temeria abusar. .... habeis empeñado vuestra palabra de caballero de que no hariais nada en mi contra respecto de esas damas.

El general se dirigió hácia la puerta seguido del notario, que saludó.

Antes de pasar el lumbral de ella, se volvió para decir:

—Guardo en mi corazón una duda grande, señor vizconde, pero yo os vigilaré!

El notario saludó de nuevo, y salieron.

—Si mencionamos los reiterados saludos de este jóve oficial ministerial, no es con la mira de hacer de ello un objeto de risa. La política es una noble cualidad. Hay algunos notarios que no acostumbran saludar. Los abogados de la nueva escuela, que llevan pantalones á la moda, conservan siempre sus sombreros en la cabeza.

El vizconde luego que quedó solo, se sentó en su escritorio, y sacó de uno de los cajones una cartera cerrada con llave.

—Es necesario que el contrato de matrimonio quede firmado ántes de que llegue la noche; dijo abriendo su cartera.

Tomó de esta cartera una carta escrita en papel muy fino, y que llevaba el sello de los Estados-Unidos de América.

Era una carta de miss Ellen Talbot, dirigida á Ellen de Boistrudan.

El vizconde la habia pagado muy cara, lo mismo que muchas otras, á un viejo bribon llamado Gontier; *escelente* criado que servia á los Boistrudan hacia cuarenta años.

Gontier entregaba así á M. de Villiers, previo un arreglo financiero, todas las cartas que llevaban el sello americano.

—Quiero volver á leer ese pasaje, dijo para sí Enrique. Ellen vivirá mas tiempo que Rosen.... este documento que se han llevado, vale tanto como el billete de La Chatre....

Recorrió rápidamente con la vista la primera pájina de la carta, despues la segunda.

Al principio de la tercera leyó:

“..... es tan generoso, á pesar de la enormidad de sus agravios! he obtenido de él, que no matará mi última esperanza. En tanto que el padre de mi hija viva, puede volver á nuestro lado.... Rosen ha jurado no atentar contra la vida de su enemigo, mientras tenga esperanza de hacerlo volver”....

Enrique volvió á leer con atencion estas pocas líneas:

“Este loco, moriria ántes que traicionar su juramento! murmuró; que yo vea su cara y todo está arreglado!

—Pero, se interrumpió, el testo es formal;

en tanto que haya esperanza de hacerlo volver. . . .

—Dilataremos la firma del contrato; porque este contrato, haria desaparecer toda esperanza de volver. . . . la dilacion no será grande, y segun el aspecto que las cosas van tomando, el día de mañana deben acontecer grandes sucesos!

Llamó á su ayuda de cámara.

—Para nadie estoy en casa, le dijo, excepto para M. Benito que vendrá á las cinco.

El hotel del vizconde tenia un jardin; en el jardin, el vizconde habia establecido un tiro de pistola.

A pesar del frio, pasó una gran parte del día en tirar al blanco, ya con pistola, ya con carabina.

Su pulso nada habia perdido, su vista era justa y precisa.

Volvió á entrar cuando comenzó á caer la nieve, muy satisfecho de su destreza.

M. Benito se hizo anunciar pocos momentos despues.

Si Enrique no hubiera escuchado su nombre de la boca de su camarista, no lo hubiera reconocido,

M. Benito estaba trasformado en un verdadero petimetre.

Se hubiera podido pensar que entre los diversos oficios que en otro tiempo tuvo, habia desempeñado tambien el de comediante: sus cabellos, que habiamos visto blanquear la noche anterior, brillaban ahora, mas negros que las álas de un cuervo. Tenia patillas á la Vimord, escarmenadas *comme il faut*, y por las cuales habia pasado la *agua arcadiana* de Mde. de Saint Isidore. Su frente y su cara habian sufrido una mano de legía indispensable. Su camisa limpia, permanecia tiesa, con un vestido enteramente nuevo.

Se habia rejuvenecido diez años.

—En hora buena! exclamó Enrique, en Fontenoy nuestros caballeros franceses todos tenian camisa de lino con vuelos. Habéis nacido á propósito para las batallas, amigo Benito.

—Pensais que el pícaro de Towah me reconozca? preguntó Benito.

—Estoy seguro de lo contrario! estáis guapísimo, y vuestra buena cara me confirma en una idea que tenia. . . . Quereis

que os presente á la señora duquesa de Rivas?

—A mí! exclamó el propietario, sorprendido.

—Su marido es aquel marques de Concha, del cual hablábamos hace poco, y que conocí en Nuevo-México.... El tomó el título de duque de Rivas....

—Y de qué serviría eso? preguntó Benito.

—De mucho.... pero ante todo, se hallan listos nuestros hombres?

—Ocho valientes de los mas guapos: cuatro para vos y cuatro para mí!

—Podrémos contar con ellos?

—Yo mismo los elegí.

—Y les pagais bien?

Benito tomó un aire melancólico.

—Y en dónde se hallan? preguntó de nuevo el vizconde.

Benito suspiró mas fuerte.

—Me he visto obligado á introducir el lobo en el aprisco, mis ocho pillos se hallan en mi casa, calle de San Dionisio en Montmartre.... desde el momento en que está

gente sabe el camino de ella, ya no la quiero, bien lo comprenderéis.... mi partido está tomado: terminado este negocio, la vendo y me expatrio.

—Dejaríais la Francia?

—Me iré á Belleville, á Montrouge, compraré otro terreno y fabricaré una casita.

—Lo que me admira es, que los háyais dejado solos en vuestra casa.

—Esto me admira á mí tambien.... pera, qué hacer!.... de todos modos hubiera sido necesario introducirlos para estar en asecho de Towah.... Todo está bien cerrado, y ademas, les he echado un sermoncillo de moral, y ellos me han ofrecido estarse quietos.... por otra parte, ellos tendrán en qué entretenerse. Desde las nueve, quiero que los cuatro que me pertenecen se pongan en emboscada en el jardin.... Towah volverá, esto es claro.... Sabeis la idea que me ha ocurrido? le he hecho abrir una fosa en medio del camellon, en el mismo lugar donde encontramos á Mohicano bajo la nieve.

—Escelente idea! dijo Enrique; pero hablemos de negocios: es necesario comer y

dormir, porque esta noche tendremos buena tarea. . . . Ireis á comprar un dominó para vos, otros para los dos mas robustos de nuestros hombres, y dos vestidos completos de libreas para los otros. . . .

—Y cuál librea? preguntó Benito.

—Cualquiera! . . . . importa poco. . . . castaño oscura, botones blancos de fantasía. . . . un cochero y un lacayo. . . . hecho esto, alquilaréis luego un landó con dos buenos caballos. . . . si no os lo quisiesen alquilar sin el cochero. . . . pagaréis. . . .

—Pero es necesario dinero para todo eso, murmuró Benito.

Enrique le alargó su cartera.

—Cosa de las dos de la mañana, el landó, conducido por dos de nuestros hombres, y encerrados los otros dos, vendrá á incorporarse á la hilera de carruajes, lo mas cerca posible de la puerta de la embajada. . . .

—Y luego?

—Esto solamente por el pronto. . . . esta noche en el baile os diré lo que resta que hacer.

Llamó, y pidió la comida.

Benito salió á desempeñar su comision.

El vizconde comió con excelente apetito, y despues durmió un poco, segun la noble costumbre de todos los grandes capitanes, la víspera de una batalla.



A la hora en que M. de Villiers y su fiel Benito, hablaban de dominós, landó y librea, se hablaba también de librea, coche y dominó, en la modesta habitación del general Daniel O'Brien, situada en la calle de Amsterdam, cerca de la barrera de Clichy.

La casa del general, tenía un jardincito, como casi todas las de este nuevo cuartel; en la estremidad del jardín, se elevaba un pabellón en el centro de un bosquecillo de árboles; detrás del pabellón, una puerta de salida daba á la calle de Bruselas.

Hacia tres días que Jorge Leslie ocupaba la cámara principal del pabellón.

El vizconde Enrique, había tenido razón de decir á Benito en su entrevista en Villa de Bel-Air, que la policía misma habría tropezado grandes dificultades para encontrar á Towah el Panie.

Hasta nueva orden, en efecto, Towah no tenía necesidad ni de caberna, ni de selvas para desorientar á la policía.

Towah vivía también en el pabellón.

Había elegido una alcoba estrecha, donde dormía durante el día sobre su cobertor.

No salía de allí, sino en la noche.

Nadie lo había visto entrar ni salir. Los criados del general, ignoraban su presencia.

Por la noche se deslizaba fuera del pabellón, y sin dar aviso á ninguno, saltaba la alacena por no pedir la llave; y regresando al día siguiente despuntar el día.

Jorge Leslie, había trabajado en vano para hacerle cambiar costumbre. El orgullo del indio se había rebelado contra toda idea de disfraz.

Se marchaba con los pies desnudos, envuelto en su manta, y su mechón de cabe-

llos plantado en medio del cráneo, como un penacho.

Mal continente, preciso es confesarlo, para vagar por las noches en las calles de París, llenas de rondas y de patrullas; pero ninguna ronda ni patrulla, podía envanecerse de haber percibido á Towah en tres noches que este discurría en todas direcciones á su sabor.

A pesar de la nieve que sofocaba, como en una espesa alfombra el ruido de las pisadas de los vigilantes nocturnos, Towah los adivinaba desde muy léjos.

Por allá, los indios, al caminar sobre la crecida yerba de aquellos prados, hacen menos ruido que nuestros sargentos al rondar sobre la nieve.

El oído de Towah, sutil y acostumbrado á percibir los menores ruidos, lo tenía siempre alerta, el paso de sus descalzos piés, no producía ninguno.

Algunas veces, cuando lo juzgaba necesario, se introducía en un recodo, donde se confundía completamente el color de su manta, con el oscuro tinte de las paredes.

Pero qué hacía este pobre Towah á la

luz de los reverberos parisienses! De qué le servían entre nosotros su oído sutil y su penetrante vista! Para estraviarse sin duda, porque para atacar aquí, le faltaban sus armas. Se encontraba perdido completamente en medio de este mundo nuevo para él; no tenía el hilo conductor que guía nuestros buenos ó malos pasos en este inmenso laberinto.

La primera noche había buscado en la nieve las huellas de Mohicano, su enemigo.

En estos grandes senderos, como él llamaba á nuestras calles, las huellas de Mohicano se debían encontrar en alguna parte. Conocía también la impresión de su planta, que juzgaba imposible engañarse.

Pero en estos grandes senderos, hay millares de huellas que se sobreponen unas á otras, y se borran enteramente.

Es necesario el desierto para poder hacer esta caza de hombres. Desde la primera noche, Towah volvió á entrar desalentado. ®

Pasó la segunda en acechar á los transeúntes y en mirar por entre las celosías en todas partes donde había luz; este medio no le dió mejor resultado que el anterior.

La tercera noche comenzó en el malecon de Orsay donde lo hemos visto en el hueco de la puerta del fortin de Boistrudan, y la terminó con un suceso inesperado.

Towah sabia dónde encontrar á Mohicano y en lo de adelante Mohicano le pertenecia.

A la hora en que entramos en casa del general O'Brien, Towah estaba metido en su tabuco, tirado á la larga en el suelo. El general y Jorge Leslie conversaban en la pieza vecina, alumbrándose por una sola lámpara, cuya luz que proyectaba hasta el tabuco, heria oblicuamente la cara del indio. Tenia los ojos cerrados, la piel de la cara, con algunas desolladuras, aun conservaba la impresion de la pintura, ademas se percibian trazas de dos profundas mordidas.

El perro Mohicano se habia vengado antes de morir estrangulado.

Hay una puerta detras, decia el viejo general, que conservaba fija esta idea desde su entrevista con el vizconde, no olvideis que hay una puerta por detras de la casa!

—La aseguraremos replicó Jorge Leslie, examinando los papeles que Daniel O'Brien acababa de darle.

Estos eran la escritura de la venta impuesta y la contra-letra.

No soy muy fuerte en materia de negocios, replicó Leslie; M. Lemesle os ha asegurado que esto era bastante?

—Sí, bastante..... pero el vizconde tiene por detras de su casa una puerta.

—Os repito, querido amigo, que ya la condenaremos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Jorge examinaba pensativo los papeles.

He aquí ya á Ellen rica.....murmuró.

—Si el vizconde muere antes que vos, añadió O'Brien.

El vizconde morirá antes que yo!.... es necesario que la hija de Eellen tenga cuanto dicha puede Dios dar á sus criaturas...

Os doy gracias con todo mi corazon por el cordial apoyo que me habeis prestado en estas circunstancias.....

—*Begorra! ma Boichal!* como decimos allí en Irlanda, exclamó el viejo O'Brien, hubiese hecho diez veces mas por mi querido jóven; pero de esto tambien tiene su parte mi Elena, por quien estoy loco.....

La idea de que este bribon del vizconde podia ser su marido.....

—Tranquilizaos! quiso interrumpir Jorge.

—Estoy tranquilo, pardiez!.... lo mataria antes con mi propia mano!.... Ahora, mi jóven amigo, dadme mi papel para estudiarlo.... Qué tenemos que hacer?

Jorge dobló sus papeles y los metió en su cartera.

—Si tuviéseis una hija, general, dijo con cierta emociion en la voz; respondedme francamente, me la daríais!

—Mi hijo ha muerto, pronunció el viejo lentamente con una voz llena de tristeza; vedme aquí ya solo, hace algunos dias, en el mundo.... Jorge, os amo desde el momento en que os conocí.... En el lecho de muerte de mi pobre y querido hijo, hablamos de vos, él me dijo: "le volveréis á ver, padre, y él será vuestro hijo...." Os acordais, Jorge, de una noche en que os encontré solo y triste á lo largo del malecon del Louvre?.... Nos recostamos sobre el pretil, y os dije: "Vamos, qué diablo! jóven, abridme al momento ese corazon, ó me enfado!...."

—Sí, murmuró Leslie sonriendo, me acuerdo de eso.... hombre escelente! mi digno amigo.

—Me contásteis vuestra historia modesta y tímidamente; porque se creeria que teníais miedo de producir la admiracion de quien os escuchaba.... Vuestra historia, entónces, no era larga.... teníais apénas veinte años.... Despues, habeis atravesado el mar, habeis tenido otras batallas, otros sufrimientos.... Pasados cinco años, os he vuelto á ver, y he leído de nuevo en vuestra alma lastimada.... He buscado en vano en ella el odio, el odio que en vuestro lugar yo hubiera alimentado; yo á quien sin embargo se tiene por un honrado caballero y por un soldado leal.... Desde hace cincuenta años que llevo esta espada, no he encontrado nunca un hombre mas valiente que vos, Leslie.... Leslie, desde hace cincuenta años que corro por este mundo, jamas habia abierto un libro mas hermoso que vuestro corazon!.... Sí, sí, os daria mi hija con el mayor placer, con reconocimiento.... y me haceis sentir no haberme casado de nuevo cuando era aún jóven, por-

que, en efecto, puede ser que tuviera una hija, y entonces sería yo vuestro padre!

Tenia en este momento los ojos cubiertos de lágrimas.

Jorge lo estrechó con visible emoción entre sus brazos.

—Me daríais á vuestra hija, preguntó de nuevo, aun cuando os viniese á decir: lo he matado!

—Con toda mi alma, pardiez! . . . . y si yo viese que amábais á mi hija, os diría: toma! rómpela la cabeza á ese pícaro, si tú quieres ser mi yerno!

—Y sin embargo, se interrumpió antes de concluir, tomaria la mano de mi amigo Jorge . . . le suplicaria que me mirase á los ojos, y le preguntaria si estaba seguro de no amar á la otra . . . .

—Ellen! . . . . murmuró Leslie, cuya voz tomó un acento doloroso; no . . . . no . . . . ya no puedo amarla! . . . .

Su frente se inclinó sobre su pecho.

El viejo general movió la cabeza.

—Vamos, vamos, por qué tenemos estas cuestiones! . . . . si yo no tengo hija . . . .

—En vuestra Alemania, murmuró Jorge, todos somos poetas . . . . Está pasando en mí una cosa estraña . . . . Habeis visto alguna vez esas dos flores gemelas, cuyos botones se mecen en la estremidad de los flexibles y prolongados tallos del rosal *Regina Victoria!* . . . una de las rosas se abre primero: en tanto que ella ostenta su frescura y sus perfumes, la otra, su hermana guarda en la envoltura del boton, su perfume y los bellos matices de su corola. En seguida, la primera se marchita, muere y cae; la segunda se abre tan perfectamente parecida á la que ya murió, que la vista encantada se engaña . . . Son dos flores ó es la misma flor . . . Yo he tenido este sueño, esta ilusion que dos mugeres podian tener una misma alma . . . .

—Rosales, corolas, almas! murmuró el viejo general, quisiera mas bien un poco de mala prosa inteligible, mi querido hijo!

Jorge pareció despertar.

—Si tuviéseis una hija! replicó

—Todavía! exclamó O'Brien con impaciencia.

—Dejadme acabar, tengo necesidad de

vuestra opinion..... suponed el caso de que yo os dijese:

—He matado á ese hombre á pesar de haber hecho el juramento de perdonarlo....

—Habeis hecho el juramento de perdonarlo, vos! replicó el general levantándose de su asiento.

Ellen tiene una hija, continuó Jorge dulcemente; ella me dijo una vez "y vos haréis á mi hija huérfana?"

—Pues entonces, exclamó O'Brien, hacédme el favor de decirme de qué se trata?

—Me dariais vuestra hija? preguntó Leslie en lugar de responderle.

El viejo general dió una patada encolerizado.

—No entiendo de nada! contestó, que vaya al diablo vuestro juramento!..... y sin embargo es un juramento hecho á una muger.... escuchadme Jorge, os prevengo una cosa, si veo que os acercais sin armas á un adversario armado completamente, yo me retiro.....

—Vos sois un hombre capaz de llevar hasta el extremo los sentimientos de caballerosidad, os conozco.

Jorge le tendió la mano.

—Quiero conducirme de una manera digna de mí, dijo, mientras que su bella sonrisa hacia aparecer mas la melancolía de su semblante, digna de los que me aman.... digna de la que me amaré!

O'Brien se paseaba á grandes pasos por la sala.

—Creo adivinar que otra mujer ha hecho desaparecer el recaerdo de miss Talbot de vuestro corazon, dijo de una manera brusca.

—El recuerdo de miss Talbot, no morirá sino conmigo, respondió Jorge; y sin embargo, teneis razon, yo amo!

—Y á quién, pues, amais?

—A la otra flor.

—Ah! escuchadme, exclamó el viejo O'Brien, yo no soy ni aleman, ni poeta!... fuera flores, y volvamos á las cosas serias!... para presentarse al combate es necesario poder herir..... si teneis las manos atadas.....

—Toda cadena puede romperse, dijo Jorge, cambiando de tono repentinamente.

—Mi querido general, prosiguió, hay circunstancias en que es una locura pedir con-

sejo, aun á su mejor amigo.... En este momento Dios solo puede leer en mi corazón.... Para tranquilizar vuestra conciencia, os ofrezco que en el momento del combate tendré armas.... arreglemos ahora los hechos: conoceis bien la embajada del Brasil?

—El duque de Rivas me ha estrechado la mano dos ó tres veces.

—Y la duquesa?

—Es una mujer bellísima, que habla poco, que parece orgullosa, pero á quien yo creo triste. Tengo mas intimidad con ella que con su marido.

—Vos me habeis dicho....

—Que podria proporcionaros un gabinete durante el baile?... el secretario del señor duque ha servido á mis órdenes en los Algarves; me es muy adicto.

—La embajada tiene una puerta que cae á la avenida de los Campos-Eliseos?

—La reja del jardin.

—Cómo se llama el secretario?

—Vieyra.

—Y este señor Vieyra podrá abrirnos la reja del jardin en el momento necesario?

—Así lo creo.... Pero por qué?

—Porque mañana ni el vizconde ni yo debemos salir por la puerta por donde todo el mundo salga.

—Y yo estaré con vosotros?

—Sí.

—Pues entónces, la reja se abrirá.

—En esta reja, cosa de las cuatro de la mañana se hallará una berlina de camino con caballos de posta.

—La berlina deberá contener dos carabinas de dos tiros, enteramente iguales, con doce cartuchos.

—Y esto para mañana? preguntó el general.

—Pues tendremos las carabinas y los cartuchos.

—Towah! llamó Jorge Leslie.

El indio, inmóvil hasta entónces como esas estatuas acostadas sobre las tumbas, y que parecia sumergido en un profundo sueño, se levantó en el momento.

Permaneció mudo y en pié, esperando que su amo hablara.

—Cuántos hombres hay en Mormartre,

en la casa de Mohicano? preguntó Jorge.

—Ocho, respondió el Panie.

—Y á quién deben dar la muerte?

—A este una vez, respondió mostrando á O'Brien; á mí una vez. . . . á vos dos veces.

El general no comprendió.

Jorge le apretó la mano, y le dijo:

—La amistad de un hombre como yo es una carga y un peligro.

—Solamente quisiera tener á ese pícaro delante de mí en el bosque de Boulogne ó en otra parte, replicó el viejo O'Brien, veinte pasos. . . . buenas pistolas. . . . esto es lo que yo llamo un duelo!

Jorge vió su reloj.

—En caza! dijo á Towah, hace tiempo que tú caminas con los pies desnudos. . . . vamos! ya es hora. . . .

Del pecho de Towah salió un ronco y profundo suspiro.

Su talla pareció elevarse.

Metió su mano derecha por entre los pliegues de su manta, y sacó un largo cuchillo con un mango de palo, brillante y afilado.

Tres veces le dió vueltas sobre su cabeza, y en seguida se puso á bailar, modulando un canto monótono. Era la alegría salvaje del indio que se prepara para partir á la guerra.

En el momento en que el cuchillo brillaba por la tercera vez, dando vuelta sobre su cabeza, Towah se dirigió á la ventana y desapareció en la oscuridad de la noche.

Este debe saltar mejor que un tigre, dijo, O'Brien.

Un grito gutural respondió desde afuera.

Era Towah que desdeñando, como tenia de costumbre, pasar por la puerta, acababa de pasar de un salto la tapia del jardin que caía á la calle de Bruxelas.

—Vamos á separarnos, mi querido general, dijo Jorge.

—No venis conmigo? preguntó el viejo.

—No. . . . otra persona que no seais vos, debe pesentarme. . . . nosotros nos veremos á las dos, lo mas tarde. . . . no olvidéis el vestido húngaro bajo vuestro dominó. . . . pensad tambien en la berlina y en las armas. . . . pensad principalmente en vos mismo y estad siempre alerta, porque en lo de

adelante, mis enemigos son los vuestros, y este hombre se ha propuesto asesinaros.

—Estamos en Paris, replicó el general, saldré de aquí en coche.... por mas que digan las novelas civilizadoras, no se asesina así tan fácilmente!.... yo no sé lo que pretendéis hacer, mi querido Jorge, pero estoy cierto, que todo cuanto hagais será caballeroso y leal.

—Hasta la vista. Me reuniré con vos á las dos, en casa de la señora duquesa de Rivas.

Se abrazaron, y el viejo general se retiró.

Jorge comenzó á vestirse al momento; eran cerca de las once.

Jorge, obligado á ser el mismo su propio ayuda de cámara, sacó de un armario un paquete y una caja; el paquete contenia un vestido mexicano bastante rico, principalmente por los bordados de la banda, chaqueta y calzonera.

Jorge besó el bordado de la banda.

—Esta no me hubiera traicionado, murmuró sin nombrar el objeto de su tierno recuerdo. Ojalá pueda antes de morir atravesar el oceano, solamente para verla, arro-

dillarme en su presencia, y besar su mano suave con el respeto que á una santa!....

Puso en seguida las diversas piezas de su vestido sobre las sillas. Antes de quitarse la levita, sacó de una de sus bolsas una carterita, cuya pequeña letra no podia ser sino de muger.

La tuvo algunos instantes entre sus dedos con aire pensativo.

—No conozco esta letra, dijo en voz alta; esto concuerda muy bien con el informe de Towah para ser una red.... Y sin embargo, quién puede escribirme de esta manera? Quién, pues, puede interesarse por mí en este Paris, donde no estuve mas que de paso ya hace mucho tiempo?

El nombre de Elena le vino á los labios.

—Imposible! se interrumpió respondiendo á su propio pensamiento; cómo la señorita de Boistrudan podría.... Además, ella me ha visto ayer por la primera vez?... soy muy loco!

Abrió la carta que estaba concebida en estos términos:

“M. J. L. debe estar presente esta noche

en la embajada del Brasil; M. J. L. ha en-  
tablado una lucha desigual. Esta noche  
cuatro hombres estarán apostados cerca de  
la embajada: un landó sin armas, que en-  
cerrará dos dominós, el cochero y el lacayo  
con libreas de color castaño oscuro, son cua-  
tro asesinos. La persona que da este aviso  
á M. J. L., lo aguarda en este momento que  
son las seis; ella le proporcionará otros; M.  
J. L. ha hecho mal en hablar como lo ha  
hecho ayer en casa de la marquesa de B.  
La persona á quien M. J. L. ha querido  
comprometer, quiere reducir al silencio, es-  
ta noche, á todos los que podían divulgar  
su verdadero nombre, á saber: el general  
O'B., M. J. L., el conde A. de R. y el in-  
dio T."

Después de haber leído por segunda vez  
tan extraña misiva, la admiración de Jorge  
había llegado á su colmo. Quién, pues, po-  
día conocer estos detalles? Jorge había re-  
cibido esta carta pocos minutos antes de la  
llegada del general. Las instrucciones que  
había dado á este último se resentían de ello.

Ahora que el general se había ido, Jorge

se repetía involuntariamente por la centési-  
ma vez esta pregunta:

—Quién pudo haber recibido así la con-  
fianza del vizconde? Y suponiendo que el  
vizconde se haya esternado con un tercero,  
qué interés puede haber tenido éste para  
traicionarlo.

Por mas que torturaba su cabeza, Jorge  
no podía encontrar la solución de este pro-  
blema.

Volvió á meter la carta en su bolsa y con-  
tinuó vistiéndose rápidamente. Bajo su ca-  
misa de cotonía inglesa, bordada de seda  
encarnada, se introdujo un cuchillo cubier-  
to hasta el mango por una vaina de paja  
tejida.

El famoso *cuchillo de oro*, mostrado por  
el vizconde en la tertulia de la marquesa,  
tenía un estuche semejante.

Quando se disponía á salir por la puerta-  
ventana que Towah había dejado entre  
abierta, vió un objeto blanco sobre el hum-  
bral. Lo levantó.

Era un billete dirigido á él mismo.  
La letra era igual á la de la carta misteriosa.

El billete decia:

“No se ha podido saber nada respecto de los proyectos del vizconde de V..... El landó y los cuatro hombres, deben servir sin duda para alguna emboscada.

“Lo mas seguro para M. J. L., seria sin duda no concurrir esta noche á la embajada brasileña. Se ocupa de salvar al general O'B.”

Jorge se embozó en su capa, tomó un cupé en la calle de Boulogne, y se hizo conducir al hotel del vizconde de Villiers.

—Yo, nada tengo que temer, dijo para sí, hásta tanto le haya dado á conocer al conde Alberto de Rosen.

Sonaban las doce de la noche en el reloj del vizconde, cuando Jorge fué introducido.

El vizconde estaba listo.

Llevaba un vestido completo de *Golden-dagger*; el cuchillo de oro pendia sobre su cuello, de una magnífica cadena.

—Sois exacto, señor, dijo, al ver entrar á Leslie.

Mientras que se apretaban las manos, se miraban los dos atentamente.

Eran dos jóvenes hermosos.

El vestido de los aventureros montañeses estaba perfectamente bien, á la tes morena y á las facciones aguileñas de Enrique.

La vigorosa elegancia de Jorge, resaltaba bajo su vestido de fronterizo mexicano.

—Si nosotros nos hubiéramos encontrado allá con estos uniformes enemigos, dijo el vizconde, uno de los dos hubiera quedado muerto sobre la yerba, querido M. Leslie.

—Es probable, replicó Jorge.

El vizconde lo contempló un instante en silencio, despues continuó:

—Aquí, por lo ménos, somos aliados...

Jorge se inclinó: Enrique llamó y pidió su coche.

Antes de partir se miró en el espejo, y disponiendo la cadena que sostenia el cuchillo de oro á la altura de la mano, dijo:

—Vedme como acepto valientemente la apuesta.... á pesar de mi máscara, nues-

tro hombre debe reconocerme á primera vista.

—Ciertamente, añadió Jorge con una sonrisa singular, al veros así vestido, juzgaria, sin duda, que no le temeis!

Un minuto despues, se hallaban dentro del coche, que tomó á galope el camino de la embajada del Brasil

## XIX

### LOS CABELLOS DE LA SEÑORA DUQUESA.

Era una gran fiesta tiempo há anunciada, y con la que madama la duquesa de Rivas pagaba su bienvenida al mundo Europeo. *Todo Paris* debia encontrarse allí; como dicen los hombres de chispa, que redactan *las revistas de los salones* en los diarios *elegantes*. Se habia prevenido en las cartas de invitacion, que salvo el traje negro en los hombres, y los vestidos de baile en las señoras, toda clase de trajes eran admitidos. Aquellas permitian tambien el dominó, esta emboscada de seda del genio in-

tro hombre debe reconocerme á primera vista.

—Ciertamente, añadió Jorge con una sonrisa singular, al veros así vestido, juzgaria, sin duda, que no le temeis!

Un minuto despues, se hallaban dentro del coche, que tomó á galope el camino de la embajada del Brasil

## XIX

### LOS CABELLOS DE LA SEÑORA DUQUESA.

Era una gran fiesta tiempo há anunciada, y con la que madama la duquesa de Rivas pagaba su bienvenida al mundo Europeo. *Todo Paris* debia encontrarse allí; como dicen los hombres de chispa, que redactan *las revistas de los salones* en los diarios *elegantes*. Se habia prevenido en las cartas de invitacion, que salvo el traje negro en los hombres, y los vestidos de baile en las señoras, toda clase de trajes eran admitidos. Aquellas permitian tambien el dominó, esta emboscada de seda del genio in-

*trigante*. Madama la duquesa de Rivas no era una provinciala, puesto que ella venia de Rio-Janeiro, pero gustaba mucho de la intriga.

—Por pocas veces que hayais estado en Privas ó Quimper, debiais haber oido hablar de las intrigas del baile de la ópera.

—Ahí está el paraíso de las deliciosas intrigantes, y de los afortunados favorecidos.

—He oido contar á un sugeto de Tougeres, que se llamaba Chesnardel (Isidoro Antonio) que habiendo comprado al paso por el precio de cinco francos, cincuenta y un billetes, y provisto de guantes blancos de á veintinueve sueldos, fué admitido en el templo de los juegos, de las risas y de los amores.

—Lo creeríais? apenas habia dado algunos pasos, cuando oyó una dulce voz que murmuraba en sus oídos:

“Chesnardel!”

—Se volvió al punto; era un dominó de raso con un capuchon, bajo el cual, dos ardientes ojos se percibian por los agujeros de una máscara de terciopelo.

M. Chesnardel, conmovido y lisonjeado al oír pronunciar su nombre á tanta distancia de su casa, dijo con voz temblorosa,

—Servidor, hermosa máscara.

El dominó prosiguió:

—Continuáis siendo tan buen hijo, Chesnardel! Tu hermano mayor se parece todavía á su padrino?

—Madama Chesnardel, te dice todas las noches....

—En fin, se interrumpió Chesnardel, detalles propiamente íntimos que prueban que se sabia en Paris todo lo que pasaba en Fougères!

Los caminos de fierro han arrancado á Paris una parte de su prestigio de Pontoise, que se halla á grande distancia, vienen sus habitantes á paseo á la capital despues de comer. Las intrigas del baile de la ópera, comienzan á perder sus atractivos, aun para los habitantes de San Malo ó de Bes-siers.

Todo se acaba!

Quando Chesnardel vuelva en el invierno próximo, en lugar de comprar un billete y unos guantes, tomará ocho medias tazas

en el Café-Concert, para oír á los laureados del conservatorio.

El patio del hotel brillantemente iluminado, dejaba ver á los pobres diablos agrupados delante de la puerta en la calle del Arrabal de Saint Honoré, la grande escalinata, que se asemejaba á una montaña de flores.

Del centro del patio, se elevaba hasta el vestíbulo, una ancha andera de rica alfombra.

El vestíbulo aparecía como el peristilo de un palacio de Hadas con sus gírnaldas brillantes, y sus mil luces de colores. Contemplando este grandioso espectáculo, los pobres diablos, permanecían con los piés sumergidos en la nieve derretida; una lluvia fina y helada les caía sobre las cabezas, pero ellos permanecían inmóviles.

Decíamos hace poco, que todo se acaba, que todo desaparece; llamamos, sin embargo, una concepcion honrosa, la de los bobos y bauzanes, que florecerá hasta el fin del mundo:

En la escalera principal habia tambien flores de esas hermosas desterradas, que

estrañan, á pesar del calor ficticio de nuestros invernáculos, el radiante sol de los trópicos. El ambiente estaba embalsamado con sus suaves perfumes.

A lo léjos, en los salones, se escuchaban ya los preludios de las orquestas.

Esta atmósfera de placer que tan voluptuosamente conmueve los corazones de diez y ocho años, esta sensual angustia del baile (vosotros sois viejos si criticais esta palabra; viejos y sin memoria) circulaba por todas partes. La casa estaba llena de vida, estaba llena de fiesta, con sus mármoles cubiertos de flores, con sus resplandecientes cristales y con sus pesados y espléndidos cortinajes.

Faltaban las mujeres; faltaba el movimiento y las sonrisas; pero en el fondo de la copa, vacía aún, se entrevía ya la embriaguez oculta.

Es hermosa la copa cuando está nueva y no se hallan empañados sus cincelados bordes con el contacto de los lábios; tambien la fiesta es bella cuando está en espera de su primer regocijo.

Mas lo que si entristece es la copa vacía

y goteando vuelta hácia abajo; lo que sí lastima es la desierta y fria sala, en donde el naciente día no encuentra mas que viciados perfumes y brillos apagados; cuerpo sin alma, y en donde no queda mas que un desórden inmóvil al derredor de una orquesta muda.

Eran las once de la noche; el maestro de ceremonias, á la cabeza de sus subordinados, dirigia la última vez su inteligente mirada con aire satisfecho.

El estado mayor del servicio desempeñaba su ronda suprema.

Blanca y sus marmitones tenian su puesto de honor en la repostería. Chevet, tranquilo y grande como su fama, dominaba la cocina y preludiaba los preparativos de la cena.....

La señora duquesa de Rivas acababa de salir de su tocador. Era una mujer de veinte á veintidos años en todo el esplendor de su soberana belleza.

Era alta, su talle espléndido y esbelto al propio tiempo tenia unagracia incomparable.

Su rostro, de un carácter muy marcado,

de facciones puras y audazmente dibujadas, estaba iluminado por dos ojos negros como el azabache, rasgados, muy grandes, dulces cuando su alma estaba tranquila, altivos y terribles cuando la pasion los animaba. Eran dos ojos cuya mirada sabia acompañar en ciertos momentos la dulcísima sonrisa de sus lábios, así como en otros instantes realzaban el imperioso fruncimiento de su boca. Eran dos ojos de criolla española, tan pronto ardientes como lánguidos, bajo la negra y ancha franja de sus lindísimas pestañas, ora estuviesen animados por una loca alegría, ora se les viese hundirse en las etéreas regiones de la meditacion. Eran, en fin, dos ojos de esos que hacen pensar involuntariamente en las heroínas de los dramas castellanos, tiernas y altivas, rodeadas de hombres arrodillados, pero humildes y resignadas ante un hombre!

La señora duquesa de Rivas tenia los cabellos cortos.

Estaba peinada á la Ninon.

Esto, debemos decirlo, no casaba bien, con toda la espléndida belleza que irradiaba en su persona.

Era una cabellera de un negro brillante con reflejos azulados, plantada con tanta firmeza y con una abundancia tan ostentosa, que involuntariamente preguntaba uno por qué esos bucles opulentos cubrían apenas el cuello y el nacimiento de las espaldas! Hubiera uno querido verlos ondular en luengas trenzas. Se experimentaba hasta cierto punto una decepcion, como en el momento en que el ojo percibe que el ala de un hermoso pájaro cautivo está cortada. El hecho de haber cortado aquellos cabellos maravillosos, no podia llamarse un capricho: era una profanacion!

La señora duquesa de Rivas era el tipo de las mugeres á la moda. Muchas vizcondesas horribles habian hecho ya cortar, para parecérselo, la pequeña cola de raton que les servia para detener las trenzas postizas.

El arrabal de San German se enorgullecía con la señora duquesa de Rivas: el arrabal de San Honorato se la disputaba; la calzada de Antin, adornaba con su nombre el programa un poco charlatan de sus fiestas.

Hablaban de ella hasta en los barrios mas retirados.

Los que la trataban de cerca la proclamaban amable é ingeniosa; los desgraciados sabian que era angelicalmente buena.

El señor duque de Rivas era joven aún y poseia una fortuna de príncipe. La maldicencia no se atrevia á atacar aquel matrimonio.

Apenas se habia notado, por esas gentes cuyo oficio es notar lo todo, que la señora duquesa de Rivas, tan brillante, tan envidiada, tan feliz en una palabra, llevaba algunas veces sobre la noble belleza de su rostro huellas profundas de melancolía.

De qué provenia esa tristeza?

La víspera aun, nadie en el mundo hubiera podido arriesgar una suposicion sobre tan delicado asunto; nadie, ni aun las camaristas de la duquesa, la señora Dalmas y la señorita Suzana. Pero el dia de la fiesta precisamente, un hecho singular habia tenido lugar llenando de alegria el alma de las camaristas.

Ambas se observaban mutuamente, desde aquel instante, y los zelos que son innatos en el corazon de las mugeres, se desarrollaban por momentos.

— Quién sería la confidente?

— La señora Dalmas, camarista distinguida, ó la señorita Susana, recamarera artista?

— Por principio de cuentas, diremos que ni una ni otra querian participar ni dividir aquel alto honor.

— Una duquesa, á quien la maledicencia no se ha atrevido á roer jamas, debe dar propinas espléndidas á sus criados. Ved si la cosa era de perderse!

— Para que esos destinos sean lo que se llama buenos, es preciso que la ama tenga algo que ocultar. En este caso el sueldo oficial, no es mas que el acuesorio de los gaejs misteriosos.

— La camarista pasa al estado de alcancía y reune rápidamente con que casarse con algun empleadillo que la zurre de lo bueno todo el resto de sus dias.

— Puesto que la señora Dalmas y la señorita Susana no querian dividir, habia un secreto?

— He aquí lo que sabian la señorita Susana y la señora Dalmas:

— “La duquesa habia traído de América una compañera de infancia llamada Isabel,

que se habia casado en Francia con un agregado á la embajada. Isabel era muger de mundo y estaba muy bien recibida en todas partes, precisamente á causa de su intimidad con la duquesa.

— En la mañana de aquel dia, Isabel habia venido.

— Las dos camaristas habian oido muy poca cosa de la conversacion entre Isabel y la duquesa.

— Isabel habia pasado la noche en el palacio de Boistrudan; esto era lo único que aparecia en claro.

— Y luego se habian prounciado algunos nombres:

— El vizconde Enrique de Villiers;

— El señor Jorge Leslie;

— El conde Alberto de Rosen....

— Uno solo de aquellos nombres era familiar á la Señora Dalmas y á la señorita Susana: Enrique de Villiers habia frecuentado el palacio de Rivas, y aun en el concepto de las dos camaristas habia emprendido alguna escaramuza contra el corazon inatacable de la señora duquesa. Era un caba-

llero elegante y bello; pero habian visto estrellarse á tantos!

Era muy temprano aún cuando Isabel se retiró.

La señora duquesa no se habia levantado todavía.

Susana y la señora Dalmas la hallaron muy conmovida y no poco preocupada.

Susana creyó notar que habia llorado.

Isabel volvió dos veces en el mismo dia.

La señora duquesa no parecia acordarse para nada de que tenia en su casa un gran baile aquella noche.

No tomó ningun alimento en el almuerzo.

El señor duque tuvo que preguntarla si estaba indispuesta.

La señora Dalmas y Susana, decian para sus adentros:

—Esto marcha!

Y de hecho, esta clase de cosas comienzan siempre así.

Las dos camaristas aguardaban. La fiebre de la curiosidad las invadia: husmeaban positivamente una historia, y cada una de ellas estaba dispuesta á desplegar el mayor celo con exclusion de la otra.

El vizconde Enrique de Villiers tenia su preciosísimo *groom*, que era el mayor de los seis niños de una infeliz bordadora, á quien el exceso del trabajo habia hecho cegar. Esta familia reducida á los últimos límites de la miseria, recibió un dia la visita de un ángel. La duquesa subió las tristes escaleras que conducian al granero en donde la señora Lemière y sus niños morian de hambre y de sed. Desde aquel momento, todo cambió: el pan no volvió á faltar en la pobre buhardilla; las muchachas tuvieron trabajo, los niños fueron á la escuela.

El señor vizconde de Villiers, queriendo asociarse á tan buena accion, pidió al mayor de los niños y prometió crearle un porvenir.

Este niño era Juan.

Juan amaba á la duquesa de Rivas, como los devotos niños de la Italia aman á la Madona, madre de Dios.

Juan vino á buscar á la señora duquesa de Rivas, á eso de las dos de la tarde.

Susana y la señora Dalmas quisieron despedirlo; pero él dijo resueltamente.

—Me esperaré.

Fueron á avisarle á la señora duquesa, quien mandó que lo introdujeran á su presencia cada vez que se presentara.

Las dos camareras se miraron.

—Sea en buena hora! dijo la señora Dalmas.

—El *groom* tiene privilegio esclusivo, murmuró Susana.

Despues de un momento de silencio, empleado en arrepentirse de haber hablado, Susana dijo:

—Despues de todo, es el protegido de la señora!

—La cosa es sencilla, como no puede mas! apoyó la señora Dalmas.

XX

MISTERIOS

Juan, el lindo *groom*, permaneció un largo cuarto de hora, con la señora duquesa quien prohibió que la interrumpieran.

A las seis de la tarde volvió.

Susana, que logró entrar esta vez, en el momento en que él salía, vió que la pluma de la señora duquesa estaba húmeda.

Luego habia escrito.

Juan volvió otra vez á las diez de la noche, y la señora tornó á escribir.

Fueron á avisarle á la señora duquesa, quien mandó que lo introdujeran á su presencia cada vez que se presentara.

Las dos camareras se miraron.

—Sea en buena hora! dijo la señora Dalmas.

—El *groom* tiene privilegio exclusivo, murmuró Susana.

Después de un momento de silencio, empleado en arrepentirse de haber hablado, Susana dijo:

—Después de todo, es el protegido de la señora!

—La cosa es sencilla, como no puede mas! apoyó la señora Dalmas.

XX

MISTERIOS

Juan, el lindo *groom*, permaneció un largo cuarto de hora, con la señora duquesa quien prohibió que la interrumpieran.

A las seis de la tarde volvió.

Susana, que logró entrar esta vez, en el momento en que él salía, vió que la pluma de la señora duquesa estaba húmeda.

Luego había escrito.

Juan volvió otra vez á las diez de la noche, y la señora tornó á escribir.

Las dos camaristas se morían abrasadas por el deseo de comunicarse sus observaciones. Pero se guardaban muy bien de ello.

Ambas pensaban por sí.

—Este vizconde ha dado una prueba de gran talento, tomando á su servicio al astuto Juanillo!.....

En el momento en que la señora duquesa acababa su tocado, el buen Juanillo vino por la cuarta vez.

Hizo salir al punto á la señora Dalmas y á Susana, quienes dijeron para su coletó:

—Pues señor, las cosas marchan!..... pero marchan muy aprisa!

El amor de la correspondencia epistolar le habia acometido á la duquesa con un positivo furor.

Las dos camaristas hubieran dado lo que no tenían por poder aplicar el oído á la cerradura de la puerta; pero mutuamente se hacían malaobra.

Sin este antagonismo celoso de los criados, el oficio de amo sería imposible.

—Has entregado la carta? preguntó la duquesa al groom.

—Sí, señora! respondió el niño.

—Y qué hay de nuevo en casa de tu amo?

—Nada.... no he sabido mas que una cosa: el camarista ha recibido la orden de dejar entrar al señor Jorge Leslie á media noche.

—Qué ha hecho el vizconde en el tiempo que ha mediado entre la partida del general y la llegada del señor Leslie?

—Se ha estado ejercitando en el tiro de pistola y de carabina, en el jardín; luego ha dormido!

—Habias visto algunas veces á ese señor Benito en casa del vizconde?

—Nunca.

—Juan, hijo mio, le dijo la duquesa, te doy las gracias. Me has pagado hoy muchísimo mas de lo que me pudiera deber tu madre.

—Mi madre me ha dicho, replicó el groom, que mi sangre y mi vida son de la señora duquesa.

Y habia sobre su rostro honrado é inteligente, una sombra de tristeza.

—Supongo que no crees, le dijo la duquesa, que tenia miedo de adivinar su pen-

samiento; supongo que no crees que te he hecho cometer una mala acción, ¿no es verdad?

—Oh! exclamó el niño; en la casa todos sabemos que la señora duquesa es una santa!

—Sin embargo.....

—Sin embargo!..... repitió la duquesa, El niño tenía la frente y las mejillas cubiertas de rubor.

La duquesa le dijo:

—Habla, Juan; yo lo quiero.

Pero ella también se ruborizó, y su mirada perdió su altivez.

—Un favor es lo que tengo que pedirle á la señora duquesa, balbuceó el buen Juanillo. Si la señora duquesa supiese de un destino.....

—Para qué, Juan? No estáis contento con el vizconde?

—Oh! sí tal, señora..... es muy bueno para conmigo!

—Pues entonces?.....

—Precisamente por eso..... He faltado hoy á mis deberes para con él, señora.....

comprendo que no puedo permanecer mas tiempo en la casa.....

La duquesa de Rivas le tendió la mano, y lo atrajo á su seno.

—Juan, le dijo; era para evitar una gran desgracia..... Saldrás de la casa de ese hombre, en efecto..... Teneis un noble corazón, Juan.... Yo te pondré en el colegio..... Desde hoy eres mi hijo.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas. Parecía mas bien resignado, que alegre. Mientras mas grande era el precio que le ofrecían, mas y mas le oprimía el corazón un vago remordimiento.

—Anda! replicó la duquesa. Tu amo saldrá á media noche. Es preciso que tú lo acompañes..... Acuérdate, de que si teneis algo que decirme esta noche, mandarás que me llamen, aun cuando esté rodeada de príncipes!..... Anda, Juan..... si tuvieras unos años mas, te habria dicho mi secreto!

Quando la duquesa quedó sola, permaneció largo tiempo inmóvil, con la frente apoyada sobre su mamo.

Estaba muy pálida.

Su mirada brillaba con un resplandor sombrío, bajo la erizada franja de sus pestañas.

—Tengo razon! dijo al fin, irguiéndose y levantando su hermosa cabeza. Conozco que tengo razon! Dios no castiga estos amores que nada le piden á la tierra.... Moriré antes de ser de él.... Pero si me le matan, mataré yo tambien!

El espejo que estaba frente á ella repitió su imágen.

Se miró de hito en hito, y repitió:

—Tengo razon!.....

—Y bien, señor Juan, decia en el entretanto la señora Dalmas al groom á quien habia detenido al paso; ya sois todo un hombre.... Os encargan comisiones de confianza!

—Es preciso mucha discrecion, señorito Juan! añadió Susana acariciándole las mejillas.

Juanillo las saludó con amabilidad, y se escabulló.

La señorita Susana añadió:

—La señora duquesa es quien ha colocado á ese querubin en casa del señor de Villiers.... Vos, que habeis leído tantas novelas, señora Dalmas, no hay por ahí alguna que tenga por titulo....

—*La condesa Hortensia ó las consecuencias de una buena accion*.... Sois una lengua viperina, querida niña!....

La campanilla de la señora duquesa sonó.

Las dos camaristas se precipitaron al propio tiempo para acudir al llamamiento.

Encontraron á la duquesa tranquila y risueña.

—Mis cabellos! dijo.

Parece que la señora duquesa habia tenido en algun tiempo esa luenga cabellera que le deseábamos hace un momento. Lo que ella llamaba *sus cabellos*, era una especie de *camail* formado de trenzas ligeras, tegidas como red y adornadas en cada malla con un diamante.

Muy pocas mujeres en el mundo hubieran podido dar la cantidad de cabellos que

se necesitaba para formar aquella opulenta red, cuyo dibujo resaltaba negro y brillante sobre un fondo de raso carmesí.

Era un capotillo espléndido; pero no era demasiado bello para la señora duquesa de Rivas.

Habia algunos que pretendían conocer la historia de ese maravilloso vestido.

Se aseguraba que la señora duquesa cuando aun era niña, hubiera podido cubrirse enteramente con su cabellera desatada.

Habia formado un voto. Y las tigras hicieron desaparecer en una noche esta cabellera que era una obra maestra de Dios. Esta hermosa profusion de bucles cayó.

El enamorado duque de Rivas, quiso hacer de esta cabellera una reliquia régia.

De aquí resultó esa manteleta, que hacia decir á los poetas, que la duquesa caminaba en medio de un rayo del sol.

Pero cuándo habia sido ese voto?....

La señora de Rivas estaba lista. Dió orden de que se avisase al señor duque.

Las historias contadas la víspera en el hotel de Boistrudan, hacian furor esta noche en la embajada del Brasil. La señora duquesa estaba orgullosa de oír repetir á su derredor esos nombres que en alguna manera le pertenecian, puesto que habian salido de sus aposentos. El frances Eduardo: el conde Alberto de Rosen: Towah el Panie: M. Benito llamado el Mohicano: el irlandés que vendia los billetes del Leon: los Golden-dagger: los vecinos, y por fin esta romancesca doña Cármen, la hija del alcalde, cuya belleza suprema alumbraba todos esos recuerdos.

Elena, muda y pensativa, se encontraba distraida al lado de su madre.

—Pero tened presente, decia la señora marquesa á los que se le acercaban como á la fuente mas segura donde podian tomar mejores informes, tened presente que bien pronto sabrémos el nombre de ese miserable frances.... figuraos que es uno de nuestros conocidos.... y tiemblo solamente al pensar que hemos podido estrecharle la ma-

no! Enrique me ha prometido formalmente nombrarlo.

—Hay mas, añadió tomando un aire misterioso... el conde Alberto de Rosen está en Paris..... Y algo me dice que pronto lo veremos. Nosotros estamos muy bien, porque tenemos dos personas que nos lo presentarán. El general O'Brien y M. Jorge Leslie.

Los que no sabían la historia se la hacían repetir.

Muchos dudaban de la realidad de tan fantásticas aventuras; pero aquí había una circunstancia que nadie ignoraba.

Y era, la noticia de la partida de Rosen, que abandonaba Baltimore para venir en busca de su enemigo á Paris.

Un duelo americano en el departamento del Sena! uno de esos combates salvajes, cuyo simple relato siempre nos llena de asombro, dado en el bosque de Boulogne ó en la llanura de San Dionisio. Esto parecía tan curioso como imposible, aunque no del todo.

—Qué hacer para verlo?

—Si Rosen y su adversario obtuyesen el

permiso del señor prefecto de policía, y fíjase unos anuncios, Dios sabe que *todo Paris* concurriría á este espectáculo nuevo de un duelo á la carabina, con mas gusto que al cansado *Steeple-Chase* de la Cruz de Berny!

Salimos garantes de que presentarian tres mil carruajes, de ellos, mil quinientos de alquiler: y de que habría un gran número de tiendas improvisadas por todos aquellos que quisiesen tener esta honrosa especulación.

Por todas partes se buscaba al vizconde Enrique de Villiers, que decididamente se había hecho el lion á causa del conocimiento particular que tenía del negocio.

Se solicitaba todavía mas á ese Jorge Leslie, personaje un poco misterioso, y que por sí solo escitaba una viva curiosidad.

La noble porción de *todo Paris*, que llenaba los salones de la embajada se ocupaba enteramente de estas extraordinarias aventuras.

La política y la bolsa fueron olvidadas por ese día.

Hay una palabra que siempre domina á

la multitud; la palabra varia segun son los elementos que la componen: esta palabra es tambien el pensamiento de la reunion.

Un grupo de viajeros dice: *Artículo* una compañía de comediantes dice: *creacion ó compromiso*; en medio de militares: *oficial permutar*; una banda de estudiantes: *pipa, clara*, una compañía de hombres serios: *prima, propiedad raiz*; un grupo de lindas jóvenes: *alejandrina, el señor conde, la etiqueta*, un arcópagó de académicos: *jóven, en otro tiempo*: un puesto de guardia nacionales *el primer quinto mi muger*.....

Aquí, á pesar de la heterogénea formacion de la asamblea, la palabra que por todas partes se oía era: Los cuchillos de oro, los cuchillos de oro!

Hubo un momento de silencio, cuando el vizconde de Viliers, con su vestido de Golden-Dagger, y llevando como un adorno el famoso cuchillo de oro, hizo su entrada en el salon con Jorge en traje de vecino de San Felipe de Sonora.

El vizconde condujo á Jorge hasta la duquesa de Rivas, que se hallaba sin careta, á la entrada del segundo salon.

Todo el mundo notó, que la señora duquesa, pálida como una estatua de mármol, recibió al estrangero con una simple inclinacion de cabeza, y que no pronunció una sola palabra.

Jorge se puso tambien pálido, mas despues se coloró su frente de un vivo encarnado.

Dió la mano al vizconde y le dijo; hasta luego.

El vizconde permaneció solo con un personaje de singular aspecto, que lo seguia como un perro, y que á pesar de su máscara se notaba que temia ser observado.

XXI

EL WALS.

Se hallaba el baile en toda su alegría. La multitud compacta y brillantemente matizada, apenas tenia el suficiente espacio para moverse.

La vista de tan variados trages era magnífica. Por acá y por allá mugeres sin carretas con el pretexto de tomar el aire, mostraban las encantadoras facciones de sus semblantes.

Las feas, en estas circunstancias, no dejaban de hacer uso del derecho de portar el antifaz.

En los puestos de naranjas del mercado de Choiseul, sucede lo mismo, en el monton las naranjas que se hallan á descubierto, todas están buenas.

Los compradores viendo la corteza de estos hermosos frutos que sirven de muestra fresca y jugosa, se dicen: las naranjas que conservan su cáscara son seguramente las mas frescas y mejores, se las estoge, se las sopesa y se las compra.....

Un vendedor de naranjas fué el primero que nos aconsejó á no amar nunca al través de una máscara.

En esta atmósfera tibia y embalsamada: en donde la luz, cayendo en raudales de los dorados techos, reflejaba sobre las molduras contorneadas, sobre los tersos pavimientos, y sobre el oro, diamantes y pedrería de los tocados, que despedían luces brillantes que aturdian la cabeza. Aquello parecia un oceano de terciopelos, de pedrerías, de flores, que ondulaban al soplo de no sé qué viento misterioso.

Se bailaba en los dos primeros salones, en el tercero se refrescaba: en la galería se

bailaba tambien y mas lejos se jugaba igualmente un juego infernal.

Era esta una fiesta, ¡pardiez! pero una grande y hermosa fiesta.

Qué vez ha sucedido que *todo Paris* fuese tan poco galante, que correspondiese mal al llamado de una encantadora duquesa *espiritual*, y rica á millones!

*Todo Paris*, hace el desdeñoso con los ricos improvisados. Esto dicen, pero cuando esto se dice, *todo Paris* se apresura á concurrir á sus fiestas.

Encontramos, en suma, que *todo Paris* es un gran príncipe pero que se ladea con la canalla con frecuencia.

*Todo Paris* desdeña y difama á los ricos improvisados: he aquí el principio.

Pero *todo Paris* va á casa del baron Pablo, porque tiene mucho talento, á casa del baron Pedro, porque es un estúpido, á la del conde Juan, por su fausto; á la del conde Bautista, por su mezquindad; á casa de Meyendorff, porque es judío; á la de Marandel, porque es cristiano; á casa de Mad. el Godard, porque es musulmana.

No hay mas que tener buenos caballos

para poder tener pergaminos que valgan algo.

Si *todo Paris* no ha ido todavia á casa del verdugo, es porque este funcionario no gasta fausto y vive en la soledad.

En los salones de la duquesa de Rivas, habia reunidos tan elevados personajes por sus antiguas gloria ys por su vieja nobleza, que este pobre *todo Paris*, conocia bien que no era mas que un *buen nombre*! . . . .

Se tocaba al primer wals.

Jorge Leslie habia reclamado su derecho de Elena; y bailaron juntos.

El vizconde de Villiers, retenido por la fuerza al lado de la marquesa, habia ocupado el lugar vacio de Elena, y sufría un interrogatorio.

—Sois un prisionero por esta vez, primo mio, decia la marquesa, me vais á decir el nombre de ese francés, de ese M. Eduardo. . . .

—Estoy comprometido, prima mia, respondió Enrique, y cumpliré mi palabra.

La marquesa acercó su asiento y se pasó la lengua por los lábios.

—Pero, prosiguió el vizconde, hay con-

sideraciones.... deberes, prima mia.... Soy el amigo del señor duque de Rivas.

—El señor duque de Rivas! repitió la marquesa, y qué tiene que hacer aquí el nombre del señor duque?

—Vais á comprenderme, un escándalo en medio de una fiesta....

—Primo mio, exclamó la marquesa, cuya curiosidad la exaltaba, os protesto que no os comprendo bien.... De qué escándalo me hablais?

Enrique se acercó á su oído.

—Aquí está, murmuró.

—El francés!.... dijo la marquesa le vantándose de su asiento.

—Chist!.... contestó Enrique, comprenderéis que esto es demasiado grave!

—Os juro ser discreta!

—Permitidme una pregunta solamente mi querida prima.... Si fuéseis la señora duquesa de Rivas y que la casualidad hubiese traído á vuestros salones un personaje tal!....

—Comprendo! comprendo.... mas supuesto que seré muda....

Enrique movió la cabeza, su gesto y su actitud eran casi solemnes.

—No insistais, mi querida prima, dijo, tendré el sentimiento de no satisfacer vuestro deseo. No quiero ser cómplice, ni aun indirectamente de lo que aquí va á pasar.

—Pues qué vá á suceder?

—Ya he dicho mucho, murmuró el vizconde.

Enrique! Enrique! hablad en nombre del cielo! suplicó la marquesa, porque os prevengo que yo penetraré este secreto á vuestro pesar.... O'Brien vá á llegar....

—Si el general quiere instruiros, tanto mejor, porque así yo estaré á cubierto de toda responsabilidad.

Un ligero encarnado habia subido á su frente, pero él conservaba una tranquila sonrisa.

En este momento, el desconocido que habia entrado con él y Jorge Leslie, se le acercó y le habló en el oído.

Enrique respondió algunas palabras en voz baja, y el desconocido se perdió entre la multitud.

La marquesa creyó haber percibido el

nombre de O'Brien, pronunciado por la tercera vez.

—Quién es ese? preguntó.

—No habeis oído qué hablaba del general? replicó Enrique.

—Sí tal. . . . me pareció. . . .

—El general tiene muchos amigos, pronunció lentamente el vizconde; á su edad las viejas costumbres no se corrijen. . . . El general es apasionado por las aventuras.

—Será cierto que el general se halla mezclado en esto?

—Yo tengo por el general una amistad verdadera, he hecho cuanto he podido por apartarlo. . . .

—Pero me volveis loca! exclamó la marquesa.

Después añadió en un arranque de sublime curiosidad:

—Mirad, vizconde, vos no amais á mi hija!

Enrique afectó no percibir lo cómico de la exclamación. Y por el contrario, dió á su fisonomía una expresión de profunda tristeza.

—Mi querida prima, dijo con patético

acento, Elena es mi última afección: he puesto en ella todo mi porvenir, todas mis esperanzas de dicha. . . .

—Y no teneis confianza en su madre?

—Escuchadme. . . .

La marquesa acercó mas su silla.

Habia una cosa que Enrique no podia decir, y esta era el nombre del francés.

Imposible de poder pronunciar un nombre cualquiera desconocido de todos; imposible tambien, de aplicar este nombre á un personaje real, era esta una acusación de infamia.

Henrique tomó las dos manos de su futura suegra, y prosiguió, eludiendo la cuestión principal.

—Me habeis obligado. . . . lo que voy á deciros es un secreto de vida y de muerte: no solamente el que llamais el francés está aquí, sino tambien su adversario. . . .

—Quién? interrumpió la marquesa, el conde Alberto de Rosen! ®

Enrique se levantó.

—Espero que no tendré que arrepentirme de esta confianza.

Hizo una reverencia y se alejó.

La marquesa quedó como sobre ascuas encendidas.

Ya no era en el palacio de la embajada donde ella se hallaba. Estaba en el teatro de la Puerta de San Martín; estaba sobre la escena en medio de una de esas fiestas, donde hay puñales bajo de cada vestido y pistolas en todas las bolsas. Su cabeza se trastornaba. El drama se representaba en medio de esta atmósfera radiante y perfumada. Al través de las máscaras percibía sangrientas y amenazadoras miradas. La marquesa vió pasar varias veces al *Bravo* dando el brazo á la *Veneciana!* .....

Venecia! Venecia! Oh! ciertamente era una noche de Venecia: pasiones feroces bajo los terciopelos: el pié de los enamorados que pronto resbalaría en la sangre: el canto voluptuoso mezclado luego á los gritos de la agonía!

Yago debía estar allí en alguna parte, y Shylock y otros pícaros, todos ribereños de las lagunas; la marquesa se preguntaba si le sería necesario atravesar el *Puente de los Suspiros* para regresar á su hotel....

La magnífica orquesta entretanto, continuaba tranquilamente el wals.

Pero en semejantes fiestas la orquesta es tan engañosa!

Las parejas pasaban, se balanceaban y daban vueltas; desgraciadas! no sabian...

La señora marquesa buscó con la vista á su hija, y no la vió.

Elena y Jorge habian dado dos vueltas de wals sin hablarse.

Elena estaba tan conmovida, que todo su cuerpo temblaba.

Jorge procuró hablar en el primer intervalo de descanso, pero no pudo.

Al comenzar de nuevo la llevó hácia el segundo salon.

—Por qué me alejais de mi madre?

—Cuántas cartas habeis recibido de miss Ellen Talbot, desde hace cuatro meses? preguntó Jorge en lugar de responder.

—Ella no me ha escrito desde hace un año; replicó la jóven.

—En otro tiempo, os ha hablado del conde de Rosen?

—Me habia dicho: "Soy amada, amo; voy á ser dichosa."

Jorge se detuvo al fin del segundo salon,  
—Ellen habia hablado con frecuencia de  
vos á su prometido, dijo.

Y como la jóven guardara silencio, Jorge  
prosiguió, bajando la voz:

—Amais al señor vizconde Enrique de  
Villiers?

Elena sintió que el rubor teñia su frente  
y sus mejillas.

En el fondo de su alma se asombraba de  
no experimentar ningun sentimiento de có-  
lera.

—No me respondeis? prosiguió Jorge  
Leslie. Hay no sé qué voz que me dice  
que Dios os ha preservado.

Elena levantó sobre él sus grandes ojos  
azules.

—Oh! sí, exclamó Jorge en un arranque  
de entusiasmo; hay almas que son herma-  
nas.... Si Ellen muriese, seriais la madre  
de su hija?

—Ellen.... morir!... murmuró Elena  
de Boistrudan.

—Ella os lo pedia en sus cartas, dijo  
Jorge.

—Me ha escrito, pues?

—Si hubiéseis sufrido como Ellen, con-  
sultad vuestro corazon, señorita, á quién le  
habriais pedido una lágrima, una oracion?

—A Ellen....

—Gracias á nombre de Ellen, á quien yo  
llevaré vuestras lágrimas y vuestra oracion!

La señorita de Boistrudan tenia los ojos  
cubiertos de lágrimas.

La mirada de Jorge brilló.

Su mano rodeó el talle de la jóven, y la  
arrastró de nuevo al torbellino del wals....

—La última vez que yo la ví, dijo, esta-  
ba muy débil y tan cambiada!....

Os acordais de su sonrisa?.... qué feliz  
y que bella jóven! lo que hace mas comple-  
ta vuestra semejanza, es esa mirada de án-  
gel que ambas teneis.... Me parece ver á  
Ellen cuando os miro: á Ellen en el tiempo  
de su fecilidad....

—Sabeis lo que ella me decia? me decia,  
tenemos el mismo corazon.... Ah! por qué  
se habrá olvidado de mí!

—Pero si no ha pasado un solo dia sin  
pensar en ella! interrumpió la señorita de  
Boistrudan.

—Ella os pidió desde muy léjos, y desde

el fondo de su ternura, un consuelo.... el consuelo no llegó *nunca*. Yo habia adivinado cuál era la mano que habia levantado entre ambas un obstáculo....

—Y cuál era esa mano!

—Me decia, tambien amo lo que ella ama.... he puesto su querido nombre á mi hija..... cuando yo soñaba, se apoderaba de mí un temor: si llegaríamos á ser rivales!.....

Elena procuró sonreirse; pero se vió obligada á comprimirse con sus manos los lados de su corazon.

—Descansemos, dijo.

Jorge continuaba sosteniéndola casi en sus brazos.

—Este era su pensamiento, así lo expresaba: supuesto que ambas tenemos el mismo corazon, ella amará al que yo ame.... el que me ha engañado, puede ser que tenga el poder de engañarla....

—Ojalá que hubiéramos tenido el mismo corazon! dijo Elena, yo no he amado *nunca*.

Su mirada encontró la de Jorge Leslie. Ella se turbó.

—Llebadme á donde está mi madre, murmuró, me siento mal!

—Y aquel que me amaba, prosiguió Jorge—es siempre Ellen la que habla..... aquel que me amaba lo amaré.... estoy segura de ello.... yo lo sé!

—Os lo suplico, repitió Elena, llevadme á donde está mi madre.

Su mirada se ofuscaba.

Jorge, en lugar de obedecer, atravesó el quicio del tercer salon. Elena estaba incapaz de reconocer su camino.

A la entrada de este salon, el duque de Rivas estaba sentado al lado de su mujer; tenia descubierto todavia el rostro; las mugeres nacidas en el ardiente suelo de los trópicos, tienen un género de belleza distinto del de las nuestras; algunas, sin embargo, reunen en un conjunto adorable los contrarios tipos de la inglesa y de la española.

Su mirada es mas poética al través de sus largas pestañas.

Hay en ellas la pasion y la melancolía, la piedad austera y el vivo amor del placer: prudentes y ligeras, púdicas y fogosas; ya alegres como el pájaro que canta regocija-

do en la primavera, ya tristes buscando, yo no sé que recuerdo de otro mundo que vagamente sienten....

La duquesa de Rivas estaba tan espléndidamente bella, con su camail cuajado de diamantes, que reflejaban sobre su cuello de cisne, que se observaba á su derredor un murmullo de admiración.

El duque la contemplaba orgulloso de poseer tan maravilloso tesoro.

El duque era un hombre de cuarenta años, taciturno, altivo y triste como un español.

Cuando Jorge Leslie atravesó el umbral, llevando del brazo á la señorita de Boistrudan, la duquesa de Rivas se estremeció. El duque se inclinó hácia ella y le dijo:

—Es él?

La duquesa movió la cabeza afirmativamente.

El duque siguió con una mirada extraña á la joven pareja que se alejaba.

—Me habeis dicho la verdad, señora? prosiguió.

Y cuando la duquesa movía los labios

para contestarle, Rivas la interrumpió con un gesto lleno de cortesía.

—No es una pregunta la que os hago, dijo, tengo confianza en mi mujer.... Habeis amado cuando érais niña, y habeis permanecido pura, está bien, habeis hecho de vuestro marido un confesor, esto es grande.... Vuestro marido os dá las gracias y no pone á vuestra libertad otro límite, que el honor de su nombre, que es necesario conservar á los ojos del mundo... el mundo no comprende siempre lo que es bueno y lo que es grande.... A dios, señora, yo os amo; no me encontraréis esta noche en vuestro camino, sino en el caso que tengais necesidad de mí.

Levantó la mano de la duquesa hasta sus labios

Esta mano se comprimió fuertemente contra su boca, y la duquesa respondió:

—Yo tambien os amo!

Cuando el duque se marchó, la mirada de la hermosa criolla, se dirigió hácia Jorge y Elena.

Qué originaba la emocion que hacia temblar una lágrima en sus párpados?

—Madre de Dios! es cierto, yo lo amo! lo amo!

Un vago suspiro exhaló de su pecho.

—Yo ví á la pobre Ellen, hermosa, aun en medio de la tristeza de su abandono. . . . ésta, es la otra en los dias de su esperanza y de su alegría. . . . el corazon del amante de Ellen, se engaña, no se ha mudado. . . Virgen Santa, concededle una muerte dulce á la mártir, y que estos, sean muy felices acá en la tierra.

Suspiró de nuevo, y entonces, sin hacerse gran violencia trajo á sus labios la sonrisa para acoger el círculo de adoradores que la rodeaba.

—Os poneis mala, Elena, decia en este momento Jorge, que sentia á la jóven desmayarse entre sus brazos.

Una ventana abierta daba sobre un terrado cubierto de flores; Jorge lo atravesó para procurar el aire fresco de la noche á la abrazada frente de la señorita de Boistrudan.

—No, prosiguió él, os engañais señorita; el que amaba á Ellen no la ha abandonado. . . . aun despues de su desgracia, que nunca llamó una falta, el conde Alberto se

miró siempre como el esposo de miss Talbot hasta el dia en que ella le dijo:

—Yo pertenezco al padre de mi hija, no quiero ya vuestro amor.

Ella, ya no lo amaba? . . . . . murmuró Elena, que escuchaba á pesar suyo y que no podia librarse del poder irresistible y misterioso que la encadenaba al lado de Leslie.

—No lo amaba ya. . . . replicó este, qué sé yo. . . . Ellen Talbot es una noble jóven, virtuosa despues de su desgracia y que habla á Dios sin terror. . . . . despues de haber dicho al conde Alberto: no quiero ya vuestro amor, añadió, repitiendo sus propias palabras: el que me ha amado amará tambien á Elena, mi hermana. . . . . Elena mi hermana amará al que yo he amado. . . lo sé, lo siento! . . . . .

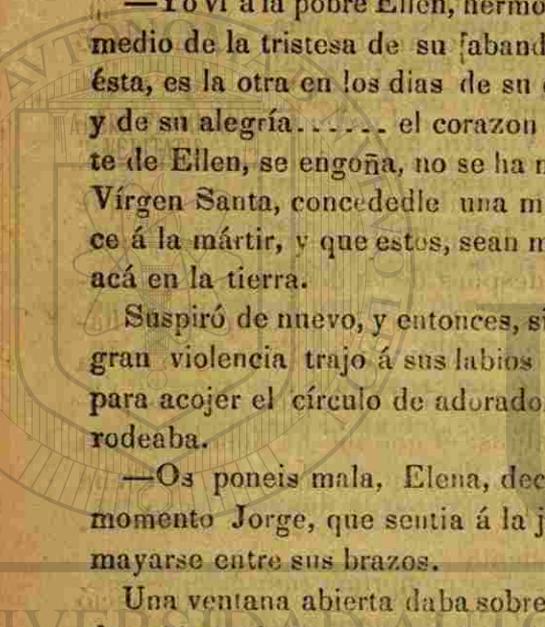
La señorita de Boistrudan se estremeció como si despertara de un sueño.

—Se acabó el wals, por qué estamos aquí?

Jorge la ofreció la mano para entrar al salón.

Los que van á morir son profetas, prosiguió, entre tanto atravesaba por medio de la multitud; Ellen, ha dicho tambien.

ALFONSO A. ALFONSO A. ALFONSO A. ALFONSO A. ALFONSO A.



D. A. N. U.

—Elena no podrá amar jamás al que me ha engañado!

—En nombre del cielo! señor, exclamó la joven que se detuvo repentinamente, esplicaos. . . . . yo no os conozco. . . . . vuestras palabras me parecen amenazas.

—Son las palabras de una moribunda, señorita, respondió Jorge, y yo cumplo una promesa sagrada repitiéndosla.

—Ellen habrá muerto! . . . . y vos me habeis ocultado. . . . .

—Ellen vive. . . . . ella aguarda un padre para su hija. . . . . de qué modo, por su voluntad, ó por fuerza. . . . que su seductor dé su nombre al hijo y Ellen no detendrá mas tiempo su noble alma que volará hasta Dios.

Algunos pasos los separaban todavía del lugar donde habian dejado á la marquesa.

—Una palabra por último, dijo Jorge, independiente de nuestra voluntad, habrá entre nosotros un vínculo, señorita. . . . . No os volveré á ver esta noche. . . . . acaso no os volveré á ver jamás! . . . . .

—En nombre de Ellen os conjuro á que me hagais una promesa. . . . .

—Cuál es!

—No concedais vuestra mano al vizconde Enrique de Villiers.

—El matrimonio está arreglado, objetó la joven, cuya turbacion habia llegado á su colmo.

—Este matrimonio es imposible! pronunció lentamente Leslie.

—Podré creerlo! . . . . comenzó Elena.

—La señora marquesa os llama. . . . mañana á las nueve estaré arrodillado delante del altar de la virgen en Santo Tomas de Aquino. . . . os diré yo mismo, porque Ellen vuestra hermana, os prohíbe casaros con este hombre. . . . Si no me encontrase allí, una persona os dará una carta que contenga la esplicacion de lo que os prometo. . . . Hay la costumbre de creer en la última palabra de los que van á morir. . . . vos me creeréis, señorita!

Saludó profundamente, dejando á Elena estupefacta y mas fria que un mármol, al lado de su madre.

Esta se hallaba en un estado próximo á la fiebre, que en medicina se designa con el

nombre de escitacion. La confidencia del vizconde fermentaba en su interior.

Como ella no habia encontrado á nadie con quien hablar, debemos hacer constar que ella habia sido discreta.

—Miraos toda descompuesta, Elena, el wals no os prueba.... Ah! si supiéseis lo que acabo de saber!

Elena la miraba atentamente y como aturdida.—os sentís indispuesta? prosiguió la marquesa; el wals exige un esfuerzo grande; podria decirse que son dos títeres que giran sobre pibote!.... En mis tiempos, los bailes eran tan mensurados y tan graciosos.... pero en el dia, con el pretesto del progreso, todo está echado á perder.... Dais vueltas y mas vueltas, eso os divierte, muy bien, pero como no sois trompo de Alemania, vuestro corazon acaba por dar vueltas tambien.... Daos un poco de aire, Elena, á Dios gracias, esto no será nada.

Alargó en seguida el cuello para ver á uno vestido de pirata que pasaba con un puñal en la cintura.

—Será él!.... murmuró.

El pirata la saludó magestuosamente.

—Eh! no, exclamó ella, si es ese pobre de Grecourt!..... Este no mataria una mosca.....

—Cómo os sentís ya, Elena?

—Mejor, madre mia.

—Estaba segura de ello; ahora decidme, qué clase de hombre es este M. Jorge Leslie?

—Qué clase de hombre? repitió Elena maquinalmente.

La marquesa se volvió hácia ella y la miró mas atentamente.

—Qué tienes, mi vida? nunca te habia visto así!

—No tengo nada, madre mia, respondió Elena.

—Hace mucho calor! prosiguió la buena señora. Has visto á la duquesa, está verdaderamente encantadora!..... yo no sé si su deslumbrante camail es de moda, pero lo cierto es, que le está muy bien!.....

Elena experimentó calosfrio, y vaciló en su asiento.

Si estás mala, dijo la marquesa, nos iremos.

—No, respondió Elena.

—Podría jurarse que tú has experimentado alguna emoción. . . . por ventura habrás oído hablar de lo que aquí pasa?

Elena fijó sobre su madre sus ojos, reanimados rep. utivamente.

—Qué es lo que pasa? preguntó.

—Chut! exclamó la marquesa, he aquí á M. de Grécourt que busca con quién bailar.

M. de Grécourt, vizconde, se acercó á la señorita de Boistrudan, y le pidió la próxima cuadrilla, la cual le fué rehusada, retirándose en seguida con la mano puesta en el mango de marfil de su *kangiar*.

—He prometido el secreto, prosiguió la señora marquesa, respondiendo á la pregunta de Elena. Ah! qué asunto tan terrible! . . . si alguno tiene motivo de pasar la mal esta noche, sería yo. . . . Si tú supieras lo que me ha dicho Enrique! . . . .

Elena volvió la cabeza.

La marquesa le apretó el brazo suavemente.

—Acércate, dijo. . . . acércate mas. . . . no se puede hablar de estas cosas sino en el oído. . . . Recuerdas bien la historia de ayer! Este frances que engañó á la pobre

de Ellen, y su enemigo el conde Alberto de Rosen.

Elena no respiraba.

—Este duelo á muerte, continuó la marquesa, contenta por el efecto que producian sus palabras, este pacto de sangre. . . .

—Y bien! . . . . exclamó la jóven cuyas heladas manos se apoderaron de las de su madre.

—Estás yerta. . . . pues bien. . . . serénate. . . . el frances y Rosen están aquí, en el baile.

—Es posible! madre mia. . . .

—Es positivo.

—Luego entónces, pronunció penosamente Elena, que parecia presa de un agitación extraordinaria, van á encontrarse. . .

—Se buscan para batirse.

Elena experimentó una contracción nerviosa.

Su garganta no pudo por un momento dar paso al aire.

—Sí. . . . sí, se buscan, exclamó con una voz breve. . . . . yo debí haber comprendido. . . . .

—Comprendido, qué? preguntó la marquesa; os han hablado de esto?.....

—En efecto, se interrumpió vivamente, tú acabas de bailar con M. Jorge Leslie, mi vida..... tú debes saber algo..... acaso habrás visto?.....

Elena apoyó sus manos contra su corazón.

Yo creo que he visto al conde Alberto de Rosen, madre mia, dijo con voz ahogada.

—Dónde está? puedes enseñármelo? lo reconocerás!

—Y creo también, prosiguió la jóven, que vos, madre mia, habeis visto al frances que ha dado la muerte á nuestra pobre Ellen....!

La marquesa se levantó como una leona.

—Habla claramente! esclamó; lo quiero!

Elena exhaló un profundo suspiro; sus labios se pusieron blancos, su cabeza se inclinó sobre el hombro de la marquesa.

Estaba desmayada.

XXI

LA ESTRELLA POLAR

“No es nada, decia Lafontaine, es una mujer que se ahoga.”

Sin llevar el estoicismo tan léjos, se podia decir muy bien al ménos, que en un baile, un desmayo es una de las cosas mas comunes.

El calor es siempre el motivo obligado de estas pequeñas catástrofes. Pero pensad también, cuántos dramas tienen su origen en estos espléndidos lugares, cuántos amores, cuántos ódios, y cuántas, por consiguiente, peripecias necesarias!

—Comprendido, qué? preguntó la marquesa; os han hablado de esto?.....

—En efecto, se interrumpió vivamente, tú acabas de bailar con M. Jorge Leslie, mi vida..... tú debes saber algo..... acaso habrás visto?.....

Elena apoyó sus manos contra su corazón.

Yo creo que he visto al conde Alberto de Rosen, madre mia, dijo con voz ahogada.

—Dónde está? puedes enseñármelo? lo reconocerás!

—Y creo también, prosiguió la jóven, que vos, madre mia, habeis visto al frances que ha dado la muerte á nuestra pobre Ellen....!

La marquesa se levantó como una leona.

—Habla claramente! esclamó; lo quiero!

Elena exhaló un profundo suspiro; sus labios se pusieron blancos, su cabeza se inclinó sobre el hombro de la marquesa.

Estaba desmayada.

XXI

LA ESTRELLA POLAR

“No es nada, decia Lafontaine, es una mujer que se ahoga.”

Sin llevar el estoicismo tan léjos, se podia decir muy bien al ménos, que en un baile, un desmayo es una de las cosas mas comunes.

El calor es siempre el motivo obligado de estas pequeñas catástrofes. Pero pensad también, cuántos dramas tienen su origen en estos espléndidos lugares, cuántos amores, cuántos ódios, y cuántas, por consiguiente, peripecias necesarias!

Ciertamente, de ordinario no se representan estos dramas con el puñal en la mano y el sañudo gesto en el semblante, como en las tablas de nuestros teatros; pero qué importa, si la mas terrible de las máscaras trágicas es la que tiene la sonrisa en los labios?

Recordaréis que en la leyenda de las pieles rojas, el Panie Aganis hizo dorar el puñal que debia atravesar el corazon del virey.

Los grabados que adornan los libros de los niños, no nos muestran siempre la serpiente escondida bajo las flores?

El desmayo de la señorita de Boistrudan pasó desapercibido. Hacia tanto calor!

No hubiéramos juzgado á propósito detenernos sobre este ligero acontecimiento, si no hubiera atraído al lado de la marquesa y de su hija á la señora duquesa de Rivas, que vino á desempeñar con una gracia encantadora, los deberes de ama de casa.

Cuando Elena volvió en sí, estaba sobre una cama en el gabinete de la señora duquesa. Esta, acababa de prodigarle por sí

misma, esos minuciosos cuidados para los que son tan hábiles las mugeres.

—Tranquilizaos, señora marquesa, dijo; porque esta querida niña va á volver en sí.

La primera mirada de Elena se dirigió al vizconde de Villiers, se estremeció débilmente y cerró de nuevo los ojos.

—Soy yo, prima mia, dijo Enrique; os asusto!

La duquesa besó la frente de Elena, y repitió jovialmente:

—Os asusta?

Elena no respondió.

La duquesa dirigió á Enrique una mirada.

En seguida, dijo:

—Venid, que quiero hablaros, vizconde. Enrique se acercó.

La duquesa lo tomó por el brazo, y se separó algunos pasos con él.

—El hombre que aguardais, no puede tardar, le dijo en voz baja.

Y como sintiese temblar el brazo de Enrique en el suyo:

—Si no queda terminado todo esta no-

che, añadió, os prevengo que sois perdido... Estad alerta!

Se hallaban cerca de la puerta. Ella la cerró entónces, dejando al vizconde aturcido.

Volvió en seguida ligera y alegre á sentarse al lado de Elena.

—Vednos ya buenas amigas para siempre á la señorita de Boistrudan y á mí, dijo en seguida á la marquesa: tengo ya un secreto que confiarle.... no nos escuchéis.

Se inclinó, siempre sonriendo, sobre la almohada de Elena, y murmuró estas palabras:

—No temais nada por él.... tiene amigos!

Elena la dirigió una mirada tímida é inquieta.

—No hablo del vizconde Enrique, prosiguió la duquesa. Esperanza y valor!.... sois amada, y vos amaréis!.... cuando el Oceano nos separe á las dos, conservad algun recuerdo de mí!

Besó de nuevo á Elena que permanecía muda, y se dirigió á la marquesa.

—Iré mañana á saber de la salud de la

señorita de Boistrudan, dijo, escusadme si os dejo.

En ese momento la puerta se abria, y se presentó Susana que venia en busca de su señora.

—Qué te ha dicho? preguntó la marquesa á Elena.... Es una muger deliciosa!...

—Qué me ha dicho?..... lo sé yo acaso?..... Hay una confusion en mis ideas.... mientras que ella me hablaba, madre mia, me parecia escuchar la voz de mi buen Angel.

—Eso es! exclamó la marquesa, las jóvenes le dan á todo un giro romancesco!.... pero qué talle! qué ojos!..... yo no he visto en mi vida hombros mas bellos!

—Es el paje, decia en ese momento la señorita Susana á la duquesa.

Las dos camaristas llamaban así á Juanito, el groom de M. de Villiers.

Las admiraba mas, ver que continuaban los misteriosos mensajes; á pesar de hallarse presente el vizconde Enrique, y de las oportunidades del baile.

La señora duquesa se dirigió al momen-

to á su aposento, donde se encerró con el niño.

Al cabo de algunos minutos llamó á un camarista, y comenzó á cambiarse traje.

—En hora buena! se dijeron la señora Dalmas y la señorita Susana: decididamente la novela va á comenzar. . . . No quiere ser reconocida!

La señora duquesa de Rivas pidió en efecto una máscara y un dominó.

Eran las dos de la mañana, habia crecido el flujo del placer en los salones: las mugeres estaban mas hermosas y los hombres mejor inspirados.

*Se intrigaba*, mas supuesto que es necesario dar á conocer lo que pasaba, dirémos á nuestros provincianos, que no eran las intrigas como allá en provincia.

Los autores de vaudevilles, han inventado hace tiempo, un personaje viejo como Herodes, que pasa en las piezas diciendo injurias á todo el mundo, y que llega hasta el desenlace sin haber tenido ni siquiera una oreja cortada.

Un j6ven y valiente escritor, que no es por cierto vaudevillista, Alejandro Dumas,

hijo, ha hecho, así lo espero, á este personaje imposible para lo futuro, llevándolo hasta lo sublime en su hermosa comedia del *Medio-Mundo*. Segun Olivier de Jalin, *espí-ritual* é intransigible, como un hombre honrado; no se sabe qué hará la posteridad tan mal educada de M. Desgenais?

Hablamos de todo esto, porque la intriga, la antigua y verdadera intriga, ha dado pasos en falso como M. Desgenais. Su finura consiste en decir: “ya te conozco, hermosa máscara, tú tienes peluca tú dientes postizos, tú un amante y aun tú un sedal,” segun el sexo de la persona á quien se embroma.

“Tu haz reunido tus riquezas de un modo infame!

—Antes que tú hubieras podido comprar los primeros zapatos, eras un harapiento despreciable, hermosa mascarita: por qué el primo Victor no nos ha traído esta noche, á tu muger?

Y otras novedades por el estilo.

—Es cierto que esta especie de intriga no existe en todas partes.

M. Desgenais la hubiera encerrado en la sala del vestuario del hotel de Rivas con

sus ordinarios zuecos y con su paraguas. Su talento, que tiene en efecto, no está provisto de la necesaria etiqueta para poder brillar en ese lugar de puertas adentro.

En el mundo todos se muerden, esto es indudable, pero no todos se muerden á la manera de los bulldogs, que los transeuntes separan á palos.

La verdadera intriga del mundo es el placer. Y así como la sed no satisfecha origina la rabia en los perros, del mismo modo el fiasco aguza la sátira.

En casa de la señora duquesa de Rivas se disfrutaba del placer tranquilamente: la fiesta era alegre dentro de los límites de la alegría mundana: el ciego amor vaciaba su carcax discretamente. Todos se divertían; es por cierto un interesante negocio! La huraña manía de censurar no ataca sino á los que se fastidian.

Habia ya materia para esas graciosas comedias que la casualidad arregla, cuyo prólogo es una sonrisa y su desenlace una lágrima, que muy pronto se seca; comedias de dos personajes, ó cuando mas de tres, si el marido es curioso.

Habia allí mismo, á docenas, esas novelitas en las que las dotes figuraban entre las polkas y las varsovianas: las novias con un pié levantado en medio del salon y los padres sentados en las galerías, cien mil escudos de dote para la señorita y buenas *esperanzas*; en cuanto al joven, cinco acciones de la compañía general (de incendio,) las tierras de Mostain, é igualmente *esperanzas*.

El lenguaje tiene tambien sus *ambigüismos*: esperanza significa la idea de abuelos muertos, de tias difuntas. No tenemos la pretension de haber descubierto el lado cómico de las pompas fúnebres.

Habia tambien otras negociaciones, asuntos serios, embrollos diplomáticos: habia á la sordina batallas encarnizadas entre señoras, asaltos de empleos y de cruces: habia allí reputaciones que nacian, compañías anónimas que se fundaban sin darse á conocer: y en fin, habia allí, lo que para nosotros es lo mejor, una juventud que bailaba por bailar, que reía por reír, que arrojaba al viento sus cabellos blondos ó negros en las vueltas del apasionado vals, que suspiraba por todo; que se entregaba con toda su alma á la ale-

gria; juventud alegre y sincera: la vida y la gloria de un baile!

Todas estas preciosas novelitas, todas estas comedias graciosas, todos estos negocios, todo este placer, hacian olvidar la idea sombría del drama que se habia iniciado al principio de la fiesta.

El telon tardaba tanto en levantarse, que por último, habian acabado por ir á buscar el espectáculo á otra parte.

En suma, el vizconde Enrique de Villiers se habia conmovido, ni mas ni ménos, como todos: cuando se le hablaba de la catástrofe posible se sonreía.

En cuanto á Jorge Leslie, habia bailado tan bien; qué creer?

La idea de una mistificacion comenzaba á estenderse.

En resúmen, estos dos hombres de carabinas que habian partido de las selvas vírgenes del Oeste de América, para terminar su diferencia en Paris, no estaban á las órdenes de la asamblea. A medida que la noche avanzaba, las caretas se hacian mas y mas transparentes

Se iban conociendo, se les contaba. En

dónde se hallaban los héroes del melodrama?

Ya se iban resignando poco á poco á pasársela sin tragedia.

Algunos minutos despues, á las dos dadas, el vizconde Enrique de Villiers y Jorge Leslie se encontraron.

Jorge previno la pregunta del vizconde, diciendo:

—No ha llegado aún.

Esto fué todo. Pasaron adelante.

El vizconde entró á la sala de juego.

Jorge se dirigió al terrado de flores á donde habia conducido á Elena durante el wals.

El terrado se estendia á lo largo del ala del edificio y venia á terminarse en un balcon que caía á la calle á la izquierda de la puerta cochera, encima del embanquetado:

Jorge se recargó sobre el balaustrado de fierro.

El tiempo estaba húmedo y caliente. Un desyelo súbito habia cambiado en lodo el tapiz ceniciento que cubria las calles la noche precedente. Habia llovido toda la noche, pero en ese momento las estrellas bri-

llaban con inusitado esplendor, en el limpio firmamento despejado por el viento del Sur.

Se oía á lo léjos ese ruido monótono del agua que escurre de los tejados.

El corazon tiene sentimientos candorosos que acaricia. Todos los enamorados son unos niños. Quién no ha señalado en el momento de la separacion una estrella del cielo, y mostrándosela á la querida del corazon, le ha dicho: “contéplala á esta misma hora que yo tambien la miraré pensando en tí; piensa tambien en mí.”

Estos son los tristes consuelos de la ausencia.

La distancia separa dos corazones que se comunican entre sí, por medio del astro nocturno.

Las miradas se cruzan, nada se ve; pero los párpados se humedecen.

El centelleo de la muda estrella habla de amor.

Una vez, en el momento de la despedida —la ausencia debia ser muy larga— Jorge Leslie y la que amaba, se habian prometido los dos contemplar la estrella polar á las diez, y enviarse el beso de la noche al tra-

vés de la inmensa distancia del continente americano.

Cuántas cosas habian pasado desde entónces! Cuántos peligros evitados! Cuántas batallas ganadas! Cuántas lágrimas! ah! y qué caída tan profunda!

Jorge Leslie contempló la estrella: una lágrima rodó por su mejilla, y su corazon se comprimió dolorosamente.

—Ellen, murmuró, Cármen!

La estrella le repetia estos dos nombres, el de la amante y el de la hermana.

Porque una vez, la hora fatal habia sonado, y los ojos de Jorge en vano se habian levantado hasta el cielo, existia un velo entre el cielo y él; entre su corazon y el corazon de Ellen; esta lejana voz que le hablaba todas las noches, de la que estaba ausente, callaria para siempre.

Decia á Cármen, cuando Cármen era su hermana, le decia una noche que la brisa fresca de las sabanas se elevaba hasta las puntas de las torres:

“El cielo está sereno; no veis la estrella del norte del lado del Rio Gila?”

Y cuando Cármen respondió, “sí la veo,”

sonaron las diez, Jorge oyó la voz de Ellen.

Desde ese día, Cármen miraba la estrella en lugar de su ciego amigo.

He aquí, por qué la estrella polar, ponía dos nombres queridos en los labios de Jorge, dos caros recuerdos en su corazón.

Ellen, Cármen!.....

Debajo del balcon, una hilera de carruajes estaba colocada á la orilla del embanquetado. La mayor parte de los cocheros dormía en sus asientos.

En el lado de en frente, una tienda de vinos aun permanecía abierta.

Jorge fué arrebatado del cielo de sus pensamientos para descender á la tierra, por algunas palabras pronunciadas bajo del balcon.

Vió un landó de sencilla apariencia, cuyo cochero tenia una librea color castaño oscuro. El lacayo estaba junto á la portezuela. El era quien habia hablado.

—Es muy divertido, por cierto, decía, en un *patua*, que Jorge mas bien adivinaba que entendia, es muy divertido estar con los piés metidos en el lodo!..... Vosotros

estáis perfectamente sentados en magníficos cogines.....

—Préstame tu lumbre para encender, dijo una voz del interior del landó.

Una cabeza cubierta con un capuchon de seda salió de él; el lacayo le presentó su pipa encendida.

El menor inconveniente de esta especie de *caló*, es que todo el mundo lo comprende fácilmente. Si los malhechores no tuviesen otras señas, la *Gaceta de los Tribunales*, seguramente haria bancarota.

El *caló*, es un capricho, un lujo, una bravata. Todo el que habla *caló*, pone en su sombrero la cucarda de los ladrones. No es este un modo de ocultarse sino mas bien el medio de hacerse coger.

Un agente letrado, ha dicho en sus memorias, que el *caló* era á los caballeros del presidio, lo que el cascabel á la serpiente.

Jorge se acordó en ese momento de las cartas misteriosas que habia recibido.

Este amo que encendió su pipa en la de su criado, despreciaba seguramente las reglas mas elementales de la prudencia; pero todos los cocheros dormian al derredor, nin-

gun guarda de Paris pasaba á la sazon; cómo pensar en ese balcon?

Jorge sacó su reloj, que señalaba las dos y media.

O'Brien no llega!... murmuró.

—O'Brien no vendrá, dijo en su oído una voz de muger.

Jorge Leslie se estremeció violentamente. Un sudor repentino inundó su frente. No se movió, sin embargo, y permaneció como un hombre que cree soñar.

—Alberto, continuó la voz, cuyo acento se impregnaba de melancolía, vuestro pensamiento estaba muy léjos de mí, no es verdad?

Jorge tampoco se movió; pero involuntariamente sus dos manos se pusieron sobre su corazon como para contener sus latidos.

—Cármen! murmuró, soy por ventura juguete de un sueño?

—Ah! exclamó la voz que temblaba ligeramente, al ménos me habeis reconocido!

—Cármen! Cármen! mi pensamiento no estaba léjos de vos, porque mi recuerdo evocaba á las que me han amado.... Cármen! aquí estoy sin querer moverme, por

temor de ver desaparecer mi ilusion.....

El espíritu se debilita en ciertas horas solemnes.... Yo he visto á Ellen y no era ella.... He tenido en este instante un cuerpo puro y vírgen entre mis brazos. Sentia nacer, no digo renacer, sentia nacer mi tierno amor, yo que no sé amar dos veces, como si mi amor de otro tiempo no hubiera sido sino mentira!... El dia que va á comenzar, acaso será el último de mi vida, Cármen, hermana mia, mi benefactora....

Es cierto que estáis aquí? ó encontraré tan léjos de los lugares donde habeis sido mi providencia, vuestra imágen viva, así como encontré tambien la viva imágen de Ellen!...

Se habia movido apénas, pero sus ojos permanecian casi cerrados. Por la ventana abierta del terrado llegaban los sonidos de la orquesta, como el eco velado de una mística armonía.

La voz callaba.

Levantó los ojos con lentitud.

Me habeis llamado Alberto, como en otro tiempo; qué puedo reconocer en vos, yo que estaba ciego, sino vuestra voz tan dulce, y los nobles impulsos de vuestro corazon?...

No quiero pedirlos que os mostreis á mí, Cármen, sino que me habéis! en nombre de Dios!

La desconocida le tendió su fina y blanca mano, cuyas uñas se parecían á la hoja oval de la rosa camelia.

Jorge llevó esta mano á sus labios, y la besó, diciendo:

—Sois vos! sois vos!

—Sí, yo soy, dijo Cármen á su vez.

Al mismo tiempo desató las cintas y dejó caer su máscara.

Así era como Alberto de Rosen se había figurado á Cármen: una frente de reina, las facciones divinas de una Madona, con la mirada ardiente de las hijas del Ecuador, porque el conde Alberto sabia que Cármen habia nacido en Guatemala, bajo los ardorosos rayos del sol tropical.

Así era: hermosa como la ilusion del mas atrevido poeta!

Y sin embargo, el conde Alberto quedó deslumbrado. Dió un paso atrás, uniendo sus manos y como en un éxtasis.

—Cármen! Cármen! balbuceó; vos me habeis dicho una vez: "os amo..."

La duquesa de Rivas se sonrió con tristeza.

—Conde, dijo ella; mi marido es el mas noble de los hombres.

—Vuestro marido!... repitió Rosen: en dónde están vuestras largas pláticas sobre la plataforma de la torre!...

—Buscad los bucles por donde pasábais vuestra mano, Alberto, respondió la duquesa, que tocó las guedejas abundantes, pero cortas, de su admirable cabellera.

—Ya no me amais!... murmuró Rosen con un suspiro.

—Mi marido sabe que yo estoy aquí, con vos; replicó la duquesa.

Alberto guardó silencio.

—Conde, dijo Cármen, no es vuestro corazon el que ha dictado esas palabras.... Es necesario que la hija de Ellen tenga una madre, y que Elena sea dichosa....

Las miradas de entrambos se levantaron al mismo tiempo hácia el cielo. Una nube cubria la estrella del Norte.

—Pobre Ellen! exclamaron los dos á la vez.

—La he visto, prosiguió Cármen; hice

el viaje á Baltimore espresamente para verla..... Es una casa de duelo; la madre morirá en el momento en que la hija haya exhalado el último suspiro.

—Las mugeres se adivinan unas á otras, dijo Alberto de Rosen; respondedme: si M. de Villiers volviere al lado de Ellen!.....

—Ellen volveria á la vida, interrumpió Cármen; así lo creo!.....

Pocos momentos despues estaba desierto completamente el terrado.

El viento del Sur arrastraba hasta el cielo las nubes cargadas de agua.

El traficante de vinos que estaba frente á la embajada, habia dado asilo á los cocheros, demasiado delicados, mientras que otros mas fieles á la consigna, recibian es-

toicamente las ráfagas del viento sobre su asiento.

El landó en que hemos visto poco ántes un dominó que encendia su pipa, estaba abandonado, al menos aparentemente; pero acercándose á la portezuela, el oido y el olfato advertian que no era así: el olfato; por un fuerte tufo de tabaco y aguardiente; y el oido por un sordo concierto de ronquidos.

Un hombre envuelto de piés á cabeza en una manta gris, destorció de la calle de Anjou-Saint-Honoré, y se le vió remontarse por el arrabal.

La noche, la lluvia.... este vestido no tenia nada de extraordinario. En Paris hay tantos pobres que se visten como pueden!

El hombre atravesó la calle sin apresurarse, y tomó el embanquetado meridional al paraje donde la hilera de coches comenzaba.

Se puso á andar lentamente entre los carruajes y las casas.

Dirigia una mirada rápida á cada coche y pasaba adelante.

Cuando llegó delante del landó se detuvo.

Dirigió la vista á derecha é izquierda; nadie lo observaba.

Metió su cabeza cubierta dentro del coche, y vió cuatro hombres que dormían.

Entre abrió su manta. Sus dos manos entraron en el landó..... Se oyó roncar ménos en el interior.

Se presentó en la otra portezuela: sus dos manos se introdujeron de nuevo.....

En el landó, ya no se escuchaba ronquido alguno.

El hombre volvió á embozarse en su manta, y sin apresurar el paso, tomó la calle de Aguessau, en donde se perdió en la oscuridad.

Un instante despues, ese personaje, de figura heteróclita, que M. de Villiers había introducido en la embajada al mismo tiempo que á M. Jorge Leslie, salió del baile y vino en derechura al landó.

No viendo á nadie en el pescante, no dudó que el cochero se hubiera refugiado en el interior, porque metió inmediatamente la cabeza por la portezuela.

—Estamos ahí! dijo.

Se hubiera conocido al momento la aflau-

tada voz de M. Benito, propietario en Montmartre, fundador de la villa de Bel-Air, y llamado en otro tiempo, el Mohicano, en sus viajes de América.

No le respondieron.

Los dos amos y los dos criados estaban fraternalmente acostados sobre los cogines del landó.

M. Benito repitió:

—Vamos, viejos, despertemos! ya los otros deben haber terminado su tarea por allá, y tenemos necesidad de ellos aquí.

Tampoco obtuvo ninguna respuesta.

—Con mil demonios! exclamó M. Benito, si duermen como unas marmotas!.... Si despierto á Bizoin para que nos conduzca, está borracho y nos volcará!..... Bah! la lluvia ha disminuido; yo he manejado caballos mas briosos que estos!

Bizoin, era el bandido disfrazado de cochero.

M. Benito se puso entónces el capote de hule que había quedado sobre el pescante. Arrendó los caballos y partieron.

El hombre de la manta los vió venir y los siguió á la carrera.

En la barrera, Benito dijo al guarda:

—Si fuera á la entrada, pagaríamos el derecho M. Mignot..... estos amigos tienen mas de lo que pueden llevar.

—Es preciso, estamos en carnaval, M. Benito, respondió M. Mignot.

—La pasais bien? No os he visto pasar hoy con Mohicano.....

—Este pícaro, dijo para sí Benito, siempre el mismo, solo al veros venir..... en seguida levantó su capote de hule y mostrando el dominó.

—Es uno fantasma en todas edades; le dijo al mismo tiempo, quereis hacer una visita.....

—No vale la pena..... buenas noches, M. Benito.

—Buenas noches M. Mignot.

El carruaje atravesó la reja, cuando el hombre de la manta corria ya por la subida de Montmartre.

XXIII

LAS DOS BERLINAS.

Alberto de Rosen y la señora duquesa de Rivas, se hallaban solos en esa pieza apartada, donde madama Dalmas y la señorita Susana, habian introducido por tres veces á Juan Lemiere, groom del vizconde Enrique de Villiers.

Madama Dalmas y la señorita Susana, habian visto entrar á Alberto de Rosen.

—No es el vizconde, habia dicho la Dalmas con profunda admiracion.

—No vá tan mal! habia respondido Susana.

En la barrera, Benito dijo al guarda:

—Si fuera á la entrada, pagaríamos el derecho M. Mignot..... estos amigos tienen mas de lo que pueden llevar.

—Es preciso, estamos en carnaval, M. Benito, respondió M. Mignot.

—La pasais bien? No os he visto pasar hoy con Mohicano.....

—Este pícaro, dijo para sí Benito, siempre el mismo, solo al veros venir..... en seguida levantó su capote de hule y mostrando el dominó.

—Es uno fantasma en todas edades; le dijo al mismo tiempo, quereis hacer una visita.....

—No vale la pena..... buenas noches, M. Benito.

—Buenas noches M. Mignot.

El carruaje atravesó la reja, cuando el hombre de la manta corria ya por la subida de Montmartre.

XXIII

LAS DOS BERLINAS.

Alberto de Rosen y la señora duquesa de Rivas, se hallaban solos en esa pieza apartada, donde madama Dalmas y la señorita Susana, habian introducido por tres veces á Juan Lemiere, groom del vizconde Enrique de Villiers.

Madama Dalmas y la señorita Susana, habian visto entrar á Alberto de Rosen.

—No es el vizconde, habia dicho la Dalmas con profunda admiracion.

—No vá tan mal! habia respondido Susana.

Su opinion esta yá fijada.

Por tanto, decidieron en su sabiduría, que con una duquesa como ella, las utilidades del papel de confidenta, bien podian dividirlas.

Y por consecuencia firmaron un contrato de asociacion estas dos respetables personas, reasumiendo en una palabra la mente de este contrato.

—Si ella no entra en razon, dijo la Dalmas, ahí está el señor duque!.....

..... Por qué medio Towah me volvió la vista; contaba en este momento Alberto, del otro lado de la puerta, yo no sabré decirlo..... Al uso de ciertas plantas, unia prácticas ridículas que me quitaban toda confianza. Veinte veces estuve á punto de interrumpir el tratamiento, al oírle cantar y bailar al derredor mio: al sentir el aire que hacia con sus manos moviéndolas sobre mi cabeza..... Pero Dios permitió que hubiera tenido paciencia hasta el fin.

—Casi un mes despues de aquella noche en que el conde de Villiers esquivó mi venganza, Towah me dijo una noche:

“Amo mio, este será el último apósito.

Yo he hecho lo que mi padre, que hacia lo que sus abuelos. Mañana estará ya libre vuestra frente, y vuestros ojos podrán seguir la pista de vuestros enemigos!”

—No lo quise creer, y sin embargo pasé una noche en la mayor agitacion.

—Pensaba en vos, Cármen. La idea de volver á ver á Ellen, anonadaba, mi corazon.

—Oia á Towah que cantaba en la cámara inmediata y me decia, por qué he dado pábulo á la esperanza loca y supersticiosa de este hombre!

—Al siguiente dia se despidió el apósito; cayeron las hojas que rodeaban mi frente y bajaban hasta mis labios.

—Arrojé un grito, mientras Towah daba brincos descompasados á mi derredor como un furioso.

—Yo veia!.....

—Me aproximé á un espejo, no existia ninguna cicatriz en mi rostro! \*

\* Mackensie cita el hecho de que no hay un solo ciego entre el Mississipi y las montañas. Habla de un Panie-Loup que curó los ojos de Mistris Cambell, de Bristol, sobrina del Presidente Webster. Este hombre, dice Mackensie, poseia un secreto hereditario.

Me arrodillé para dar gracias á Dios, que es el único que puede hacer milagros.

—Towah me trajo mi carabina y me dijo, “atravesamos el mar; mis desnudos piés tienen frio”

—Podré deciros, Cármen, lo que yo sufrí al volver á ver á Ellen! La habia dejado llena de juventud, llena de vida y la volvía á ver hecha un fantasma

—Ella fué quien me habló de Elena.

—Que no llegue á ser su esposo! me dijo.

—Yo le respondí; parto al momento.

—Tomó mi mano entre las suyas pálidas y frías y murmuró:

—Alberto, perdonadme!

Despues, derramó abundantes lágrimas.

—Juradme, me dijo por último, esta es mi suprema súplica. . . . . juradme que no le arrancaréis la vida. . . . .

—En tanto que él pueda reparar su falta, os lo juro! respondí yo.

—He escrito á Elena, me dijo, y Elena no me ha contestado.

—He sabido despues que un criado de

confianza de Boistrudan, habia sido comprado por el vizconde.

“Cerca de Ellen, en una blanca cuna se hallaba un ángel hermoso de ojos azules, á quien, desecado su seno, habia tenido necesidad de poner en manos de una nodriza extranjera.

—Al dia siguiente partí con Towah.

—Hace tres meses que abandoné la América; y hace tres dias que me encuentro en Francia.

“He vuelto á ver mi hermoso país de Hungría, en este intervalo: los tiempos han cambiado; M. de Metternich ya no está en Viena.

El jóven emperador me ha devuelto mis títulos y mis bienes. . . .

—Y habeis venido á Francia únicamente para buscar á Enrique de Villiers? interrumpió la duquesa.

—He venido á Francia para buscar á la muger que se parece á Ellen.

—Y os sentís capaz de amar?

—La amo!

Hubo un momento de silencio, durante el cual, la duquesa permaneció pensativa.

—Yo, dijo ella, en los momentos en que se disipaba la palidez que se habia pintado en su semblante, abandoné San Felipe al dia siguiente al de vuestra partida. Tenemos parientes en el Sur. La hermana de mi madre me dió la hospitalidad en Durango; el marques de Concha estaba en esa ciudad, en donde descansaba de sus correrías por la Sonora. Supo la muerte del duque de Rivas, su padre, y pidió mi mano. Yo nada habia olvidado entónces; le dije todo, y él me besó la mano llamándome duquesa. Tres semanas despues estábamos casados, y partimos en seguida para Rio-Janeiro, en donde el emperador ofreció al nuevo duque la embajada de Francia.

—Y sois feliz, Cármen? preguntó el conde.

—Yo lo seré, respondió.

Despues, dirigiendo una mirada al magnífico reloj cuyo cuadrante estaba sostenido por las cabezas de las gracias de Canova.

—El tiempo se pasa, prosiguió; Isabel se encontraba ayer en casa de la marquesa, y por la relacion que ella me ha hecho, he adivinado que érais vos.... el general

O'Brien corria el riesgo de su vida al entrar aquí; el general O'Brien es mi prisionero, y á esta hora se halla en camino de Alemania.....

—Sabeis, se interrumpió sonriendo, que nosotras las de raza española estamos siempre por los medios extremos.... El debia teneros listas dos berlinas en la avenida Gabrielle.

Allí están las berlinas: qué vais á hacer de ellas?

—Que me sirvan para evitar los asesiuos apostados delante de vuestro hotel.

—Ah! exclamó Cármen, luego habeis recibido mis cartas.... Por qué habeis venido?

—Porque esta historia es preciso que tenga su desenlace al despuutar el dia.... Yo lo quiero!

—Sea.... Teneis necesidad del secretario del señor duque?

—Unicamente para poder salir á los Campos Eliseos.

—Y cuál era el papel de O'Brien?

—Debia llevarme un vestido para mudarme....

Tocaron suavemente la puerta del gabinete.

— Señor Juan! gritó Susana con un tono de ironía, á través de la cerradura.

— Que éntre! contestó la duquesa.

Juan venia á decir que el famoso landó habia partido con los dos dominós, el cochero de contrabando y el lacayo apócrifo.

— Mira, Juanito, exclamó la duquesa; quieres ser el intendente de un gran señor?

Luego, sin aguardar respuesta:

— Conde, prosiguió; este niño no es un criado, os lo llevaréis á Hungría por amor á mí.

— Niño, tú no te separarás de mi lado nunca, dijo Rosen; prepárate á partir esta misma noche.

— Abandonar á mi madre! murmuró Juan, que tenia las lágrimas en los ojos.

— La casa es grande, nos llevaremos á tu madre.

— Y mis hermanas..... y mis hermanas.....

— Tus hermanos y tus hermanas, cualquiera que sea su número.... y, por vida mia, que será una familia dichosa!

— Anda, Juanito, y has lo que te mandan!

Antes de marcharse, el niño añadió:

— El hombre de Montmartre ocupaba el pescante.

— Ha tenido el descaro de hacer entrar al paje, mientras el otro estaba allí! decia en voz baja en la puerta la señora Dalmas.

— Ah! querida mia! buen chasco hemos llevado!... la creíamos una principiante!

Cármen y Alberto tuvieron la misma idea.

Qué nueva intriga se ocultaba con la partida del landó?

Por qué retirar una máquina de guerra en los momentos mismos del asalto?

— He prometido al vizconde de Villfers mostrarle aquí mismo al conde Alberto de Rosen. Quiero cumplir mi palabra.....

pero como considero al vizconde capaz de todo, voy á hacer uso de mi ventaja y ponerme á cubierto al ménos del puñal de sus asesinos... No me verá sino en el terreno...

— Batiros con ese hombre, vos! exclamó Cármen.

— Obligarlo á reparar su falta!

— Pero si habeis prometido no matarlo...

—Lo que yo he prometido lo cumpliré estrictamente.... pero nada mas ni menos.... la presencia del general O'Brien me era inútil para cumplir con el compromiso que tengo contraido con el vizconde, de mostrarle á Rosen.... el socorro del secretario del señor duque me hacia salir de aquí sin riesgo de ser asesinado al paso: vos sois la que me ha sugerido estas precauciones con vuestras cartas.

—Habian sentenciado á morir á cuatro hombres: á Towah, al conde Alberto, á Jorge Leslie y á O'Brien.

—En tanto que él tema á Rosen, no atará contra la vida de Leslie.

La duquesa reflexionó un instante.

—Qué hace Towah esta noche? preguntó.

—Towah trabaja por su cuenta, respondió Alberto; anoche se ha entretenido en engrasar los cueros de sus mocasines que tenia secando hacia mas de un año.

—Alberto, escuchadme, replicó la duquesa; es una locura, un crimen, poner e i riesgo vuestra vida.....

—Mi creencia, respondió Alberto, es, que de ninguna manera la arriesgo.... si este

hombre no me asesina, nada puede contra mí.—Veis, pues, que tomo cuantas precauciones tengo en mi mano contra el asesinato.

—Si ocurriéseis á la justicia, acaso podríais.....

—Y qué haria la justicia por miss Ellen Talbot? preguntó Rosen.

—Ademas, prosiguió, dejando entrever en sus labios la sonrisa; nosotros los magyares, tenemos la pretension de ser los últimos caballeros. Así mi padre me decia, mostrándome su sable:

—“Dejemos á los jueces que duerman!”

—Si el vizconde no quiere ó no puede dar una reparacion á Ellen, su sangre me pertenece por dos veces, y yo derramaré su sangre!

La duquesa de Rivas lo miró con sorpresa, y despues pronunció con gravedad:

—Es esta vuestra determinacion irrevocable?

—Irrevocable! respondió Rosen.

—Decidme, pues, lo que es necesario hacer para serviros como quereis, dijo la du-

quesa; todo lo que exijais será ejecutado puntualmente

Un ruido extraño acababa de generalizarse en el baile.

Uno de los carruajes estacionados delante de la embajada, habia abandonado su puesto en la hilera de coches, al terminarse el aguacero que habia caido entre dos y tres de la mañana.

El cochero del carruaje que seguia, dormia en su asiento debajo de un paraguas, y no lo habia unido al inmediato.

Despues que se hubo serenado el tiempo, los cocheros salieron de la taberna, y al volver á sus puestos, habian hallado el lugar vacío, y en él un gran charcho de sangre!

La idea de un crimen en ese lugar, era absolutamente inverosímil.

Notad que en Paris no se cometen crímenes semejantes.

Una emocion profunda causaron estos pormenores en los salones de la duquesa. Esas vagas inquietudes que preocupan á la multitud al principio de la fiesta, volvieron á sentirse con mas violencia.

Era este el drama tan esperado, que por fin habia tenido su representacion, allá, bajo las ventanas del hotel?

La señora marquesa de Boistrudan creia poderlo afirmar.

Desde su vuelta al salon, habia estado en atalaya; y á pesar de esto, aun no habia visto á nadie que realizase la idea que se habia formado del frances y del conde Alberto de Rosen.

Estos dos enemigos encarnizados, habian debido esterminarse en algun encuentro, lo que para la marquesa no tenia la menor duda.

Mas, por qué bajo las ventanas del hotel? Pardiez! porque en esta historia llena de peripecias escéntricas, ridículas, imposible el desenlace para que coronara lógicamente la aventura; tenia que ser absurdo!

En el segundo salon, otra version circulaba: el general O'Brien habia desaparecido, así como tambien el personaje introducido con Jorge Leslie, por el vizconde.....

Una persona que habia salido para hacer indagaciones, habia vuelto, y dijo:

“Que nadie conoció ni la librea, ni el car-

ruaje fugitivo: que dos dominós desconocidos, habian permanecido constante mente en su interior, y que nadie por último lo habia visto partir."

No faltaban algunas gentes que creyesen que acaso se habria sangrado en aquel lugar algun caballo enfermo, y que despues de la operacion, se le habia vuelto á su balleriza.

Por todas partes tropezaréis con estos escépticos, que pasan su vida pretendiendo siempre atribuir á incidentes vulgares, las mas curiosas y estrañas peripecias.

La señora marquesa detestaba á esos espíritus prosaicos; ella, cuya vocacion la llevaba á lo contrario, esto es, á revestirlo todo con colores mas agradablemente romancescos.

Pasado el primer vals, Elena no habia vuelto á bailar. Por dos veces rehusó hacerlo con su futuro esposo el vizconde Enrique. La marquesa estaba por ello disgustada.

La marquesa pertenecia á esa categoría de buenas señoras, que no gustan del mundo sino para sus hijos; que no pondrian los

piés en un baile, si no se tratase de sus hijas; pero que se incomodan cuando sus hijas, enfermas ó cansadas, desean retirarse.

Se levantaba el pelo con la mano á guisa de turbante. Es cuanto podemos decir.

Por fortuna Elena estaba enmascarada; sin esto, hubiera causado lástima á todo el mundo. Parecia no tener una sola gota de sangre en las venas. Tenia frio en esta atmosfera ardiente de los salones. Permanecia inmóvil y muda. Cuando su madre le hablaba, no daba muestras de comprenderla.

De cuando en cuando, un estremecimiento pasajero agitaba todo su cuerpo; otras veces apoyaba su helada mano contra su pecho, como si tratase de detener el último soplo de vida que se le escapaba.

Unicamente su mirada estaba viva.

Su mirada recorria incesantemente la multitud con ansiedad.

Era en vano; á quien ella buscaba, no estaba allí.

El vizconde de Villiers, se habia retirado á un salon de juego, él tambien aguardaba con impaciencia. Para calmar su agitacion, se habia sentado delante de una mesa, cuan-

do sintió una mano que le tocaba el hombro.

Se volvió al momento. Era Jorge Leslie que se hallaba á su espalda.

—Por fin! exclamó el vizconde.

—Terminad vuestra partida, señor, tenéis tiempo.

Y como le interrogase ávidamente con la mirada, se inclinó á su oído y le dijo:

—Rosen ha llegado.

—Y me lo mostraréis?

—Quiero, por lo ménos, en virtud de nuestro convenio, ponerlos en aptitud de reconocerle. . . . es necesario que no nos vea reunidos.

—Es justo, exclamó el vizconde.

Y volviéndose en seguida á su compañero de juego, y poniendo las cartas sobre la mesa:

—Permitidme, baron, un segundo. . . .

—Como gustéis, se le contestó.

Enrique se puso en pié y siguió á Jorge á distancia de algunos pasos.

Este le dijo:

—El conde Alberto está ahora con la señora duquesa de Rivas en el gabinete que

dá al terrado de flores. Despachaos pronto y venid al momento. La persona que veáis conversar con la duquesa, es Rosen.

—Gracias, replicó el vizconde, cuando haya visto á Rosen, los cincuenta mil escudos serán vuestros.

Jorge se retiró diciendo:

—Os los reclamaré mañana.

Enrique volvió á sentarse en la mesa de juego.

Su mano temblaba ligeramente al volver á tomar las cartas.

Cometió muchas torpezas, perdió, pagó, y abandonó la partida.

—Estáis muy de prisa! . . . le dijo el baron.

—Desgraciado en el juego. . . . contestó Enrique.

El baron recogió el dinero sonriéndose.

—Afortunado en amores! concluyó, eso se dice, pero lo uno no quita lo otro.

Enrique atravesó por entre la multitud para dirigirse al gabinete que daba al terrado.

En el momento que entró, recorrió con la vista al derredor de sí.

La duquesa no estaba allí.

El duque de Rivas conversaba con algunos elevados personajes junto de la chimenea.

Enrique creyó de pronto que se le había engañado; pero en ese mismo momento, la puerta de los aposentos interiores se abrió, y la duquesa se presentó acompañada de un personaje enmascarado, cuya talla se ocultaba bajo de un dominó.

Enrique lo devoraba con la vista.

El dominó parecía andar con mucho trabajo.

La duquesa y él se sentaron en un sofá, en medio de dos ventanas.

En el momento de sentarse se abrió un poco el dominó del desconocido y dejó ver un vestido húngaro.

—El es! le dijo el vizconde.

—Descansad, conde, pronunció en voz alta la duquesa; quitaos la máscara que os impide respirar.

La máscara cayó, Enrique se vió obligado á sentarse. Su corazón latía con violencia:

La máscara al caer, había puesto á descubierto un rostro pálido, ó mas bien, una barba, porque la frente, los ojos y la nariz

desaparecían bajo una ancha venda de seda negra.

La venda tenía dos vidrios de colores que servían de anteojos.

Enrique no esperaba verlo en ese estado.

Era este el terrible adversario, ese héroe de novela, ese orgulloso Magyar, que había llenado con su nombre, allá en América, la llanura y la montaña, el mayor de los *Golden-Daggers*, el hombre por quien las hermosas mexicanas sacrificaban sus lujosas cabelleras!

Un enfermo, de andar tembloroso, no, un fantasma, porque esta palabra indica poesía, y toda idea de poesía desaparecía delante de la venda negra y de los vidrios de colores!

Enrique casi tuvo vergüenza de haber pensado darle muerte.

Podía haber valor en atacar ese resto humano!.....

Cuando reflexionaba de esta manera, la mano de Rosen se movió, y oyó entonces una voz sorda que decía:

—Os veo!

Se levantó, y la duquesa hizo otro tanto.

Rosen besó la mano de la duquesa, que le dijo en voz alta:

—Hasta la vista, conde, os dejo en vuestros negocios.

Y en voz baja:

—Adios, Alberto!.... ya no os volveré á ver!.....

Al alejarse saludó al vizconde, señalándole al mismo tiempo su lugar vacío.

Enrique se sentó.

—Señor, dijo, abandoné la América porque estábais ciego.... yo no acostumbro batirme con los que no pueden defenderse.

Rosen movió la cabeza.

—En otro tiempo, respondió, érais un valiente, ya lo sé.

—Nada de injurias!..... replicó Enrique.

—Podrías decirme, interrumpió Rosen, á quién pertenece esa sangre que se ha encontrado debajo del landó?

—Qué landó? y qué me importa eso!

—Señor, pronunció lentamente el conde Alberto; ya os lo he dicho, en otro tiempo érais valiente.

—Espero probaros, señor, que aun lo soy.

Rosen se sonrió, mientras exhalaba un penoso suspiro.

—Contra ciertas gentes dijo, el valor es fácil cosa.... pero os prevengo que valgo mas de lo que mi apariencia revela..... Comienzan á observarnos, señor, tened la bondad de darme vuestro brazo, bajaremos al jardin.

Enrique no respondió.

En el camino, el conde Alberto prosiguió:

—Es muy caro cincuenta mil escudos.... mirad que yo me hubiera mostrado á vos *gratis*.

—Soy rico, replicó Enrique, cuya voz tomaba un acento provocador, y hago mis negocios como mejor me place.

Llegaron al jardin y se internaron en una calle de tilos que conducia á la avenida Gabrielle.

—Señor de Villiers, dijo Rosen, hénos aquí solos. No alimento ódio en el corazón. El oro que me habeis robado, no lo siento.... Dad un nombre á miss Ellen Talbot, y todo os será perdonado

—Amo á mi prima Elena de Boistrudan, respondió Enrique; no hablemos de eso, si gustais, señor conde, y arreglemos las diferencias que entre nosotros existen..... tenemos un convenio?

—Lo habeis roto con vuestra fuga; pero sin embargo, lo considero existente.

—El duelo se verificará sin testigos?

—Sin duda.

—Con armas americanas?

—Fijad las que os acomoden.

M. de Villiers reflexionó un instante.

—La carabina, dijo, y el puñal en caso de venir á las manos.

—Todo lo tengo en mis carruajes, dijo Rosen.

En el momento en que ellos daban vuelta en la estremidad de la calle, para volver sobre sus pasos, M. de Villiers notó dos berlinas que se hallaban estacionadas en la calzada de la avenida Gabrielle, exactamente en frente de la reja.

—Vuestras armas? repitió.

—Nos batiremos en campo raso, prosiguió Rosen, en el sitio que vos elijais....

yo no conozco los alrededores de Paris... Haced vuestra eleccion.

—Os agradaria ir muy léjos? preguntó Enrique.

—Tengo en este lugar una cita por la mañana.... Haced de manera que sea lo mas cerca posible.

—A tres leguas de aquí; dijo M. de Villiers, entre el pueblo de la Courneuve y el camino de Flándes, hay una llanura descubierta, compuesta de grandes siembras, sin casas. Al rayar el dia, en esta estacion es un desierto.

—Sea la llanura de Corneuve! .... son las cinco y media..... llegamos al amanecer.

Se detuvieron ambos; se hallaban por la segunda vez en frente de la reja.

Rosen sacó una llave de su bolsa y la abrió.

—Partamos, dijo.

Enrique separó su brazo y dió algunos pasos atras.

—Partamos, repitió, Rosen.

Y como el vizconde permaneciese inmóvil, prosiguió:

—Vos habeis preparado tambien dos car-

rnages, señor, tengo el defecto de ser muy poco cuidadoso; pero otros han velado por mi. . . . . en aquel terreno serémos iguales aquí no: por que vos debeis tener fé en mi honor y yo os creo capaz de un crimen. . . .

— Señor! . . . . quiso hablar el vizeconde.

— O'Brien no está muerto, os lo afirmo, replicó Rosen, con calma; Towah y M. Jorge Leslie se hallan tan buenos como vos. . .

A la hora en que hablamos podria si quisiese, transformar en testigos, que os acusarian de asesinato, á todos los hué- pedes reunidos en los salones de la señora duquesa de Rivas. . . . . se encuentra sangre derramada bajo los balcones. . . . . no es un robo cometido en las nevadas montañas, el que pesa sobre vos, crimen fantástico, es cierto, y que solo por vuestra confesion se podria probar. . . . . No se trata de una pobre jóven engañada en un país estrangero. . . . .

en la ley no os pediria en la de las sustracciones de cartas y otras pequeñas infamias. . . . . yo mismo borro todos vuestros delitos anteriores á esta noche. . . . . Pero esta noche habeis comprado una banda de asesinos, esta noche habeis ofrecido

ciento cincuenta mil francos á quien os mostrase mi rostro, para en seguida entregarme al puñal de vuestros bandidos. . . . . Vos me perteneceis M. de Villiers! . . . . Entre cien hombres, escuchadme bien, entre mil hombres, no encontraréis uno tan loco como yo, que os pusiese las armas en la mano, y que os dijese, como yo lo hago, partamos!

Enrique pasó primero la reja.

— Todo lo que acabais de decir es falso, murmuró, para afectar serenidad, escepto dos cosas: que sois un loco, y que no desconfio de vuestro honor. . . . . Hay armas dentro? . . . .

Mostró al mismo tiempo una de las berlinas.

— Hay armas enteramente iguales en cada una de ellas, y ademas, una capa. . . . . elegid.

M. de Villiers montó sin detenerse en la que estaba mas próxima.

— Camino de Lille, dijo al cochero, en el arroyo de Montfort.

— Y yo? preguntó Rosen.

—Vos, al arroyo de Montfort, camino de la Courneuve.

—Hasta la vista!

—Hasta la vista!

Las dos berlinas partieron juntas al galope.

Una sombra se deslizó entre los árboles de los campos Elíseos, y los siguió á la carrera.

XXIV

LOS MOCASINES DE TOWAH

M. Benito, propietario transformado en cochero, azotaba á sus caballos con furia, habia torcido en la esquina de Montmartre, para tomar la calle de San Dionisio.

El landó se sacudia terriblemente; pero los cuatro bravos garzones que estaban dentro, continuaban durmiendo.

—Tengo ganas de volcarlos, por vida mia, se decia M. Benito; á ver si esto los hace despertar!

La subida estaba resbaladiza; la agua que producía el desyelo, formaba por todas

—Vos, al arroyo de Montfort, camino de la Courneuve.

—Hasta la vista!

—Hasta la vista!

Las dos berlinas partieron juntas al galope.

Una sombra se deslizó entre los árboles de los campos Elíseos, y los siguió á la carrera.

XXIV

LOS MOCASINES DE TOWAH

M. Benito, propietario transformado en cochero, azotaba á sus caballos con furia, habia torcido en la esquina de Montmartre, para tomar la calle de San Dionisio.

El landó se sacudia terriblemente; pero los cuatro bravos garzones que estaban dentro, continuaban durmiendo.

—Tengo ganas de volcarlos, por vida mia, se decia M. Benito; á ver si esto los hace despertar!

La subida estaba resbaladiza; la agua que producía el desyelo, formaba por todas

partes arroyos. La calle mal alumbrada, estaba completamente desierta. M. Benito se detuvo por fin, delante de su casa.

—Esos pícaros están allí! no me desagradaría ver un poco lo que hacen.

Quién me hubiera dicho, añadió exhalando un profundo suspiro, ante ayer, que había de poner en venta mi pobre villa de Bel-Air?... Estaba tan tranquilo!..... ganaba el dinero con tanta comodidad... pero cincuenta mil escudos... vaya una bonita suma!

Abrió la portezuela del landó.

—Vamos! punta de haraganes, gritó con aspereza, abajo!

Un silencio profundo reinó en el interior del carruaje.

Ninguno de los cuatro bandidos se movía.

Benito tomó el brazo de uno de los dominós. El brazo se movió como si hubiera sido el de un manequí, y volvió á caer inerte fuera de la portezuela.

Benito se inclinó para ver mas de cerca.

Un olor fétido y de sangre le llegó á las narices.

Sus piernas flaquearon bajo el peso de su cuerpo.

—Habrán sido asesinados, exclamó.

Qué otra idea podía ocurrírsele!

Se lanzó hácia el delantero del landó y desprendió una de las linternas.

Cuando la tuvo en la mano, no se atrevió á moverse, y permaneció temblando en un mismo lugar un minuto largo.

Por último, presentó la luz en la portezuela.

Un grito ahogado se escapó de su pecho, y cayó sobre sus rodillas en la nieve.

—Towah!..... exclamó, mientras que una lívida palidez se estendía por sus facciones.

Acababa de ver á los cuatro bandidos muertos, unos encima de otros, todos con la misma herida, ancha y profunda, que dividía en dos la traquea-arteria.

Debieron haber muerto sin exhalar un solo gemido.

Sus pendientes cabezas tenían el cráneo á descubierto.

Se les había arrancado las cabelleras.

M. Benito conocia muy bien las costum-

bres de las pieles rojas, para no ver aquí la mano del Panie.

Pero en esto, habia una circunstancia muy extraordinaria, y era el hecho de haber sido degollados cuatro hombres, los unos al lado de los otros, sin que la muerte del primero advirtiese al segundo, sin que las convulsiones del segundo despertasen al tercero y sin que la agonía del tercero hiciese abrir los ojos al último!

Cuatro golpes seguros, terribles, idénticos!

Un sudor frio inundó la frente de Benito.

Dirigió una mirada al derredor de sí, creyendo ver á cada instante la cara manchada del salvaje.

Estaba solo.

Cuatro hombres habian sido asesinados por la mano de Towah en la calle pública, debajo de los balcones del hotel de Rivas, entre medio de los coches estacionados para la fiesta.

Estaba solo. Su adormecida y fria mano, buscó en su pecho una pistola, mas no tenia fe ni en sí mismo, ni tampoco en su arma.

Su mirada no halló sino la soledad.

El silencio no estaba interrumpido sino por el ruido del viento que zumbaba en las desnudas ramas, y por el murmullo del agua que corria;

Benito soltó la pistola y tomó la llave de su casa. La puerta estaba á su espalda á dos pasos; pero le pareció que no tendria tiempo para volverse y abrirla.

La locura del terror se habia apoderado de él. Por todas partes se levantaban fantasmas en la oscuridad, que helaban su sangre.

Se decia á sí mismo, porque las angustias del miedo arrastran al hombre á las puerilidades de la infancia; se decia:

—Si estuviera del otro lado de la puerta, cerrada con llave, me habria salvado!

Invocó á Dios maquinalmente, él que en nada creía. Por atravesar esa puerta hubiera hecho un voto, hubiera dado la cuarta parte de su fortuna!

La llave rechinó en la cerradura, que habia encontrado á pesar del temblor de sus manos; la puerta giró sobre sus goznes, y la cerró en seguida violentamente.

Después sus cabellos se erizaron porque nada veía.

Había dejado la linterna afuera.

Abriría! Por nada en el mundo! Y sin embargo, en lugar de conseguir calmarse, Benito sentía redoblar su terror....

—Amolador! llamó tímidamente.

El eco de su propia voz lo espantó.

El Amolador no respondió á su llamado. No se escuchaba ningún ruido en la pieza inmediata, sin embargo de percibirse una luz bastante viva al través del ajurero de la cerradura.

—Amolador! repitió Benito con agustia. Ola! muchachos!

Nada! Benito tuvo el valor de espiar por la cerradura de la puerta.

Una gran fogata ardía en la chimenea.

Una luz había sobre la mesa, en medio de botellas quebradas por el cuello y de vasos medio vacíos.

—Ah! dijo Benito un poco reanimado por la cólera que le ocasionó este espectáculo; miserables! han abierto mi bodega!

Empujó la puerta bruscamente. Nadie

había dentro del cuarto, pero estaba lleno de los restos de una orgía.

Benito no vió mas que su lecho desbaratado, y en el suelo y en la pared un agujero abierto.

Dió algunos pasos hácia atrás, agarrándose fuertemente la piel de su pecho. Sus ojos parecían querer salir de sus órbitas, y arrojó un ronco alarido.

Ya no tenía miedo.

—Mi dinero! exclamó con un sollozo, mi pobre dinero!

Se dejó caer sobre una silla.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Yo he sido! murmuró; yo he sido quien los introdujo en mi misma casa!

De repente, se levantó como un furioso. Quería lanzarse en persecución de los bandidos y atacar él solo á los cuatro. Se sentía fuerte como un león. Pero al primer paso que dió con la pistola en la mano, sus piés tropezaron contra un objeto inerte y pesado que salía de debajo de la mesa.

Cayó.

La luz de la chimenea, pasando al tra-

vés de los barrotos de las sillas, alumbraba debajo de la mesa.

Benito, paralizado por el estupor no pudo levantarse.

Su dinero estaba allí amontonado.

Cuatro cadáveres, colocados juntas las cabezas, formando ángulos rectos, tenían por almohada este monton de dinero.

Eran las piernas del amolador las que lo habían hecho caer.

No se les había dado muerte allí, porque sus vestidos estaban cubiertos de lodo.

Benito había puesto á cada uno de estos bandidos en emboscada detrás de un poste, para sorprender á Towah en el momento que escalara la tapia del jardin que daba á la calle San Juan.

El Amolador y sus compañeros, debieron haber muerto en su puesto.

Se les había traído de ese lugar, cuando ya no eran mas que cadáveres.

Los cuatro habían muerto de la misma herida que hacia imposible todo grito, esa misma herida que había quitado la vida á los cuatro hombres del landó.

Benito miraba atentamente su dinero.

De repente, la luz de la chimenea proyectó una gran sombra sobre el grupo formado de cadáveres. No se había percibido, sin embargo, ningun ruido.

Antes que Benito hubiera tenido tiempo de volverse, sintió una cuerda enrollarse en su cuello.

No pudo arrojar sino un débil y lastimoso grito.

Towah se hallaba en su presencia, sombrío y grande, como una vision vengadora.

Benito que conservaba sus manos libres, las juntó para implorar piedad.

Towah dijo:

—Towah ha dado la muerte á su muger Lile, quien amaba.

Ató en seguida las manos y los piés de Benito.

Salió por la puerta de la calle cuatro veces. Cada vez que volvia á entrar, era trayendo sobre sus espaldas uno de los cadáveres del landó. Los colocó entre los cuatro primeros, de manera que formaban una estrella de ocho brazos, cuyo centro era el monton del dinero.

Hecho esto, descolgó una acha de la pa-

red, é hizo pedazos la mesa, las sillas, la cama, los armarios y todo lo que contenia el aposento.

Con los pedazos construyó una hoguera en el centro, y otras cuatro pequeñas, en los ángulos de la pieza.

Vino en seguida á sentarse al lado de Benito, sacó un par de mocasines, brillantes y nuevamente engrasados, de debajo de su manta, y se los puso cantando una salmodia lenta y gutural.

Benito estaba ya mas que medio muerto.

Towah pasó la lámina cortante de su cuchillo al derredor de la cabellera del miserable, y se la arrancó de un solo tiron....

Benito cerró los ojos y no se movió mas.

Towah dió fuego á las cinco hogueras.

Tenia nueve cabelleras ensangrentadas dentro de un saco de cuero, que pendia de su cintura.

Salió llevando en la mano una botella de aguardiente. Fuera ya de la casa, bebió un gran trago, despues derramó un poco en el hueco de la mano, y frotó bruscamente las narices y los lábios de los dos caballos á quienes les habia hecho dar de vueltas.

Los picó al mismo tiempo con la punta de su cuchillo, despues de haber cortado un tirante á cada caballo.

Los dos caballos se lanzaron dando saltos y encabritándose.

Al cabo de cincuenta pasos no arrastraban ya mas que los restos del carruaje, cuyo moviento los enfurecia.

El landó, tirado desigualmente, en la diabólica rapidez de la bajada, habia azotádese á derecha é izquierda contra las paredes, haciéndose pedazos.

El fuego comenzaba á salir por los vidrios rotos de la casa de Benito.

Towah se inclinó para ver sus mocasines, signo de su venganza satisfecha.

Bebió un nuevo trago de aguardiente, y arrojó la botella. Su talla parecia mas elevada. De su ancho pecho arrojó un feroz grito.

Y despues se dirigió lentamente á la ciudad con la cabeza erguida.

XXV

DUELO AMERICANO

Eran las seis de la mañana. El cielo negro y nebuloso, tenía en el horizonte hacia el lado del Oriente, nubes azuladas, sobre las cuales se agrupaban otras de un gris pálido.

La llanura estaba sumida en la oscuridad mas completa.

Acá y allá, algunos árboles aislados, que velaban como fantasmas.

Era aquel momento en que el naciente crepúsculo, vá á entablar con la noche una lucha victoriosa. Las tinieblas reinaba to-

avía, pero una claridad que salía no se sabe de donde, hacia ya los objetos confusamente visibles.

Una berlina corria al galope de dos buenos caballos en el camino de Lille.

Las persianas estaban corridas, el cochoero conducia sus caballos en conciencia.

Un poco mas allá del fuerte de Aubervilliers, que el cochoero dejó á su derecha un puente á flor de tierra; atravesaba el arroyo de Montfort que una costra gruesa helada lo cubria á pesar del desyelo. El cochoero detuvo la berlina alcomenzar el puente.

La portezuela se abrió.

—Seguid adelante, dijo una voz en el interior, pararéis en el bosque que esta enfrente de la Courneve.

La portezuela se volvió á cerrar y el cochoero obedeció.

Al cabo de diez minutos de marcha, el coche se detuvo de nuevo. El crepúsculo habia adelantado lo bstante para poder percibir un bosquecillo de encinos á la izquierda del camino.

—No bajen del pescante! dijo una voz en el interior.

El viajero bajó él mismo el estribo, y de un salto se puso en el camino real.

Llevaba una capa, y en la mano tenia una carabina de dos tiros.

—Arrendad de nuevo, y volveos por el camino de Paris, dijo el viajero; encontréis vuestro salario en la bolsa del carruaje,

—Y si el señor necesitase..... comenzó el cochero.

El viajero preparó su carabina.

—Nada de observaciones! exclamó, marchad!

El cochero azotó sus caballos.

El viajero se internó luego en el bosque, y se dirigió corriendo hácia la Courneuve, como si temiese ser perseguido.

A doscientos pasos del camino se detuvo bruscamente, y se puso á escuchar.

Creyó oir un ruido que cesó repentinamente. Parecia como el eco de sus propias pisadas

Cuando se escucha despues de haber corrido, el oido se engaña; porque la circulacion está agitada y las arterias laten con mas violencia.

Enrique de Villiers, porque él era, per-

maneció un instante inmóbil, deteniendo la respiracion. Un silencio profundo reinaba en el bosque.

Luego que volvió á continuar su marcha, oyó moverse ligeramente las hojas; se paró al momento. Ilusion ó realidad; pero creyó percibir una sombra indecisa entre los árboles.

Preparó su carabina, mas al momento de hacer fuego, cambió de resolucion y se dirigió al objeto designado con el arma dispuesta.

Era éste un viejo tronco de encina; dió una vuelta á su derredor y no vió á nadie; pero á cincuenta pasos de allí, las hojas crugieron de nuevo, y el vizconde Enrique creyó ver todavía un objeto que se movia en las tinieblas.

—Yo sueño! exclamó burlándose de su debilidad: no he visto de la misma manera, cien veces en las selvas, sombras errantes y fantásticas!.....

Vamos! serenidad! mi situacion es brillante: tengo buenas piernas, buena vista, y este Rosen, de seguro, no se llevará mi herencia!

Atravesó corriendo el bosque, y se detuvo en su orilla.

Allí, puso su carabina contra un árbol, con el fin de hacer recobrar á sus adormecidas manos, por un frotamiento vivo y prolongado, la flexibilidad que necesitaban.

La oscuridad reinaba dentro del bosque; pero la llanura comenzaba á alumbrarse. El vizconde podía, en consecuencia, tirar sus medidas y formar su plan de batalla.

Ya no pensaba en las sombras que lo habían perseguido en el bosque.

No tenía razón, porque á doscientos pasos de él Towah se arrastraba por el suelo, caminando con lentitud, pero sin producir ningún ruido.

Towah venía de Paris. Había seguido á la berlina, corriendo desde la avenida Gabrielle.

El vizconde Enrique, se decía:

—Rosen va á descender del arroyo de Montfort al camino de la Courneuve. Va á remontar la corriente para tomar el camino de Lille. Me emboscaré en la llanura, lo tendré de flanco, y si mi mano no tiembla, este será el fin de la historia.

Con el fin de realizar este pensamiento, se había apeado de la berlina á un cuarto de legua mas allá del arroyo, y dirigiéndose al Oeste atravesando el bosque.

No es nuestro ánimo hacer la defensa del vizconde; pero su astucia, necesario es confesarlo, en nada contrariaba las singulares y feroces leyes del duelo americano.

Ese buen país de América no se jacta de ser muy celoso partidario de las reglas caballerescas.

Los pieles rojas eran valientes, los yankees son *civilizados*, y sin embargo de eso, éstos han esterminado á los pieles rojas llamándolos salvajes.

Pero los yankees saben vivir; es verdad que sus descomunales diarios nos traen constantemente alguna nueva prueba de su *civilizacion*: que riñen á puñadas en pleno congreso; que se dan de balazos en las calles, que se suicidan en las iglesias por medio de esos ingeniosos útiles que han bautizado con el nombre de *revolvers*; pero todo esto, qué diablos! no se puede llamar *barbarie!*

El duelo americano no tiene semejanza

alguna con ese combate caballeroso en limitado campo, como es nuestro duelo.

El duelo americano es una batalla encarnizada, ó mas bien, una guerra declarada, en que cada parte beligerante conserva la libertad de accion. En toda guerra la estratagemas es permitida.

No tenemos necesidad de añadir, que el duelo americano nunca es como el nuestro, que termina muchas veces con un abrazo entre los adversarios. En aquel, es necesario que al fin de la lucha, un hombre haya muerto.

El vizconde se apretó el cinturon, y se aseguró que tenia absoluta libertad en sus movimientos.

Su vista buscaba el lugar en la llanura para ponerse en acecho.

Towah no estaba ya sino á cincuenta pasos. Towah seguia arrastrándose puesto en cuatro piés. La serpiente de las sabanas no se desliza entre las yerbas mas silenciosamente.

En el Oriente, la faja gris de nubes cambiaba de color y se teñia de amaranto. El frio se aumentaba, como de ordinario acon-

tece á esta hora. El agua del desyelo se desprendia de las ramas de los desnudos árboles en gotas diamantinas.

Ni una alma se percibia en la llanura.

—Es tarde! debia haber llegado ya, decia el vizconde; una vez aclarado el dia, el combate será imposible.

En la estremidad Norte del bosque, el terreno se elevaba, de modo que formaba una pequeña eminencia, cuya cima se hallaba á algunos de los últimos árboles. El vizconde subió á ella para ver si desde allí percibia el arroyo de Montfort.

Towah se encontraba á tres pasos del árbol. Llegó á él de un salto, tomó la carabina, y acostado como estaba, desarticuló el cañon, tomó los dos cartuchos uno despues de otro, y despues de haberlos mordido los volvió á colocar.

Cuando el vizconde regresó al árbol, la carabina estaba en el mismo lugar en que la habia dejado. Towah, invisible detrás de un tronco viejo de encino, abria su ancha boca y reía en silencio.

El vizconde tomó su arma apresuradamente, se quitó su capa, y enrollándola en el brazo, se lanzó, rodeando la eminencia, hácia el lado del Oeste.

Habia percibo á su adversario.

Alberto de Rosen avanzaba, en efecto, á la distancia de tres á cuatrocientos pasos. No seguia la direccion del arroyo de Montfort. Se habia dirigido á la llanura para poder mirar en derredor suyo.

Su andar era lento, y al parecer, penoso. Su capa lo cubria de la cabeza á los piés.

La claridad del dia, que aumentaba por minutos, dejaba ver su venda.

El vizconde, ya en guardia, se situó en surco. Movió el cuchillo en su vaina, pensando:

—Dentro de tres minutos, este hombre me pertenece.

El surco por donde andaba, se hallaba distante cosa de ciento cincuenta pasos de

la línea que seguia Rosen. Pero éste habiéndose detenido un instante para dirigir una mirada en derredor suyo, cambió de direccion.

Vino en derechura hácia el vizconde, el cual se puso de rodillas y preparó su arma.

A los cien pasos, el vizconde dejó ir el tiro.

La capa de Rosen cayó, y dejó ver su vestido húngaro, de cuya cintura pendia un cuchillo de ore, igual en todo al de M. de Villiers.

Rosen tenia la carabina preparada.

Aceleró el paso.

Enrique apuntó de nuevo. Su alma estaba en sus ojos. Sesenta pasos lo separaban apénas de su adversario, cuando el segundo tiro de carabina salió.

Rosen se detuvo, llevó la mano á su frente. Enrique lo creyó herido en la cabeza.

Pero léjos de vacilar, Rosen repentinamente se levantó mas erguido. Su talla, hasta entónces encorvada, ofrecia el aspecto de la salud y del vigor.

Al mismo tiempo, arrancada la venda, dejó ver su semblante.

M. de Villiers arrojó un grito de rabia.

—Jorge Leslie! exclamó, cargando apresuradamente su carabina.

—Os mando que no volvais á cargar, pronunció Rosen con calma.

Y como Enrique no obedeciese, Rosen apuntó por la primera vez.

El eco de un tercer tiro resonó en la llanura.

Este fué el último; la culata de la carabina de Enrique voló hecha astillas.

Rosen arrojó la suya, y continuó avanzando.

Sus ojos estaban fijos en los del vizconde, cuyo rostro cubria una palidez mortal; pero que desdeñaba resueltamente empuñar el cuchillo de oro.

—Os espusisteis mucho, M. Leslie, dijo Enrique; si hubiese sido mas certero en mis tiros, de qué os habrian servido todas vuestras farsas!

—Nuestro duelo no ha comenzado todavía, M. de Villiers, respondió Rosen; la carabina no tenia balas.

—Entónces, es un asesinato!.....

Rosen mostró su *golden-dagger*.

—Quereis hacer justicia á miss Ellen Talbot? preguntó.

—No, respondió Enrique; os espero.

Rosen dió dos pasos y un salto. Enrique lo aguardaba de pié firme, y le tiró un golpe que Rosen paró con destreza.

Un instante despues, Enrique estaba derribado en el suelo; Rosen lo tenia afianzado del puño derecho, y con la rodilla puesta sobre su pecho.

—Quereis hacer justicia á miss Ellen Talbot? preguntó por la segunda vez.

El vizconde en su impotencia, espumaba de rabia.

—No; respondió aún.

Despues, con sarcástica sonrisa, le dijo: vos no me mataréis, así lo habeis jurado!

Por la tercera vez, Rosen preguntó:

—Quereis hacer justicia á miss Ellen Talbot?

Su vacilacion, daba M. de Villiers mayor confianza.

—Yo me casaré con Elena de Boistrudan, mi prima, replicó; os cedo á la otra, señor caballero errante!

El conde Alberto no podia comprender

la amarga burla que encerraban estas últimas palabras.

Apenas Enrique las hubo proferido, cuando haciendo un gran esfuerzo para desasirse, se abrió su chaqueta desgarrada.

Un papel cayó de su pecho.

Arrojó un rugido, mordiendo al mismo tiempo el puño de Rosen para hacerle soltar su presa.

Este la abandonó en efecto, pero fué para tomar el papel que era una carta.

A primera vista había reconocido el timbre postal de la Union. La carta venía de Baltimore. Estaba dirigida á la señorita Elena de Boistrudan; pero no era la letra de miss Ellen Talbot.

Cediendo al primer movimiento, Rosen se arrojó sobre la carta. El vizconde Enrique que lo acechaba, aprovechó ese momento dirigiendo al corazón un rudo golpe con el cuchillo.

Pero este golpe no lo alcanzó, porque de repente se sintió levantarse por dos robustos brazos que estrechaban fuertemente su cintura.

No podía voltearse; pero tampoco era ne-

cesario. Las manos cobrizas de Towah el Panie, eran tan fácil de conocerse como su cara.

—No le hagais nada! ordenó Rosen.

Abrió la carta y leyó.

Su cabeza se dobló sobre su pecho, y una lágrima rodó por sus mejillas.

—Ellen ha muerto! pronunció lentamente.

Un sonido gutural salió de la boca del indio.

—Ellen era una santa que se encuentra yá en el seno de Dios! añadió Rosen.

—Ya veis! dijo el vizconde Enrique de Villiers, que aun cuando yo quisiera, no podría acceder á vuestros deseos.

Rosen pasó la mano sobre su frente.

—Ellen ha muerto! repitió con voz ahogada, el amor santo, el hermoso y puro amor de mi juventud!..... Habia prometido perdonaros en tanto que tuviéseis la posibilidad de reparar vuestro crimen.... mi promesa tambien ha muerto.....

—Déjalo libre Towah!

El indio obedeció.

—Inmediatamente, señor de Villiers, prosiguió Rosen, que tomó de su cartera el pa-

pel firmado por Enrique en Baltimore, la noche en que el duelo habia sido ofrecido y aceptado.

—Desconfío de este hombre, dijo Enrique, mostrando á Towah.

—Ven acá Towah! dijo Rosen.

Y cuando el indio estuvo colocado entre vizcon el de y él.

—Júrame que permanecerás inmóvil durante la lucha, exclamó.

—Towah lo jura!

—Júrame tambien que si yó sucumbo no me vengarás.

Towah vaciló.

Rosen poniéndole la mano sobre el hombro.

—Júralo por los huesos de tu padre! repitió

—Towah lo jura por los huesos de su padre! pronunció el indio con repugnancia.

—Preciso es contentarse con eso! dijo Enrique con amarga sonrisa.

—Señor de Villiers, respondió Rosen, si no os batís conmigo como hombre, este os matará en el acto como un perro!

—Towah se lamió los lábios.

—Imitadme, repitió Rosen.

Atravesó con el cuchillo de oro el papel firmado por M. de Villiers. Este tomó el papel firmado por Rosen, y lo atravesó de la misma manera con su *Golden-dagger*.

En seguida se pusieron en guardia, juntos los piés derechos, el cuchillo á la altura de la rodilla, y la capa enrollada en el brazo izquierdo.

Enrique atacó primero.

Pero en seguida, cayó á plomo hácia atrás. El cuchillo de Rosen le habia atravesado el corazon, y se presentaba pegado á los labios de la mortal herida, el papel que tenia escritas estas palabras:

“Muerdo con mi voluntad y por mi propia mano.”

Firmado Enrique, vizconde de Villiers.

Towah tuvo un gran sentimiento de dejar en su lugar esta décima cabellera.

El sol, que aun no tocaba el horizonte, teñia de púrpura las negruscas nubes del Oriente.

—Y Mohicano! preguntó Rosen, al atravesar la solitaria llanura para llegar al arroyo de Montfort.

Towah miró orgullosamente sus piés calzados con los mocasines. En seguida su mano señaló las alturas de Montmartre, de donde se levantaba una espesa columna de humo.

—La muger de Towah está vengada, dijo, ella duerme en paz..... y yo parto.

A las nueve en punto, el conde Alberto de Rosen entraba á la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

Elena de Boistrudan estaba arrodillada en el altar de la Virgen. Oraba con fervor, reclinada la frente entre sus manos.

Rosen se acercó y la dijo:

—Ellen ha muerto; su hija se halla huérfana, yo os amo: queréis que la hija de Ellen tenga un padre y una madre?.....

Al Oeste de la gran ciudad de Ofen, que nosotros llamamos Bude, entre las selvas de

Bacconier y el lago Balaton, existe un altanero castillo, que descuella ennegrecido y grande entre las encinas seculares de la pendiente de la montaña.

En el décimo quinto siglo, aun existian los Magyares en Hungría. Las ciudades con sus voceadores nocturnos.

Hoy, aun se miran sus fortalezas tales como las guerras feudales de la edad media las han dejado.

Este suntuoso castillo, flanqueado de agudos y elevados torreones, ostenta entre los macizos de su puente levadizo un ancho escudo, esculpido en la piedra: era la antigua residencia de los Baus de Kponar.

Estaba cercado de fértiles campos, en donde se albergaban rústicos moradores.

Un año exactamente, despues de los acontecimientos que acabamos de referir, la noche de Navidad de 1850, habia tertulia en la gran sala del castillo.

Al derredor de una magnífica chimenea de mármol amarillo, donde ardian grandes trozos de leña, se hallaba reunida una familia entera.

Eran dos señoras ancianas, de las que

una vestia luto, mistris Talbot la madre de Ellen y madama la marquesa de Boistrudan: seguia el general O'Brien en traje de camino, teniendo en sus rodillas una hermosa niña de diez y ocho meses; despues el conde Alberto de Rosen y su jóven esposa que acariciaba en su seno un niño recién nacido.

La hermosa niña de diez y ocho meses, se llamaba Elena: era la hija de Ellen Talbot. El recién nacido, niña tambien, que tenia por madre á Elena de Boistrudan, se llamaba Ellen.

Eran dos hermanas que ya manifestaban parecerse.

Habia en aquella familia un felicidad dulce y serena. La jóven condesa de Rosen contemplaba sonriendo á los dos niños igualmente queridos. En los ojos de Alberto, fijos en su muger; se pintaba la felicidad de su amor.

Solamente la señora marquesa se fastidiaba un poco. Era al fin una desterrada. Por otra parte, sabia ya todas las historias de su yerno.

—Habladnos de Paris, vos, que venís de

por allá, dijo ella al viejo general; qué se hace en Paris? qué se dice en Paris?

—Paris duerme, contestó O'Brien, ya no hay allí ni política ni literatura, la bolsa es lo único que tiene vida..... sin embargo, se habla mucho de una muger.....

—De qué muger?

—De la señora duquesa de Rivas.

Elena palideció y dirigió una furtiva mirada á Alberto, que volvió á otra parte la suya.

—Qué se dice de la señora duquesa de Rivas, preguntó la marquesa?

—Que está viuda, respondió O'Brien, y que esconde un amor profundo en el corazón.

—Qué! exclamó Rosen, el señor duque ha muerto?

—Se conserva tan hermosa como ántes? preguntó la marquesa.

—Solo Dios lo sabe, señora, respondió el general, que tomó entonces un aire grave y solemne. Los hombres ya no ven su semblante.

Todas las miradas lo interrogaban. Puso en seguida á la pequeña Elena en las rodi-

llas de mistress Talbot, y sacó de su bolsa una caja de terciopelo, que ofreció á la joven condesa de Rosen.

—La última vez que oí el sonido de su voz, prosiguió O'Brien, fué al través de un velo de religiosa. La víspera habia pronunciado sus votos. Ella mandó llamarme para hacerme el encargo de poner ésta en manos de nuestra Elena.

La condesa de Rosen abrió temblando la caja, ésta contenia una guedeja de pelo rubio puesta en un medallon de oro y una carta.

En los ojos de Elena se pintó la emocion profunda que se experimentaba al contemplar la rubia cabellera de su marido.

—Leed la carta, la dijo O'Brien.

La carta estaba así concebida:

“Se los habia robado durante su sueño, una noche que estando enfermo, lo velaba á su cabecera. Os los devuelvo, querida hermana mia. Vedme muerta para todo, hasta para el recuerdo. Adios, amadlo mucho y sed feliz.—SOR CARMEN.

Elena besó el medallon y quemó el billete.

## ÍNDICE

CAPITULOS	PAGINAS
I Tertulia en casa de la marquesa.....	3
II El señor Benito.....	28
III Encuentro.....	41
IV El irlandés.....	49
V La leyenda de los golden-daggers.....	57
VI Continuation de la leyenda de los golden-daggers.....	75
VII El mayor.....	85
VIII Luchas.....	98
IX Doña Cármen.....	112
X El corazon de un indio.....	123
XI Dos corazones de muger.....	129
XII El pacto.....	141
XIII Noche de invierno.....	166
XIV Explicacion.....	189
XV Mohicano.....	207
XVI Mohicano—Continúa.....	217
[XVII Los Camaros.....	231
XVIII El general O'Brien.....	253
XVIII Misterios.....	274
XIX Los cabellos de la señora duquesa.....	297
XX Misterios.....	311
XXI El wals.....	324
XXII La estrella polar.....	349
XXIII Las dos berlinas.....	373
XXIV Los mocasines de Towah.....	399
XXV Duol americano.....	410

